

**MARCOS DE ACCIÓN COLECTIVA Y PROCESOS ENMARCADORES EN EL  
MOVIMIENTO ¡A LUCHAR!  
(1984-1992)**

**ELIZABETH GONZÁLEZ PINEDA  
SIMÓN ANÍBAL SÁNCHEZ ENCINALES**

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
LICENCIATURA EN EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN CIENCIAS  
SOCIALES  
BOGOTÁ  
2014**


**MARCOS DE ACCIÓN COLECTIVA Y PROCESOS ENMARCADORES EN EL  
MOVIMIENTO ¡A LUCHAR!  
(1984-1992)**

**TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE LICENCIADO EN  
EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN CIENCIAS SOCIALES**

**ELIZABETH GONZÁLEZ PINEDA  
SIMÓN ANÍBAL SÁNCHEZ ENCINALES**

**ASESOR: JOSÉ ABELARDO DÍAZ JARAMILLO**


**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
LICENCIATURA EN EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN CIENCIAS  
SOCIALES  
BOGOTÁ  
2014**

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <small>Escuela de Pedagogía</small>	<b>FORMATO</b>	
	<b>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</b>	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 1 de 5	

<b>1. Información General</b>	
<b>Tipo de documento</b>	Monografía de Grado
<b>Acceso al documento</b>	Universidad Pedagógica Nacional. Biblioteca Central
<b>Título del documento</b>	Marcos de Acción Colectiva y Procesos Enmarcadores en el Movimiento ¡A Luchar!
<b>Autor(es)</b>	Elizabeth González Pineda Simón Aníbal Sánchez Encinales
<b>Director</b>	José Abelardo Díaz Jaramillo
<b>Publicación</b>	Bogotá, febrero de 2014
<b>Unidad Patrocinante</b>	Universidad Pedagógica Nacional
<b>Palabras Claves</b>	A Luchar, movimientos sociales, marcos de acción colectiva, procesos enmarcadores, izquierda política, identidades políticas

<b>2. Descripción</b>
<p>Este trabajo monográfico tiene como objeto abordar los enfoques teóricos de los <i>marcos de acción colectiva</i> y la identificación de los <i>procesos enmarcadores</i>, para la aproximación -con una perspectiva que le otorga importancia a la dimensión subjetiva- a la caracterización del movimiento político <i>¡A Luchar!</i>, como un complemento a la construcción y reconstrucción histórica de los movimientos y organizaciones de izquierda en Colombia.</p>

<b>3. Fuentes</b>
<p>Además de las fuentes primarias, como fueron algunos documentos oficiales y prensa del movimiento político, investigaciones que se acercaron al objeto de estudio y entrevistas; se tomaron como sustento teórico de los enfoques empleados y como base para las caracterizaciones históricas la siguiente bibliografía:</p> <p>Allende, S. (1971). <i>La vía chilena al socialismo [en línea]</i>. Disponible en:</p>

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <small>Escuela de Pedagogía</small>	<b>FORMATO</b>
	<b>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</b>
Código: FOR020GIB	Versión: 01
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 2 de 5

www.marxist.org/espanol/allende/21-5-71.htm.

Archila, M. (1991). *Cultura e Identidad Obrera: Colombia 1919-1945*. Cinep.

Archila, M. (2003). *Idas y Venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: ICANH.

Archila, M., & Pardo, M. (. (2001). *Movimientos Sociales, Estado y democracia en Colombia*. Bogotá: CES ICANH.

Archila, M., Delgado, Á., García, M. C., & Prada, E. (2003). *25 años de luchas sociales en Colombia: 1975-2000*. Bogotá: CINEP.

Bejarano, A. (1991). Estrategias de paz y apertura democrática: Un balance de las administraciones Betancur y Barco. En F. Leal, & L. Zamosc, *Al filo del caos, crisis política en la Colombia de los años 80*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Buenaventura, N. (1988). *Unión Patriótica y poder popular*. Bogotá: Ediciones CEIS.

Castro, F. (1989). *Discurso Pronunciado por Fidel Castro Ruz, Presidente de la república de Cuba [En línea]*. www.cuba.cu/gobierno/discursos/1989/esp/f071289e.html.

Cerdeira, B. (2009). Perspectivas de la Revolución treinta años después. *MARxismo Vivo*.

Comisión Internacional FARC-EP. (2005). *Esbozo histórico*.

Comité ¡A Luchar! (1988). *Conclusiones de la II Convención Nacional de ¡A Luchar!*

Deas, M., & Gaitán, F. (1995). *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: FONADE y DNP.

Fernando, G. (2009). La Brigada Simón Bolívar. *Marxismo Vivo*, 62-67.

Gallon Giraldo, G. (1989). *Entre movimientos y caudillos: 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia*. Bogotá: Cinep.

Gamson A, W. (1992). *Talking Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Harnecker, M. (1989). *Entrevista con la Nueva Izquierda*. Bogotá: Centro de Documentación y Ediciones Latinoamericanas.

Harnecker, M. (1999). *La izquierda en el umbral del siglo XXI: Haciendo posible lo imposible*. Ed. Siglo XXI.

Harnecker, M., & Rauber, I. (1991). *Hacia el siglo XXI: La izquierda se renueva*. Quito: Centro para la Educación y Estudio de América Latina.

Herrera, M. C., Infante Acevedo, R., Pinilla Diaz, A., & Soler Diaz, C. (2005). *La construcción de Cultura Política en Colombia, proyectos hegemonicos y resistencias culturales*. Bogotá: Ed. Universidad Pedagógica Nacional.


Humanidad Vigente Corporación Jurídica. (2007). *Memorias de la represión: la operación relámpago: crímenes de lesa humanidad contra "a luchar" en el Valle del Cauca*. Humanidad Vigente Corporación Jurídica.

Jimenez, C. (Noviembre de 2006). Momentos, escenarios y sujetos en la producción constituyente: aproximaciones críticas al proceso constitucional de los noventa. *Revista Análisis Político*, 19(58).

Leal, F. (Mayo-Agosto de 1987). La crisis política en Colombia: alternativas y frustraciones. *Análisis Político*.

Leal, F. (1997). *La seguridad Nacional a la Deriva*. Bogotá: Cesó, Alfaomega, Flacso.

Lujan, G. (1989). Carlos Lleras y Misael Pastrana: reforma del Estado y crisis del frente

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <small>Escuela de Pedagogía</small>	<b>FORMATO</b>	
	<b>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</b>	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 3 de 5	

nacional. En Á. Tirado Mejía, *Nueva Historia de Colombia Tomo II* (págs. 243-246). Bogotá: Planeta.

Medina Gallego, C. (2008). *E.L.N. Ejército de Liberación Nacional: Notas para una historia de las ideas políticas 1958-2007*. Bogotá.

Medina, M. (1984). *La protesta urbana en Colombia*. Bogotá: Ediciones Aurora.

Medina, M. (1997). Dos décadas de crisis política en Colombia: 1977-1997. En L. G. Comp. Arango, *La crisis sociopolítica colombiana. Un análisis no coyuntural de la Coyuntura*. Bogotá: Utópica.

Minga de Pensamiento-Tertulia el movimiento ¡A Luchar! (24 de mayo de 2013).

Moyano Pino, L. (2011). De dogmas, hombres nuevos, muerte y martirologio. La relación subterránea Marxismo-Cristianismo en Chile, 1960-1970. *Coloquio "Las lecturas de Marx en América Latina"*. Santiago.

Munera Ruiz, L. (1998). *Rupturas y Continuidades, poder y movimiento popular en Colombia. 1968-1988*. Bogotá: CEREC-IEPRI.

Pécaut, D. (2006). *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá: Norma.

Petras, J., & Vieux, S. (1997). EL declive de la política revolucionaria: El espejismo capitalista... y el regreso del comunismo. En R. (. Vega, *Marx y el siglo XXI: Una defensa de la historia y del socialismo*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.

Pinto Mascareño, R. M. (2010). *Los movimientos sociales y los marcos de acción colectiva que apoyan la lucha contra la precariedad laboral*. Madrid: Memoria para optar al grado de Doctor, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Psicología.

Pizarro, E. (1996). *Insurgencia sin revolución: La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Ramirez, S., & Restrepo, L. (1988). *Actores en conflicto por la paz*. Bogotá: CINEP.

Reyes Posada, A. (1991). Paramilitares en Colombia: Contexto, aliados y consecuencias. En S. Gonzalo, & R. Peñaranda, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC.

Rodriguez, L. M. (2000). Reconstrucción histórica del proceso de reinserción de la Corriente de Renovación Socialista. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios.

Sanchez Lopera, A. (2006). Ciencia, Revolución y creencia en Camilo Torres: ¿Una Colombia Secular? *Revista Nómadas. Universidad Central*, 241-258.


Silva Losada, G. (s.f.). *Epopeya y genocidio de la Unión Patriótica*. Bogotá: FUNDASUR.

Solares Jimenez, C. (s.f.). *Acción Colectiva y Movimientos Sociales. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos*.

Tinoco, A. (2008). Movimientos sociales, movimientos políticos y partidos políticos. *Revista Sinergie(4)*, 247.

Torres, A. (2002). Las lógicas de la acción colectiva. Aportes para ampliar la comprensión de la acción colectiva. *Colombia, Cuadernos de Sociología(36)*, 37.

Torres, A. (2002). *Movimiento, Organizaciones Populares y Constitución de sujetos colectivos*. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas y Educativas. UNAD.

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <small>Escuela de Pedagogía</small>	<b>FORMATO</b>	
	<b>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</b>	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 4 de 5	

Torres, A. (2007). *Identidad y política de la acción colectiva: organizaciones populares y luchas urbanas en Bogotá, 1980-2000*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

Varas, A. (1991). *Dela Komintern a la Perestroika: América Latina y la Unión Soviética*. Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Villarraga, A., & Nelson, P. (1994). *Para reconstruir los sueños, una historia del EPL*. Bogotá: Fondo Editorial para la Paz, Fundación progresar.

#### 4. Contenidos

El trabajo de investigación se desarrolla a lo largo de tres capítulos que buscan dar cuenta de los objetivos propuestos alrededor de los Marcos de Acción Colectiva y Procesos Enmarcadores en el movimiento *A Luchar*.

El primer capítulo aborda algunas de las consideraciones teóricas sobre el concepto de Cultura Política, la valoración y pertinencia de los enfoques de Marcos de Acción Colectiva y los consiguientes Procesos Enmarcadores en el estudio sobre Movimientos Sociales y la relación de estos fenómenos con la configuración de identidades políticas. Además de la caracterización teórica del objeto de estudio, el movimiento *A Luchar*.


El segundo capítulo responde a la caracterización histórica del periodo comprendido entre los años de 1974 y 1991, que comprenden el marco histórico formativo y de desarrollo en *A Luchar*, todo esto a la luz de la perspectiva de la Cultura Política que configuró los imaginarios colectivos de las diferentes expresiones de la izquierda en Colombia.

El capítulo tercero consiste en la lectura de la experiencia política del movimiento *A Luchar* en clave de los Marcos de Acción Colectiva y Procesos Enmarcadores en el desarrollo del movimiento. Este capítulo corresponde a la identificación de la dimensión cultural, de los referentes de lectura de la realidad y su relación en el fomento de las acciones colectivas y su justificación discursiva al interior del movimiento, además de la caracterización de los espacios destinados a generar marcos interpretativos para los integrantes de este movimiento.

#### 5. Metodología

El desarrollo de la investigación requirió de varias fases, algunas de las cuales se ven reflejadas y constituyen el ejercicio temático en que se organizó el proyecto. En un primer momento se realizó un análisis documental sobre la producción académica alrededor del objeto de estudio, de igual manera se hizo con la caracterización histórica del periodo a analizar y con los enfoques teóricos a emplear en el análisis del movimiento *A Luchar*.

El análisis de las fuentes primarias, prensa y documentos oficiales del movimiento, se

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <small>Escuela de Pedagogía</small>	<b>FORMATO</b>	
	<b>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</b>	
<b>Código: FOR020GIB</b>	<b>Versión: 01</b>	
<b>Fecha de Aprobación: 10-10-2012</b>	<b>Página 5 de 5</b>	

dio en clave de la identificación discursiva de los fenómenos, acontecimientos o símbolos más relevantes y retratados por el movimiento y/o sus integrantes. En el caso del acercamiento a las fuentes humanas, se empleó la entrevista a profundidad y semiestructurada que permitió la expresión de fenómenos contruidos en la subjetividad, pero ceñidos a las necesidades de la investigación.

### 6. Conclusiones

El proyecto de investigación permitió dar cuenta de los enfoques de Marcos de Acción Colectiva y Procesos Enmarcadores en la valoración de la dimensión cultural y aspectos subjetivos como complemento importante en la investigación sobre movimientos y organizaciones sociales.

Por otra parte fue posible identificar la estrecha relación existente entre la constitución de universos simbólicos alrededor de los Movimientos Sociales, las motivaciones para el desarrollo de las Acciones Colectivas y la construcción de identidades políticas entre los sujetos que integran un movimiento u organización social.

En el caso particular de A Luchar, el movimiento desarrolló Procesos Enmarcadores en respuesta a los cambios institucionales y del contexto socio-político en que estuvo inmerso, llevando a espacios extra-institucionales marcos re-elaborados y antagónicos a la Cultura Política hegemónica.

<b>Elaborado por:</b>	González Pineda, Elizabeth; Sánchez Encinales, Simón Aníbal
<b>Revisado por:</b>	Díaz Jaramillo, José Abelardo

<b>Fecha de elaboración del Resumen:</b>	26	02	2014
--	----	----	------

## Tabla de contenido

Introducción.....	3
Balance diagnóstico.....	5
<b>1. LOS MARCOS PARA LA ACCIÓN COLECTIVA Y LOS PROCESOS ENMARCADORES EN LA CONSTITUCIÓN DE IDENTIDADES POLÍTICAS .....</b>	<b>12</b>
1.1. ¿Cultura política?.....	13
1.2. Marcos Culturales para la Acción y Procesos Enmarcadores.....	17
1.3. Identidades sociales y políticas .....	20
1.3.1. El lugar de los actores e identidades en los Movimientos Sociales. ....	20
1.3.2. Identidades políticas .....	27
1.4. Movimientos y partidos políticos; ¿A Luchar? .....	28
1.5. Aspectos metodológicos .....	31
<b>2. CONTEXTO FORMATIVO DE A LUCHAR (1974-1991) .....</b>	<b>34</b>
2.1. El desmonte del Frente Nacional: Cambios y continuidades en la Cultura Política.....	35
2.1.1. Paro Cívico Nacional septiembre de 1977 .....	39
2.1.2. Lucha política contrainsurgente: el estado de sitio y el Estatuto de Seguridad .....	41
2.1.3. Acercamiento, tregua y diálogo con "los alzados en armas" .....	43
2.1.4. Asamblea Nacional Constituyente.....	51
2.2. Ambiente internacional, repercusiones en las izquierdas latinoamericanas ...	53
2.2.1. El militarismo y la transición a la democracia en el cono sur .....	55
2.2.2. Centroamérica: Revolución y Democracia .....	58
2.2.3. La Perestroika y el fin del campo socialista .....	63
2.3. Colombia y las alternativas de izquierda; <i>"entre la política y la guerra"</i> .....	69
2.3.1. Izquierda tradicional e izquierda armada 1975-1990.....	70
2.3.2. Alternativas de izquierda.....	72
<b>3. PROCESOS ENMARCADORES Y MARCOS DE ACCIÓN COLECTIVA EN EL MOVIMIENTO ¡A LUCHAR! .....</b>	<b>76</b>
3.1. Caracterización histórica de ¡A Luchar!.....	77
3.2. Procesos Enmarcadores .....	81



3.2.1.	Las raíces, los orígenes.....	82
3.2.2.	Caracterización, objetivos .....	85
3.2.3.	Asamblea Nacional Popular y los Cabildos Populares.....	88
3.2.4.	“ <i>Contra La Concertación: ¡A Luchar!</i> ” Sobre la acción política.....	91
3.2.5.	Los “caídos” .....	95
3.2.6.	Referentes .....	98
3.2.6.1.	Los Paros: El Paro del Nororiente y las Jornadas de Mayo .....	99
3.3.	Marcos de Acción Colectiva.....	102
3.3.1.	Símbolos.....	102
3.3.1.1.	Camilo Torres (el “Camilismo”).....	102
3.3.2.	Colombia (lectura del contexto general, coyunturas) .....	105
3.3.3.	Identidad: adversarios y protagonistas .....	108
3.3.4.	Fuerzas Militares, paramilitarismo y “Guerra Sucia” .....	112
3.3.5.	La Izquierda tradicional y la Izquierda armada.....	115
3.3.6.	Los referentes latinoamericanos .....	118
4.	CONCLUSIONES.....	121
	Bibliografía.....	124

## **Marcos de Acción Colectiva y Procesos Enmarcadores en el movimiento**

### **¡A Luchar!**

#### **Introducción**

El estudio de la historia social y política reciente en Colombia, pasa necesariamente por reconstruir críticamente el papel desempeñado por las variadas expresiones de los movimientos sociales. Dado que estos, libran una tarea importante en el sentido de transformar la cultura política nacional a través de sus cuestionamientos a las instituciones y su capacidad para la construcción de nuevos significados, prácticas y valores sociales, en el marco de las disputas por la ampliación de la democracia y la participación política en el país.

En el contexto colombiano los movimientos sociales han sido receptores de distintas formas de represión y estigmatización, lo cual en términos generales, ha sido abordado por los trabajos para la reconstrucción de la memoria, con el fin de otorgar visibilidad y reconocimiento a las víctimas de la violencia política ejercida en el país contra tales proyectos políticos. Estos aportes han hecho su parte en el ejercicio de la construcción crítica de la historia de las izquierdas. Sin embargo, este tipo de análisis al privilegiar o hacer explícita la denuncia sobre la responsabilidad del Estado, han dejado de lado la reflexión crítica en torno a las lógicas de organización de los movimientos sociales de oposición, con respecto a sus prácticas, sus construcciones de identidad, sus referentes y sus proyectos de transformación de la realidad política nacional.

En un esfuerzo por contribuir al estudio de dichas lógicas de organización y acción, éste proyecto de investigación se inscribe en la tarea que ha venido adelantándose en torno a la relectura de la historia de las izquierdas en Colombia, teniendo como objeto de estudio la experiencia política del movimiento ¡A Luchar! que tuvo lugar entre 1984 y 1992. Para efecto de esta investigación se parte de la propuesta teórica

de Marcos para la Acción Colectiva (en adelante MAC) junto con la identificación y descripción de los Procesos Enmarcadores (en adelante PE), pues, consideramos que esta propuesta permite ampliar el espectro de análisis de la dimensión cultural y subjetiva de los movimientos sociales.

Esta perspectiva teórica se desarrolla como un aporte que no pretende ser completo ni dar respuesta a todas las preguntas sobre los fenómenos que caracterizaron la historia cultural de las izquierdas en Colombia. Sin embargo, permite un acercamiento exploratorio en el estudio de las construcciones subjetivas, las interpretaciones generadas colectivamente sobre la realidad y los referentes simbólicos y discursivos, en el desarrollo de las acciones colectivas en los movimientos sociales.

¡A Luchar! se inscribió entonces como un proyecto político radical, amplio y alternativo que irrumpió en el escenario de las izquierdas en Colombia a mediados de la década de 1980, en una coyuntura marcada por las apuestas del gobierno nacional por el diálogo con los movimiento guerrilleros y un aparente crecimiento en la movilización social.

El movimiento surge enarbolando la consigna de, *Contra la concertación: ¡A Luchar!* que en alguna medida da cuenta de sus atributos, pues este movimiento se caracterizó por asumir posturas críticas y radicales respecto a las conciliaciones del movimiento popular con el Estado y por promover acciones políticas en lo que llamaron la *Acción Directa*; es decir, asumir como herramientas políticas los paros, las marchas, la lucha sindical y anti patronal, todo esto expresado en un discurso marcadamente radical y de denuncia contra lo que señalaban como los efectos de un país sumido en una grave crisis social agravada por el papel del imperialismo norteamericano y las burguesías y oligarquías nacionales.

Para el desarrollo de la investigación y en relación con los enfoques propuestos de MAC y PE el trabajo se dividió en tres partes que a su vez comprenden los tres capítulos del documento: el primero plantea la propuesta teórica y presenta los

enfoques empleados para el tratamiento del objeto de estudio, el movimiento A Luchar, además de las herramientas metodológicas empleadas para la recolección de la información. El segundo capítulo busca desde una perspectiva histórica resaltar los fenómenos sociales y políticos que incidieron en la configuración de la cultura política de diversos grupos sociales durante las décadas de 1970 y 1980, con el fin de describir el contexto en que surge y se desarrolla el movimiento A Luchar. La tercera parte relaciona la propuesta teórica con las fuentes estudiadas, con el fin de dar cuenta de los marcos para la acción colectiva y del desarrollo de algunos de los procedimientos destinados a la configuración de los marcos interpretativos, es decir, los procesos enmarcadores que tuvieron lugar en A luchar.

Este trabajo monográfico se perfila entonces como un aporte que indaga sobre algunos de los elementos que configuraron el universo cultural, las interpretaciones construidas intersubjetivamente que contribuyeron a elaborar una lectura y unas formas particulares de actuar sobre la realidad. Son bastantes los componentes que en el sentido de los MAC y los PE quedan sin explorar, no solo en relación con la experiencia política de A Luchar, sino con los demás proyectos políticos emprendidos por las izquierdas en Colombia, por lo que se hace necesario seguir abordando la propuesta teórica de los MAC y PE para describir, caracterizar y re significar los sentidos de la construcción de identidades políticas de las diversas expresiones de los movimientos sociales en Colombia.

### **Balance diagnóstico**

Aunque el movimiento A Luchar tuvo un lugar en el desarrollo de las dinámicas socio-políticas durante la década de 1980, y encarnó, junto a otros movimientos como la Unión Patriótica o el Frente Popular la constitución de alternativas de oposición al bipartidismo liberal-conservador, configurándose como opciones de poder, no existe una mayor preocupación académica por ahondar en lo que significó esta expresión política en particular.

A diferencia de otras expresiones de la izquierda política que tuvieron una mayor proyección en el escenario político del momento, puesto que alcanzaron un reconocimiento amplio de la opinión pública por su participación institucional-electoral; A Luchar se caracterizó, en un principio, por el rechazo a las vías formales de hacer política lo que implicó que su desenvolvimiento se viera opacado y sus actividades relegadas a unos cuantos escenarios regionales que, sumado a las dinámicas producto de la persecución política ejercida en su contra, pueden explicar en alguna medida la limitada cantidad de fuentes primarias, como documentos oficiales o prensa que sobre A Luchar se pueden encontrar.

En efecto, a partir de la exploración bibliográfica que se tuvo en cuenta para la elaboración del balance historiográfico fue posible constatar, - haciendo salvedad en la reciente aparición de proyectos investigativos que desde las universidades y en forma de trabajos o tesis de pregrado y posgrado se han venido acercando a la experiencia del movimiento A Luchar-, la limitada cantidad de investigaciones cuyo eje central fuese el análisis de las principales características de este movimiento, su historia o programa político.

En un primer momento se encuentran las iniciativas surgidas desde la perspectiva de la Memoria Histórica. Para estas, la investigación en torno a la violencia política ejercida contra las organizaciones alternativas de izquierda,- recrudescida durante las décadas del 70, 80 y 90 del siglo XX-, cobra un lugar de importancia en el marco de la reconstrucción de la historia de las izquierdas en Colombia desde la perspectiva de las víctimas.

Aun así, son pocos los trabajos que en ese sentido están orientados a reconstruir la memoria histórica del movimiento político A Luchar. Estas investigaciones generalmente recogen testimonios, datos e informes, que giran en torno a las víctimas de la persecución política pertenecientes a los movimientos de izquierda en Colombia. Los textos que abordan el caso de las víctimas pertenecientes a A Luchar recogen testimonios breves de sus militantes, como el trabajo realizado por Guido Piccoli (2005) en *El Sistema del Pájaro, Colombia, Paramilitarismo y Conflicto Social*

y el de los investigadores Vladimir Carrillo y Tom Kucharz (2007) *Colombia: Terrorismo de Estado, Testimonios de la Guerra Sucia Contra los Movimientos Populares*, en los cuales, con la intención de recopilar algunos casos que evidencien la violencia política ejercida por el Estado contra las organizaciones sociales, se presentan únicamente dos situaciones relacionadas con A Luchar.

El proyecto *Colombia Nunca Más, memoria de crímenes de lesa humanidad*, que reúne a varias organizaciones no gubernamentales, se ha enfocado en la investigación y la denuncia de los crímenes de Estado declarados como de lesa humanidad. En América latina iniciativas de este tipo también se han puesto en marcha, con la característica que se desarrollaron en un periodo de post-conflicto, mientras que en Colombia iniciaron su trabajo, en medio del conflicto social y armado.

En el marco de las investigaciones de Colombia Nunca Más, sobresalen dos relacionadas con el movimiento A Luchar. La primera, *Operación Relámpago: crímenes de lesa humanidad contra A Luchar en el Valle del Cauca (2007)*, publicada como cartilla informativa que hace parte de la colección denominada *Memorias de la Represión* tiene como objetivo principal reseñar los crímenes políticos cometidos en aplicación de la llamada “Operación Relámpago”, llevada a cabo por parte de organismos estatales contra el movimiento A Luchar en la región del Valle del Cauca durante las décadas de 1980 y 1990. Este trabajo, además de la recolección de los testimonios de algunas de las víctimas, recoge someramente algunos de los elementos del contexto histórico en que se desarrolla esta operación, destacándose la caracterización de la década de 1980 como un periodo de ascenso en la organización, movilización y lucha de las organizaciones populares. Aunque las caracterizaciones del periodo y del movimiento A Luchar son superficiales y carecen de fuentes, dado su carácter informativo, ponen de relieve el papel de esta organización social en una de las regiones del país donde tuvo mayor acogida.

*Crímenes de Lesa Humanidad en la zona 5ª* (2008) es una de las más recientes publicaciones del proyecto Colombia Nunca Mas, que a manera de informe realiza

un rastreo comprendiendo geográficamente la zona quinta de la jurisdicción militar colombiana; Santander, Norte de Santander, y el sur de Cesar y Bolívar, y temporalmente los años comprendidos entre 1966 y 1998, identificando los casos en donde se cometieron crímenes de lesa humanidad contra organizaciones sociales, vinculados con el fenómeno del paramilitarismo y la responsabilidad política del Estado.

El informe, debido a la fuerte presencia de A Luchar en la zona estudiada, realiza un breve recuento del devenir movimiento, teniendo en cuenta su proceso de consolidación y las actividades en que participaron en esta zona del país, especialmente durante las movilizaciones del paro cívico del nororiente colombiano en 1987, las jornadas de mayo en 1988 y las marchas campesinas entre 1988- 1989. Para resaltar las razones que motivaron la persecución contra A Luchar por parte de organismos estatales y expresiones del paramilitarismo en estas regiones del país, el informe destaca el apoyo creciente que ganaba el movimiento entre los sectores pobres y medios de la población por la capacidad de liderar sus demandas en importantes movilizaciones regionales. Situación que desembocó en amenazas y detenciones arbitrarias y luego en el asesinato y desaparición de algunos de sus militantes.<sup>1</sup>

Pese a no encontrar trabajos investigativos que se planteen o tengan como centro de análisis el estudio de la experiencia política de A Luchar, es posible hallar bibliografía en donde, -aunque su objeto de estudio es el recorrido histórico de algunas de las expresiones del movimiento insurgente y sus apuestas por la participación política en otros espacios más allá del armado-, se recoge, de forma somera, la participación y la importancia de estas organizaciones en los movimientos estudiantiles, campesinos

---

<sup>1</sup>Para una revisión más amplia de este tema consultar: Crímenes de Lesa Humanidad en la zona V, Bogotá, Proyecto Colombia Nunca Mas, 2008, cap. 2dos, pp. 61 a 63

y sindicales, o en expresiones más amplias como en el caso del movimiento A Luchar.

Los trabajos que dan cuenta de lo anteriormente mencionado son los realizados por Andrés Restrepo y Marly Contreras en *Flor de Abril, La Corriente de Renovación Socialista, de las armas a la lucha política legal* (2000); *Rojo y Negro: Una aproximación a la historia del ELN* (2005) del fallecido miembro de la Dirección Nacional de esa organización, Milton Hernández, y la investigación del profesor Carlos Medina Gallego, *E.L.N. Ejército de Liberación Nacional, notas para una historia de las ideas políticas 1958-2007*.

*Flor de Abril, La Corriente de Renovación Socialista, de las armas a la lucha política legal* (2000), publicado por la Organización No gubernamental Corporación Nuevo Arcoíris, -entidad que nace fruto de los acuerdos de paz entre la organización armada Corriente de Renovación Socialista (CRS) y el gobierno en 1994- se centra en la reconstrucción histórica de la organización, en el proceso de reinserción a la vida civil y su trabajo político legal después de casi seis años de la desmovilización y los acuerdos de paz.

La investigación dedica uno de los capítulos a evaluar históricamente el papel que desempeñó A Luchar en la conformación de la CRS. De ahí que se señalen los más importantes momentos por los que A Luchar pasó, sobre todo acentuando su evolución organizativa y las transformaciones políticas que fue asumiendo conforme al cambio e interpretación de las realidades socio-políticas del país, del continente y especialmente las del campo socialista. En el apartado alrededor de A Luchar, se resalta la manera en que se configura su proyecto político como una propuesta alternativa, diferente incluso de otras experiencias de la izquierda contemporánea como las emprendidas por la Unión Patriótica y el Partido Comunista, o la del Frente Popular impulsada por el Partido Comunista M-L.

La consolidación del proyecto político de A Luchar, señala la investigación, desempeñó un papel importante tanto para la CRS como para el ELN y las



organizaciones que se agruparon en el Movimiento de Integración Revolucionaria-Patria libre (MIR-PL) y en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), pues expresaron allí - en A Luchar- transformaciones en sus horizontes políticos, el papel de las vanguardias revolucionarias, lucha extra institucional, participación electoral, el futuro de la lucha armada.

En 1989 A Luchar participó en el Coloquio sobre alternativas populares en Colombia, realizado en la Universidad Nacional de Colombia, cuyas memorias fueron recogidas por el investigador Gustavo Gallón en el libro *Entre movimientos y caudillos - 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia (1989)*. Allí, la ponencia denominada “organización A Luchar” fue elaborada por el comité ejecutivo nacional de esa organización. En dicha ponencia, el comité planteó que el surgimiento de A luchar se dio en medio de contradicciones al interior de la izquierda y alrededor de la inconformidad con respecto a los acuerdos de paz durante el gobierno de Betancur, definen su origen como un proyecto político-sindical en el que confluyen diferentes sectores de la izquierda (Marxista-Leninista, trotskistas y camilistas) y caracterizan su proyecto político a partir del reconocimiento de la necesidad de actuar desde instituciones propias, contrarias a las de la burguesía.

*El regreso de los rebeldes (2005)*, está escrito por algunos protagonistas vinculados de distintas formas con el ELN; algunos porque militaron directamente en él, como León Valencia y Fernando Hernández, y otros como Antonio Sanguino, Joe Broderick y Luis Eduardo Celis, porque han estado relacionados con la investigación, los debates y las diferentes estructuras políticas (A Luchar, CRS) que surgieron producto de las disoluciones al interior de la izquierda colombiana. Los autores de este texto tienen en común su ruptura con la lucha armada y su apuesta por la lucha política.

En otro texto, *Mis años de guerra (2008)*, León Valencia elabora una descripción detallada y autobiográfica de su paso por la guerrilla del ELN y de su anterior participación en otras organizaciones legales e ilegales; toma un período de aproximadamente 30 años, - a partir de 1970- considerando lógicamente todas

aquellas vivencias y motivaciones que desde su infancia y principalmente durante su juventud, empezarían a marcar sus intereses y principios políticos, que lo condujeron a su vinculación al ELN en 1987, a través de la fusión de este con el MIR- Patria Libre, organización a la que perteneció a principios de la década de 1980..

Con respecto a la irrupción de A Luchar, Valencia toma el año de 1985, como el período en que la aceleración de los procesos unitarios de la izquierda, se acentúan, y se expresan abiertamente en la Unión Patriótica, el Frente Popular, y por supuesto A Luchar; inicialmente señala León Valencia (2008), en esta organización estuvieron reunidos algunos núcleos de influencia trotskista, diversas iniciativas del ELN en el campesinado, en el sindicalismo, en las comunidades religiosas y en el estudiantado; además de otros activistas relacionados con la experiencia en el MIR-PL.

La tesis *Reconstrucción histórica del proceso de reinserción de la Corriente de Renovación Socialista (2000)*, elaborada por Luz Marly Contreras Rodríguez, quien también participó en la elaboración del libro *Flor de Abril*, está orientada hacia la reconstrucción de los hechos que enmarcaron los procesos de negociación entre la CRS y el gobierno nacional, además de que aborda el tema de los acuerdos para la reincorporación a la vida civil de sus miembros, puestos en términos socio-económicos y políticos (vivienda, educación, empleo, participación, etc.).

Si bien este trabajo comprende el período entre 1994 y 1999, la autora hace un rastreo de los orígenes de la CRS, razón por la cual realiza entrevistas a algunos miembros de esta organización, que anteriormente estuvieron vinculados a otros movimientos, entre ellos A Luchar y el ELN.

## CAPÍTULO 1

### 1. LOS MARCOS PARA LA ACCIÓN COLECTIVA Y LOS PROCESOS ENMARCADORES EN LA CONSTITUCIÓN DE IDENTIDADES POLÍTICAS

Las preguntas por la dimensión cultural y sus implicaciones al interior de los movimientos sociales y sus variadas expresiones, así como la preocupación por la identidad, la manera en que ésta se constituye y sus alcances a nivel individual y/o colectivo, se han configurado en temas de análisis socio-histórico que han venido experimentado un inusitado crecimiento en la investigación social, dando lugar a una amplia y variada cantidad de perspectivas interpretativas que también se han ido transformando conforme a los cambios que presentan las formas de organización social, las acciones colectivas y los movimientos sociales.

Este primer capítulo tiene como objeto abordar los enfoques teóricos que servirán de marco interpretativo para la aproximación al caso de estudio del movimiento político A Luchar.

La primera parte de este capítulo versa sobre las consideraciones teóricas que se tendrán en cuenta para identificar y abordar las dimensiones culturales en el movimiento, teniendo presente el enfoque de los *MAC* y los *PE*. En un segundo momento, se tomará la reflexión en torno al lugar de la identidad, así como la manera en que ésta se construye, al interior de los movimientos sociales y las organizaciones políticas.

Un apartado del capítulo versara sobre las dificultades surgidas en el intentando de dar claridad en la caracterización de la experiencia organizativa de A Luchar, preguntas surgidas fruto de su desarrollo en relación con experiencias políticas contemporáneas además de las constantes transformaciones que el movimiento sufrió durante su existencia, estas serán abordadas a la luz de las reflexiones conceptuales sobre movimiento y partido político.

Por último, desarrollaremos las consideraciones metodológicas, el manejo de fuentes y el ejercicio descriptivo que se tuvieron en cuenta para los análisis de la experiencia del movimiento A Luchar, tendientes a identificar los MAC y la manera en que estos se construyen a través de los Procesos Enmarcadores.

### **1.1. ¿Cultura política?**

En un primer acercamiento en la consideración de los elementos relacionados con la identificación de Marcos de Acción Colectiva y Procesos Enmarcadores, aparece la categoría de Cultura Política (En adelante CP), como un cuerpo conceptual que trata de dar cuenta de los fenómenos culturales y la actividad política, es decir la identificación y descripción de las concepciones o las maneras en las que los sujetos sociales se asumen y actúan en relación con el ejercicio político.

En el análisis sobre el origen y evolución, del cada vez más empleado concepto de CP, diversos investigadores reconocen los problemas de carácter teórico y metodológico, que este suscita. Pues ya de por sí, las conceptualizaciones sobre lo político y/o lo cultural, responden a una multiplicidad de acepciones e interpretaciones que presentan las mismas dificultades.

Lechner (1987) considera que a pesar de los acercamientos que al concepto se han realizado desde el Marxismo, el Funcionalismo o la Lingüística, este sigue siendo poco claro o poco preciso. Por otro lado identifica dos situaciones originadas alrededor del concepto, primero la manera en que su uso poco riguroso ha contribuido al hecho de que la Cultura Política obedezca a variedad de acepciones que le han otorgado un carácter polisémico, y segundo, el hecho de aplicar el concepto en función de la necesidad de alcanzar un objetivo o ideal sobre el ejercicio político de una sociedad determinada (el ideal de “cultura política democrática” por ejemplo).

A pesar de las complicaciones en la conceptualización, Lechner invita a la valoración de las implicaciones del fenómeno de la CP en el estudio de los movimientos sociales y sus expresiones, pues reconoce la existencia de los fenómenos ligados a la variada designación de lo que involucra la CP, donde ofrece también algunas luces para su tratamiento metodológico; primero, la necesidad de considerar el fenómeno de la CP en plural, es decir, hablar de Culturas Políticas, pues este fenómeno debe ser considerado en la confrontación de las variadas concepciones sobre lo político que elaboran los grupos sociales, segundo, la de entender las investigaciones de la CP como un elemento articulador entre condiciones objetivas y construcciones subjetivas. Tercero, reconocer el carácter de constante transformación de la CP en el tiempo. Y por último, el de considerar el estudio de la CP como un elemento complementario que puede explicar en alguna medida las acciones políticas colectivas.

De otro lado, López de la Roche (2000) destaca la amplia variedad de temas que abarcan los estudios realizados alrededor de la CP, estos a su vez, respondiendo a una igualmente variada cantidad de enfoques investigativos; así, el lugar de la vida cotidiana en la constitución de paradigmas políticos, la reflexión sobre las identidades políticas individuales y/o colectivas, los imaginarios, las mentalidades o las representaciones que sobre la sociedad elaboran grupos sociales, los elementos simbólicos socialmente construidos y asumidos en relación con el poder o la política y los discursos que alrededor de esta se emplean, así como el sistema de valores, creencias o actitudes de los individuos o colectivos ante lo político, hacen parte de la extensión de temas que abarcan las investigaciones sobre la CP, y que desde la Ciencia Política, la antropología, la sociología, la lingüística o la semiótica se han aproximado a la explicación de los fenómenos de la CP. Por lo anterior, De la Roche reconoce la inexistencia, pese a algunas coincidencias, de una conceptualización de CP que se profile como única o con una mayor aceptación entre los investigadores.

De la discusión teórica sobre la construcción conceptual alrededor de la CP por parte de Lechner y De la Roche, es posible identificar algunos elementos teóricos y

metodológicos que se tendrán en cuenta para efectos de esta investigación; así y en ese sentido, entendemos que la CP constituye por una parte, el filtro de valoración con el que grupos sociales, en términos amplios, hacen una lectura y evalúan las relaciones políticas, que se establece como categoría relacional entre la acción política y las orientaciones para su ejecución y reflexión. Y que, siguiendo a Lechner, también responde a la elaboración intersubjetiva del individuo, colectivo, grupo social, etc. En la que por lo general se contrapone con la elaboración de otro, es decir, la existencia de variadas Culturas Políticas en un mismo contexto, donde algunas pretenden imponerse sobre otras y/o están en constante pugna.

A nuestro juicio, la conceptualización más adecuada para el ejercicio de esta investigación, que de CP se da, es la elaborada por el grupo de investigación “Cultura Política y Educación” de la Universidad Pedagógica Nacional (Herrera, Infante Acevedo, Pinilla Diaz, & Soler Diaz, 2005). En esta perspectiva se reconoce el carácter evolutivo en la construcción del concepto de CP, que se viene empleando desde mediados del siglo XX, por el aporte que desde variadas corrientes y campos de investigación se han hecho.

Esta propuesta identifica los enfoques que han caracterizado las perspectivas teóricas y los estudios relacionados con la CP; uno caracterizado por hacer énfasis en la identificación de valores individuales y la otra por entender lo cultural en relación con las manifestaciones y significaciones colectivas y lo político en un sentido que no se centra únicamente en lo institucional, es decir el Estado y sus instituciones. En este sentido, se propone una concepción amplia de la CP, que se alimenta de los aportes en la problematización del fenómeno, y que tendremos en cuenta en la investigación para la interpretación de los elementos en relación con la CP como son los MAC y los PE. De esta manera se entiende este concepto como:

[...] el conjunto de prácticas y representaciones en torno al orden social establecido, a las relaciones de poder, a las modalidades de participación de los sujetos y grupos sociales, a las jerarquías que se establecen entre ellos y a las confrontaciones que tienen lugar en los

diferentes momentos históricos. (Herrera, Infante Acevedo, Pinilla Diaz, & Soler Diaz, 2005, pág. 34)

Pero las discusiones sobre el fenómeno de la CP, ayudan en el aporte de otros elementos para la descripción de MAC y PE en los movimientos u organizaciones sociales, pues desde las variadas tendencias al interior de la sociología, antropología, la ciencia política, la historia, los estudios culturales, las ciencias del lenguaje y la comunicación se ha construido el concepto de CP, partiendo desde las nociones que consideraron este fenómeno como una serie de valores ideales a alcanzar en relación con las democracias liberales del siglo XX y los sistemas políticos ligados a estas en Norte América y Europa occidental; luego, la preocupación por descubrir el tipo de relaciones que se tejen entre los sujetos, los sistemas e instituciones políticas, pasando por las representaciones, mentalidades e imaginarios colectivos elaborados por grupos sociales. Hasta el interés por ampliar el sentido de lo político, lo institucional y lo nacional, indagando por la manera en que se da forma a las identidades sociales, el papel de la intersubjetividad y la percepción por las relaciones de poder al interior de las organizaciones sociales, han marcado esta amplia discusión.

Por otra parte la CP debe ser reconocida por su carácter de historicidad e intersubjetividad, pues responde a una reflexión que es histórica y socialmente construida y en permanente transformación, en relación con los cambios en la estructura socioeconómica, las instituciones políticas y el ambiente cultural. Y que puede asumirse no únicamente pero en este caso, en el sentido clásico, por su relación con las instituciones políticas tradicionales, donde “las actitudes, maneras de ser, de conocer y de comportarse políticamente” por parte de un sector muy específico del espectro político de la izquierda colombiana se hacen relevantes, acompañadas por las representaciones simbólicas y los imaginarios particulares que se elaboran sobre *la nación, la sociedad y la identidad política propia*.

En términos generales, la noción de CP suele estar asociada a las construcciones subjetivas que elaboran los sujetos, pero en relación con contextos sociales más

amplios, es decir, la existencia de elementos con los que se pueda identificar y delimitar una CP nacional, de uno u otro grupo social o de sectores económicos en contextos sociales e históricos determinados.

La perspectiva de la CP, en términos generales, pone de manifiesto el análisis generalizado de la dimensión cultural de las expresiones amplias de los grupos sociales, es decir, se aplica para identificar y explicar los elementos culturales que expresan y sirven de orientación para amplios grupos sociales de los que hacen parte expresiones más particulares como los son las organizaciones.

En el caso de la preocupación investigativa de este trabajo, que busca acercarse a la identificación y descripción de los fenómenos asociados con la CP, pero no en grandes grupos sociales sino en expresiones sociales organizadas y más particulares, como es el caso del movimiento político A Luchar, es necesario acudir a otro enfoque conceptual que se adecua con mayor precisión, a los objetivos planteados inicialmente para esta investigación. En ese caso, los llamados Marcos para la Acción Colectiva y los consecuentes Procesos Enmarcadores, que se plantean como enfoques que complementan la mirada de la CP pues permite desde una óptica particular, la identificación de los fenómenos de la dimensión cultural presentes en las expresiones de los Movimientos Sociales.

## **1.2. Marcos Culturales para la Acción y Procesos Enmarcadores**

Como reacción crítica a los límites del enfoque funcionalista y profundizando la perspectiva de la movilización de recursos, surge el modelo del proceso-político que a la cabeza de Charles Tilly, Doug McAdam y Sídney Tarrow incorporan el concepto de la “conciencia insurgente” que, teniendo en cuenta la dimensión organizativa y de movilización en relación con las acciones colectivas, se preguntan por los elementos externos a los movimientos sociales que intervienen subjetivamente y crean la percepción, al interior de estos, de la consecución de sus objetivos a través de la



movilización, es decir, la aparición de una conciencia insurgente, de movilización, de acción política.

El análisis de marcos para la acción colectiva como enfoque interpretativo surge en Estados Unidos y adquiere fuerza a mediados de la década de 1980. Erving Goffman introdujo en 1974 el concepto de “enmarcar”, con el que designó la acción de seleccionar y señalar determinados aspectos de la realidad percibida, que permitirían definir un problema particular, sus causas, a partir de una “evaluación moral” y las medidas o recomendaciones frente al mismo

De otro lado, los “marcos” son definidos como esquemas de interpretación que permiten a los individuos ubicar, percibir, identificar y clasificar los acontecimientos ocurridos en un espacio de vida social y en el mundo en general. Con respecto a la acción colectiva, un marco, como conjunto de creencias y significados, legitima las acciones del movimiento, les otorga significado. (Torres, 2007).

Los marcos constituyen entonces, una serie de guías, de elementos referenciales que poseen y al que acuden los individuos para elegir y actuar en la cotidianidad, estos intervienen en la selección, organización y priorización de las actividades en las que como sujetos actúan.

Por su parte, los MAC son entendidos como los esquemas interpretativos de la realidad que fomentan, explican y legitiman las diferentes acciones colectivas a las que, en este caso no los individuos, sino los movimientos sociales y sus expresiones organizadas acuden. No es la sumatoria de los valores, símbolos y referentes individuales, sino la expresión colectiva de la construcción intersubjetiva de dichos referentes en medio o con relación a la acción colectiva.

Estos marcos para la acción además de erigirse como fundamentos motivantes y explicatorios para la acción colectiva, también constituyen referentes identitarios colectivos, que permiten la aparición de expresiones como la solidaridad, la identificación con las demandas de la organización y la identificación del contrincante u opositor.

Un ejemplo de marco típico en los movimientos sociales según Sidney Tarrow, es el “marco de injusticia” denominado así por William Gamson, dicho marco parte del diagnóstico de que cada movimiento debe hacer de sus condiciones, de la atribución de responsabilidades y la propuesta de soluciones; esta tarea es la que los teóricos como Snow y Benford, denominan “enmarcado”. Es necesario caracterizar la manera en que son configurados los marcos, pues estos no salen de la nada y están relacionados con las predisposiciones de quienes los apropiaran. Los “organizadores” vendrían a ser en palabras de Tarrow, consumidores de significados culturales existentes, además de productores de otros nuevos.

Un concepto que da cuenta de la manera en que se produce la configuración de un marco entre los potenciadores del movimiento y la población objetivo, es el de “alineamiento de marcos”; este permite encontrar los motivos de la vinculación y permanencia de las personas en determinada acción colectiva. Existen varios procesos de “alineación de marcos” desarrollados por Snow y que retoma Alfonso Torres; dichos procesos son: primero, un “puente entre marcos”, los enlaces entre sentimientos comunes que algún agente decide difundir; en segundo lugar la “amplificación de marcos”, la activación de unos valores o principios frente a un conjunto de situaciones problemáticas; en tercer lugar la “extensión de marcos”, que implica una ampliación de las fronteras para enganchar adherentes, y finalmente una “transformación de los marcos” que implica una completa redefinición de los valores y creencias.

En términos generales los MAC combinan los referentes previamente elaborados por los sujetos y aquellos nuevos que surgen producto de la re significación dada al interior de los movimientos sociales y/o de las organizaciones.

Los M.A.C pueden ser identificados en dos instancias, primero por los valores, símbolos o conceptos reelaborados por los movimientos u organizaciones sociales con el fin de estimular y promover la movilización y luego, los valores, símbolos o normas proyectadas al interior y exterior de los movimientos, con los que justifican y/o legitiman las acciones colectivas.

Por otro lado tenemos a los Procesos de Enmarcamiento o Enmarcadores que son entonces las medidas, los procedimientos, por los que los movimientos y organizaciones sociales elaboran los marcos culturales o de referencia, es decir, las interpretaciones de la realidad y los justificantes de la acción colectiva. Pero este elemento lleva consigo el papel de las organizaciones sociales en la construcción de identidades colectivas, la intervención para la consolidación de un “nosotros” y un “ellos” como rasgos identitarios, que participan en el auto-reconocimiento y el reconocimiento de los otros.

Ahora, los movimientos sociales y sus expresiones más organizadas, son considerados como agentes productores de significados, con la capacidad de construir marcos interpretativos en un proceso en que participan los actores sociales de manera intersubjetiva. (Delgado, 2005). Los marcos no aparecen como referentes ya consolidados, sino que surgen y se transforman constantemente.

Los Marcos Culturales, es decir, el repertorio de referentes y de orientaciones cognitivas, representadas en elementos simbólicos o construcciones conceptuales, que se elaboran al interior de las organizaciones sociales, en este caso en el movimiento A Luchar y, por otra parte, los procesos enmarcadores, entendidos como la manera en que se construyen dichos elementos, permiten desde una perspectiva que toma como complemento investigativo la dimensión cultural, dar cuenta de otros fenómenos que explican la acción colectiva, el funcionamiento de los movimientos y organizaciones sociales y la también dimensión subjetiva que le dan un lugar a las expresiones de quienes participaron en proyectos como el de A Luchar.

### **1.3. Identidades sociales y políticas**

#### **1.3.1. El lugar de los actores e identidades en los Movimientos Sociales.**

La movilización social, la protesta, la acción colectiva y los actores sociales, se han convertido, para las ciencias sociales, en fenómenos de estudio imprescindibles para la explicación del funcionamiento y desarrollo de las sociedades, especialmente de

las contemporáneas. Así, los movimientos sociales cobran un lugar de importancia, pues dan cuenta de los contrastes sociales, tienen un lugar privilegiado en los procesos de transformación de las sociedades y reflejan los rasgos identitarios de los variados grupos humanos que participan y les dan forma a estas manifestaciones.

La imposibilidad de obviar el papel que desempeñan los movimientos sociales y las acciones colectivas en los cambios y evolución de las sociedades contemporáneas, ha dado lugar a numerosas tendencias y enfoques investigativos que buscan dar cuenta de las razones que motivan el surgimiento de este tipo de expresiones sociales, de los elementos característicos comunes entre los diferentes movimientos sociales, y a nivel individual, a preguntarse por los actores sociales, sus particularidades, orientaciones culturales y la manera en que estos construyen identidades.

Aunque ya desde la sociología clásica con Emile Durkheim y Max Weber, y por otro lado, Karl Marx y Friedrich Engels, se habían hecho acercamientos, identificando el lugar de la acción colectiva en el desenvolvimiento de las sociedades y el papel de sectores, como el de los trabajadores, en las transformaciones sociales, estos no elaboraron cuerpos conceptuales específicos sobre los movimientos sociales, pero se constituyen los insumos que alimentaron perspectivas analíticas posteriores que sí centraron sus esfuerzos en explicar las acciones colectivas y los movimientos sociales. Es desde mediados del siglo XX cuando estas preocupaciones empiezan a cobrar una importancia ascendente que se mantiene durante todo el resto de siglo, acompañadas por una serie de transformaciones en el desarrollo de las sociedades de occidente, que ofrecen una variedad de perspectivas metodológicas y teóricas para el estudio del fenómeno de los Movimientos Sociales.

Así, el Marxismo y el Funcionalismo fueron las corrientes de pensamiento que, desde las Ciencias Sociales, inauguraron los nuevos intentos de explicación de los diversos fenómenos asociados a la movilización y acción social.

El funcionalismo, con una fuerte presencia en la década de 1960 y de la mano de Talcott Parsons, pretendía explicar el fenómeno de la acción colectiva como una patología social, que expresaba una disfuncionalidad institucional, es decir, la acción colectiva y la decisión de los individuos de participar en ella, se derivaba de la tensión con el funcionamiento de las instituciones o de la falta de aprehendimiento de las normas que estas emanan.

Los diferentes enfoques del funcionalismo, la perspectiva Marxista clásica, y el interaccionismo social, entre otras perspectivas interpretativas, constituyeron lo que se conoció como la mirada clásica de los movimientos sociales y que, como señala Alfonso Torres, se caracterizaron por basar sus estudios en un análisis determinista que buscó explicar la acción colectiva en relación determinante por la estructura socio-económica, historicista por la intención de identificar la acción colectiva con situaciones objetivas que tienden o están en función del desarrollo de las sociedades de occidente, homogeneizante por desconocer los elementos particulares que suceden al interior de cada una de estas y que las caracterizan, así como de las motivaciones subjetivas de los actores que las componen, y estrecha políticamente por ligar las acciones colectivas y los movimientos sociales en relación con las instituciones públicas o estatales. (Torres, *Las lógicas de la acción colectiva. Aportes para ampliar la comprensión de la acción colectiva*, 2002)

Los desarrollos surgidos a partir de las anteriores tendencias investigativas caracterizaron la mayoría de las propuestas teóricas emanadas desde los Estados Unidos, en lo que se conoce como la tradición norteamericana, que pese a el mantenimiento de algunas de las limitantes antes mencionadas, adelantaron aportes a la constitución del estudio del fenómeno de la acción colectiva. En ese sentido, Torres señala los aportes de la *Collective Behavior*, de Neil Smelser que trató de explicar los motivantes de la acción colectiva teniendo en cuenta dos elementos antes obviados; la dinámica interna de la acción social y la confluencia de “creencias generalizadas” entre sus participantes.

Las teorías de la *Acción Racional* y la *movilización de recursos*, hacen parte de la tarea por darle un lugar a los individuos en el desarrollo de las acciones colectivas; la primera explica la movilización social y las acciones colectivas desde la óptica del individuo, quien promueve y/o se suma a las acciones colectivas siempre y cuando estas le representen beneficios particulares, es decir, se establece la relación entre acción colectiva e intereses individuales, para esta perspectiva la participación de los individuos surge de acuerdo al cálculo que estos hacen de sus posibles beneficios particulares. Por su parte la teoría de la movilización de recursos establece una relación directa entre la acción colectiva y la organización, es decir, la manera en que los individuos se agrupan en razón de una acción colectiva, este enfoque teórico no se plantea como objetivo dilucidar las razones o las motivaciones que intervienen en los sujetos que participan de los movimientos sociales, su principal preocupación recae en lo que llaman la movilización de recursos que emplean las expresiones organizadas de la acción colectiva para alcanzar sus objetivos. Este enfoque reconoce la existencia de conflictos sociales como parte de las acciones colectivas, pero considera que es la manera en que los individuos se organizan en razón de dichas insatisfacciones, así que su objetivo es la investigación de todos los elementos que se refieren a las características de las organizaciones; tácticas de acción política, manera de integrar miembros, y en ese sentido clasifica la acción colectiva, en relación con la complejidad de las organizaciones y el uso de los recursos a su alcance.

Charles Tilly desarrolla un enfoque diferente a partir de esta misma teoría, pues su énfasis está en darle predominancia a los elementos motivacionales que intervienen en la decisión de los individuos a organizarse y participar en las acciones colectivas, aunque continua en el reconocimiento de la organización, en una perspectiva más compleja, como principal expresión de la acción colectiva para la búsqueda del control por los recursos, considera que es la búsqueda de intereses comunes entre individuos lo que motiva la organización y la acción colectiva.

Tilly por otra parte, también reconoce la existencia de elementos diferenciadores al interior de las expresiones organizadas de la acción colectiva en lo que se refiere a los actores, identificando así elementos jerarquizantes entre los participantes, las relaciones que tejen entre sí y con los sujetos no participantes. (Torres, Las lógicas de la acción colectiva. Aportes para ampliar la comprensión de la acción colectiva, 2002, pág. 39)

De esa manera, la pregunta por los actores sociales y los elementos subjetivos que de estos emanan, empiezan a tomar un lugar en el análisis de los movimientos sociales.

Pero es desde Europa, y como oposición a la tradición norteamericana, donde surge el llamado paradigma de la identidad, que adquiere un espacio central y le da una dimensión diferente a la discusión por la acción colectiva. Siendo el sociólogo francés Alain Touraine su más visible expositor, esta perspectiva da respuesta a las limitaciones que expresaban las anteriores propuestas teóricas a la luz de las transformaciones en la acción colectiva que caracterizaron a los llamados Nuevos Movimientos Sociales que surgen a mediados del siglo XX. Esta perspectiva pone de relieve la dimensión sociocultural en que se desenvuelven los movimientos sociales y el papel que desempeñan los actores como componente esencial en los mismos, dándole sentido a estas expresiones colectivas, organizadas, en su enfrentamiento con otros actores por asumir la dirección del desarrollo de la sociedad, por la capacidad de generar elementos culturales orientadores. (Torres, Las lógicas de la acción colectiva. Aportes para ampliar la comprensión de la acción colectiva, 2002, pág. 39)

Esta perspectiva europea, identificada como el *accionalismo* o *sociología de la acción*, ofrece una visión más amplia del lugar de las sociedades, las acciones y actores sociales en el desarrollo de los Movimiento Sociales; por una parte considera a la sociedad, cualquiera que sea, como producto del entramado de las relaciones sociales, por esto, supone que en el estudio de las sociedades en general, el papel de la sociología, debe centrarse en explicar el funcionamiento de las mismas.

El Accionalismo elabora una serie de conceptos que permiten descubrir las características de las acciones colectivas y los movimientos sociales; identifica la capacidad de las sociedades para transformarse y hacerse a sí mismas como *historicidad*. Allí es donde entra en juego la acción colectiva, a la que primero reconoce como la lucha de los sujetos por el control de la cultura o de los marcos orientadores de las sociedades, la historicidad debe dar cuenta de dicho sistema orientador socio-cultural que interviene en el funcionamiento de las sociedades y de quienes hace parte, generalmente atribuido a distinciones de clase, del enfrentamiento por asumir el control o dirección de la historicidad, además de las relaciones entre las instituciones sociales y las diferentes expresiones de organización social en el marco de las acciones colectivas y el análisis de los sujetos y las acciones que los caracterizan, es este conjunto de elementos que deben caracterizar el estudio de los movimientos sociales.

La clara distinción que establece el Accionalismo, entre acción colectiva y movimientos sociales es otro de los grandes aportes de esta perspectiva, por una parte establece los elementos que caracterizan a la acción colectiva, primero el elemento identitario como la capacidad de los sujetos de reconocerse y ser reconocidos por la sociedad a través de un proceso de construcción de identidades; luego está la oposición como la existencia de un elemento identificado como contrario o reconocido como adversario con el que se desarrolla una confrontación, y finalmente la elaboración de un proyecto que se erige como el reemplazo o refuerzo de la historicidad vigente.

Los movimientos sociales constituyen las redes de formación de identidades y los espacios de gestión, representación y reconocimiento (Solares Jimenez, pág. 17). Esas redes están compuestas por sujetos o grupos más pequeños de sujetos, que comparten elementos comunes, que establecen relaciones informales donde el involucramiento personal y la solidaridad afectiva son primordiales, además, la constituyen sujetos que operan o están inmersos en problemáticas que les son cotidianas (Solares Jimenez, pág. 18).



En la perspectiva de Touraine se describen en esencia a los movimientos sociales como

“(...) sistemas organizados complejos; conformados por individuos que más allá de la simple racionalidad estratégica o de la simple disponibilidad de recursos, orientan y le otorgan significado a sus actos de acuerdo con sus prácticas sociales y con la representación que hacen de ellas.” (Munera Ruiz, 1998)

En este caso, son las dinámicas producto de las relaciones sociales establecidas al interior de los movimientos sociales o producto de ellos, las que dan lugar a un universo de sentido para los actores que hacen parte de estas expresiones. Touraine establece tres criterios mínimos para que las acciones colectivas puedan ser consideradas como Movimientos Sociales y es allí donde la categoría de identidad cobra un lugar de importancia; por una parte considera que los movimientos sociales deben ser capaces de definir una identidad propia, elaborar la identificación de un adversario o antagonista, y desarrollar una serie de reivindicaciones que trasciendan lo local o inmediato (Torres, 2002). Es decir, la construcción de un universo de significados propios que permitan la auto identificación y la identificación de la realidad social circundante, desempeñan un papel decisivo en la configuración de los Movimientos Sociales.

Pero es el sociólogo italiano Alberto Melucci quien a partir de las elaboraciones teóricas sobre la acción colectiva de Touraine, desarrolla una propuesta que involucra los tres criterios establecidos por Touraine, pero haciendo hincapié en lo que describe como las identidades colectivas. Así, las acciones colectivas implican además de la participación de una serie de sujetos, que estos establezcan relaciones sociales que doten de sentido las diferentes formas de expresión de la acción colectiva. Para Melucci, es por medio de una serie de rituales o prácticas colectivas, como se incorporan en los sujetos las orientaciones que definen el sentido de la acción colectiva, en un proceso recíproco entre sujetos y el colectivo.

### 1.3.2. Identidades políticas

La categoría de *identidad* presenta también algunos problemas de conceptualización, pues su uso es de igual manera arbitrario y responde a diversidad de enfoques investigativos. Mauricio Archila recoge la manera en que desde varias tendencias teóricas se ha ido construyendo el concepto para dar cuenta de la identidad de la clase obrera (Archila, *Cultura e Identidad Obrera: Colombia 1919-1945*, 1991), y que desde el marxismo con la *conciencia de clase*, los Annales con la *ideología* y los *imaginarios populares*, o el marxismo inglés con la *cultura popular*, han contribuido a pensarse la identidad, como explicación del comportamiento de las clases sociales y aporte complementario a la construcción de la historia de la clase obrera en Colombia. Así, la identidad desprende las características que, en este caso desde una categoría amplia de clase, le permiten a los grupos sociales adquirir características de auto identificación y de establecer diferencias con otros grupos sociales. Identidad que es una construcción social intersubjetiva, que también responde a las transformaciones del contexto socio-histórico en que se desenvuelve.

Alfonso Torres reafirma también esta última tesis (Torres, 2007), reconociendo la identidad como un constructo social que constantemente se redefine, que permite la producción de sentimientos comunes de pertenencia y exclusión, y más adelante la describe como “la cultura interiorizada en los individuos como repertorio de representaciones socialmente compartidas” (Torres, 2007, pág. 74). En síntesis, y siguiendo a Torres, la identidad debe ser entendida siguiendo tres características; “su carácter relacional” es decir, socialmente construida, “su carácter histórico”, por su permanente transformación en el tiempo, y su “carácter narrativo”, por su constitución intersubjetiva mediante la constante transmisión, entre los sujetos, de sus percepciones de la realidad.

Torres señala la existencia de dos tipos de identidades, la identidad social, que responde a la percepción de los sujetos, que puede ser socialmente compartida o no, y la *identidad de las organizaciones*. Esta última hace referencia a los sentidos de pertenencia que las organizaciones generan o que al interior de estas por acción

de sus integrantes forjan. En ese sentido se elaboran una serie de símbolos, lenguajes, prácticas y representaciones sociales, compartidas, “los cuales dan sentido de pertenencia a sus miembros y les permite distinguirse de otras identidades colectivas.” (Torres, 2007, pág. 157) En las identidades colectivas es posible identificar tres rasgos que permiten su concreción, así las “narrativas autobiográficas”, sus “rasgos distintivos”, y las “redes de interacción”, estas últimas entendidas como las maneras en que los colectivos o las organizaciones establecen relaciones, en cualquier medida, con otras expresiones u organizaciones colectivas.

La manera en que las organizaciones sociales construyen identidad está dada en las acciones intencionadas de las organizaciones sociales destinadas a la construcción de referentes identitarios entre sus integrantes, así como a la población con la que se relaciona y viceversa, los cambios que desde sus integrantes pretenden y funcionan como referentes de identidad.

La cotidianidad, se presenta también como un elemento importante en la constitución de las identidades políticas, pues es un espacio de continuidad de la acción política de los sujetos, “donde se reproducen los discursos y las prácticas hegemónicas, pero también donde emergen las tácticas de resistencia a la dominación y exclusión.

La identidad, en relación con los movimientos sociales y las expresiones de acción colectiva, caracteriza la capacidad desarrollada por las organizaciones de establecer rasgos compartidos colectivamente por sus integrantes, que designan elementos de auto identificación y el establecimiento de diferencias u oposiciones.

#### **1.4. Movimientos y partidos políticos; ¿A Luchar?**

Caracterizar conceptualmente al movimiento A Luchar presenta algunas dificultades si se tiene en cuenta el particular desarrollo socio-histórico de la organización, desde su aparición hasta su disolución. En un primer momento cabe destacar las diferencias que radican entre los conceptos de Movimientos Sociales, Movimientos

Políticos y Partidos Políticos, pues su uso descuidado tiende a confundirlos atribuyéndoles significados similares.

En los apartados anteriores, de manera breve, se dio cuenta de la evolución del concepto de Movimientos Sociales, que ahora pueden ser entendidos como “un tipo de acción colectiva, más o menos permanente, orientada a enfrentar opresiones, desigualdades, exclusiones, protagonizados por sectores amplios de la población quienes a través de la organización y movilización en torno a sus demandas y sus luchas, van elaborando un sistema de creencias y una identidad colectiva a la vez que van generando propuestas y proyectos que modifican estructuras del sistema social” (Torres, 2002, pág. 12).

Los movimientos sociales son considerados entonces en un sentido amplio, que comprende necesariamente a las acciones colectivas encaminadas a superar o a transformar las relaciones sociales, y en los que participan grandes sectores organizados de la sociedad; los campesinos, los trabajadores urbanos, estudiantes, mujeres, etc. Y que trasciende las instituciones políticas, aunque no las excluye.

Por su parte, el concepto de Movimiento Político puede ser atribuido a una variante, o mejor, a una expresión de los Movimientos Sociales. En este sentido Melucci describe a los movimientos políticos como “acciones colectivas que tienden a ampliar la participación política y a mejorar la posición relativa del actor en el proceso de toma de decisiones” (Citado por Tinoco, 2008). A partir de esta conceptualización, es posible establecer como características fundantes de un movimiento político, su influencia en las expresiones institucionales del Estado por la consecución de objetivos políticos, bien sea en la toma de decisiones o por la obtención de la dirección del poder político que del Estado emana. El elemento diferenciador de los movimientos políticos consiste en el tipo de relaciones construidas alrededor del poder político institucionalizado, es este su objetivo principal, que no incluye necesariamente la actuación desde lo institucional. Esta es también una concepción amplia que puede involucrar diversos sectores o grupos sociales, pero permite

establecer una mirada más precisa y particular que en el caso de los Movimientos Sociales.

Por otra parte, es la operación desde los marcos institucionales del Estado lo que caracteriza a lo que se conoce como Partido Político. Al respecto el politólogo italiano Giovanni Sartori los caracteriza como el tipo de expresión social organizada, que participa en elecciones y propone candidatos para actuar al interior de las expresiones institucionalizadas del poder político, esto en el sentido de las “democracias representativas”. Los Partidos Políticos son entonces, una particularidad en el marco de los Movimientos Políticos, pues comprenden única y estrictamente a las expresiones sociales organizadas para actuar de manera organizada al interior y desde la institucionalidad, en conformidad con las reglas que esta establezca.

Si se considera, como ha sido mencionada, la particular evolución histórica del movimiento A Luchar durante la década de 1980 e inicios de 1990, se podrá dar cuenta de la pertinencia de los anteriores conceptos; A Luchar puede ser reconocido como una de las expresiones de la movilización social de esas décadas, allí hicieron parte sectores ligados al movimiento campesino, estudiantil, obreros urbanos, etc. Que involucró también la preocupación de otros grupos sociales como el de las mujeres, los afro descendientes o los indígenas.

A Luchar fijó entonces su proyecto y objetivos políticos construyendo relaciones, siempre cambiantes, alrededor de la institucionalidad y la estructura social de las décadas finales del siglo XX, que puntualizó sus objetivos programáticos y de acción en la incidencia en el aparato político colombiano y la pugna por la dirección política del país. En un principio alejándose de las vías estrictamente institucionales para la consecución de dichos objetivos, es decir, la participación electoral. Pero para finales de la década de 1980, y ante el ambiente cambiante en la política nacional, el movimiento A Luchar sufre una transformación, de alguna manera traumática, y se expresa entonces como un partido político al considerar como eje prioritario de

acción política la vía directamente institucional, con la participación en elecciones como camino para la consecución de sus objetivos.

Estas particularidades, las transformaciones en el carácter del movimiento A Luchar hacen parte de la configuración de Marcos referenciales, de identificación e interpretación de la realidad, elementos que serán desarrollados a lo largo del tercer capítulo.

### **1.5. Aspectos metodológicos**

Para el desarrollo de la investigación se parte del enfoque cualitativo y los referentes teóricos descritos anteriormente y que buscan identificar, por una parte, los Marcos Culturales para la Acción, es decir, la serie de elementos que configuran un universo cultural particular y permiten la aparición de rasgos identitarios que caracterizan e intervienen en la organización y en la acción colectiva, y por otra parte, caracterizar los procedimientos o las maneras en que estos elementos se configuran como tal, es decir, los Procesos Enmarcadores. Todo esto en relación con la experiencia organizativa y de expresión socio-política que se conoció como el Movimiento A Luchar, que tuvo lugar en Colombia entre finales de la década de 1980 y comienzos de 1990, se hace necesario adoptar una serie de estrategias metodológicas que permitan acercarse a la identificación de MAC y PE.

En ese sentido, es necesario tener presentes los elementos que permiten dar cuenta, identificar y analizar dichos fenómenos. Un aspecto central en la investigación, es abordar la producción discursiva “oficial” de la organización, es decir, documentos elaborados por el movimiento A Luchar en las diferentes coyunturas que atravesó, periódicos y ediciones especiales (conclusiones de las convenciones) que dan cuenta de la evolución o transformación de las lecturas hechas sobre la realidad, además es importante la revisión de los documentos oficiales de otras organizaciones similares identificando la percepción que construyeron sobre A Luchar.

Sobre las fuentes primarias consultadas se realizaron entrevistas a antiguos miembros del movimiento A Luchar; el profesor y activista por los Derechos Humanos Germán Roncancio Jiménez, así como a uno de los entonces dirigentes del movimiento, el líder sindical Nelson Berrio. También se tomaron los datos recogidos en las entrevistas realizadas por Martha Harnecker en 1989 a Nelson Berrio y Javier Darío Velez, entonces dirigentes de A Luchar, y presentadas en el libro “Entrevista con la Nueva Izquierda”, así como las entrevistas hechas en 1999 por la investigadora Marly Contreras Rodríguez y reseñadas en la investigación, “Reconstrucción histórica del proceso de reinserción de la Corriente de Renovación Socialista(CRS)” del año 2000 a algunos de los dirigentes de la CRS, que habían militado o tenían alguna cercanía con A Luchar, tales fueron los casos de Antonio López Erazo, Antonio Sanguino y León Valencia. Importantes fueron también las impresiones recogidas en desarrollo de los encuentros; “1era tertulia sobre la historia de las izquierdas: El movimiento A Luchar” en el 2011 y la “Tertulia sobre el Movimiento A Luchar” en el 2013.

Fue importante la lectura de la documentación producida por la organización, entre la que se contó con algunos de los números del periódico de A Luchar emitidos unos de forma quincenal y otros a manera de semanario entre los años de 1988, 1989 y 1990, localizados en la hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá, vistos en clave de la identificación de los referentes culturales elaborados con el fin de establecer puentes de identificación entre militantes y organización, por una parte, pero sobre todo, referentes que construyen cuerpos conceptuales propios, destinados a movilizar y justificar la acción colectiva.

Con este tipo de documentos se procedió a la identificación y agrupación en categorías que respondan a la lectura de las coyunturas, bien sea de la organización, nacionales o internacionales, y a la reseña de las temáticas recurrentes en las construcciones discursivas.

Como se mencionó anteriormente, los MAC no son elementos preestablecidos, que se mantienen estáticos en términos temporales, y mucho menos unidireccionales, es

decir, de la organización a los sujetos miembros de las organizaciones o movimientos sociales. Por el contrario, surgen fruto de una construcción intersubjetiva, elemento presente durante todo el tiempo en que duran las organizaciones, es más, es ésta garantía de continuidad, y no se elabora de arriba hacia abajo, en términos estructurales u organizativos, sino que su construcción fluctúa. De ahí la importancia del elemento intersubjetivo como Proceso Enmarcador, al momento de construir e identificar los Marcos Culturales.

También acudimos al uso de la entrevista a profundidad y semiestructurada como herramienta de investigación que le da un lugar predominante al elemento cualitativo. Por esto se escogió como un instrumento importante para la identificación de marcos y procesos, pues permite el dialogo directo con los actores participantes de la organización, conocer el grado de importancia, la clasificación y significación que estos le otorgan, así como la lectura de la realidad desde perspectivas particularistas. Por su parte, la estrategia de la entrevista semiestructurada permite dar libertad a la expresión del entrevistado que no se atañe a preguntas y respuestas demasiado cerradas y que más bien invitan a la reflexión amplia pero sobre temas particulares.

Las reflexiones dadas con posterioridad por los actores sociales, en el marco de la reconstrucción de la memoria y la invitación a la valoración crítico reflexiva de algunas experiencias organizativas, constituyen un elemento de suma importancia, pues, a diferencia de las entrevistas y opiniones elaboradas durante su participación en la movilización y acción colectiva, las hechas luego de desaparecer el proyecto de A Luchar, dan cuenta de reflexiones que intentan valorar, hacer un balance y erigirse como autocríticas de su propia experiencia.



## **CAPÍTULO 2**

### **2. CONTEXTO FORMATIVO DE A LUCCHAR (1974-1991)**

Durante la primera parte de la década de 1980 surge en Colombia el movimiento político A Luchar, experiencia organizativa de izquierda que se constituye y caracteriza alrededor de una serie de acciones, prácticas, concepciones, discursos, imaginarios e identidades políticas singulares, que le dan un distintivo en el desarrollo de una cultura política, alimentada necesariamente por el contexto socio-histórico particular, que en este caso se remonta desde la década de 1970 hasta mediados de la década de 1990 del siglo XX, periodos en que esta propuesta política encuentra sus antecedentes, surge y se desarrolla.

La caracterización del particular desarrollo de la cultura política, el contexto histórico con sus componentes sociales, económicos y culturales, constituyen un punto de referencia importante, necesarios de analizar al momento de identificar los marcos referenciales construidos al interior del movimiento A Luchar. Pues al plantearse éste, como un proyecto político antagónico a la cultura política hegemónica de la última parte del siglo XX, demanda conocer ese entorno socio cultural que propició y medió en el surgimiento de movimientos sociales y consecuentes expresiones políticas organizadas.

Este segundo capítulo ofrece una mirada panorámica, que aunque no pretende ser completa, aborda algunos de esos elementos de carácter socio histórico en Colombia, América Latina y el mundo que de alguna manera y en diferentes medidas, influyeron en la constitución de la cultura política de las variadas expresiones de la izquierda política colombiana en las décadas de 1970, 1980 y 1990 del siglo XX, haciendo un énfasis en la influencia sobre el movimiento A Luchar.

En un primer momento se abordará en el plano nacional, el periodo posterior a la culminación oficial, en 1974, de los gobiernos del Frente Nacional, hasta la proclamación de una nueva carta constitucional en 1991, teniendo en cuenta algunos

de los momentos más relevantes que incidieron en las transformaciones de la cultura política de las izquierdas.

El segundo punto aborda el impacto de las dinámicas socio-políticas y culturales ocurridas en Latinoamérica principalmente, pero también las acontecidas en otras regiones del globo, que de igual manera tuvieron resonancia en Colombia y en la configuración en los diferentes momentos de la cultura política en las izquierdas y particularmente en A Luchar. Por ejemplo las experiencias revolucionarias en Centroamérica y su desarrollo a lo largo de las décadas de 1970, 1980 y 1990 o la situación fluctuante y el ocaso del llamado “bloque socialista” de la Europa oriental en las mismas décadas.

Por último, se hará un balance sobre el momento político que vivían, en dicho periodo, las izquierdas en Colombia, tanto aquellas vinculadas con las experiencias armadas, como las que tenían una presencia histórica tradicional. Expresiones que actuaban en el momento del surgimiento de nuevas alternativas o expresiones de la izquierda, como las del movimiento A Luchar, la Unión Patriótica o el Frente Popular, experiencias que también serán brevemente recogidas en función de caracterizarlas, estableciendo paralelos entre la cultura política de las izquierdas en el momento.

### **2.1. El desmonte del Frente Nacional: Cambios y continuidades en la Cultura Política**

En 1974 se realizaron las primeras elecciones presidenciales por fuera del pacto del Frente Nacional, tras un periodo de 16 años de alternancia entre los dos partidos políticos tradicionales; sin embargo dichas elecciones dieron cuenta de las matrices que se mantendrían en la política nacional, los tres candidatos eran hijos de ex presidentes, dos de ellos representantes de líneas tradicionales en el conservatismo (Laureanistas) y en el liberalismo (Lopistas) que marcaron la política anterior al Frente Nacional. Estas elecciones dieron como ganador a quien representó una férrea oposición a las limitaciones impuestas por el Frente Nacional con respecto a la

obligatoriedad de la alternancia en el gobierno, Alfonso López Michelsen, quien lideró y aglutinó importantes sectores de clase media, disidencias del partido liberal e inclusive sectores populares en el Movimiento Revolucionario Liberal, MRL.

Le correspondía a López Michelsen iniciar la definición de las pautas de prolongación o cambio de la herencia frentenacionalista, aunque dichas pautas estaban establecidas con anterioridad a través de la reforma constitucional de 1968, durante el período presidencial de Carlos Lleras Restrepo; en esta se estableció la prolongación de la paridad en la repartición de los cargos de administración pública hasta 1978 y en cuanto a la rama legislativa, la reforma dictó una transición progresiva que se iniciaría en 1970 mediante la eliminación de la distribución paritaria de los escaños. No satisfechos con esto los jefes del bipartidismo garantizaron que “el espíritu del gobierno compartido” se mantuviera después de 1978, estipulando en la reforma que se respetaría la participación en las carteras de gobierno y en los cargos burocráticos del partido que obtuviera la segunda votación en la elección presidencial; con esto pudo consolidarse el tipo de democracia restringida que se pretendía transitoria y resolvería los problemas de la violencia bipartidista (Lujan, 1989).

La crisis política del gobierno de López Michelsen, debe ser analizada a la luz de las principales características de la crisis del régimen bipartidista, que engendró el Frente Nacional y que continuaron a lo largo del período de su desmonte, entre 1974 y 1986<sup>2</sup>. De este modo, al igual que los intentos reformistas del sector agrario durante el inicio del Frente Nacional, que serían contrarrestados por la acción de terratenientes y políticos a través del Pacto de Chicoral de 1972, que se encargaría de desmontar las concesiones dadas a pequeños propietarios, también López truncaría las posibilidades de una redistribución del ingreso, y, a su vez, su “pequeña

---

<sup>2</sup>Puede hablarse de una ruptura con los principales presupuestos del Frente Nacional hasta 1990- 91 por el proceso de la Constituyente; aunque autores como Daniel Pécaut señalan el año de 1986 como el fin del periodo pos Frente Nacional, por las características del gobierno de Virgilio Barco que introdujeron un esquema opuesto al legado por el Frente Nacional. (Pécaut, 2006, p. 17)

constituyente”, como se denominó popularmente a su intento de reforma constitucional, sería revocada por la rama de la justicia.

Las implicaciones del crecimiento urbano a partir de la década de los 60`s y la consolidación de nuevas clases medias, además de la importancia que cobrarían nuevos gremios económicos industriales, que le restarían preponderancia a la Federación Nacional de Cafeteros, son aspectos que incidirían en lo que Francisco Leal ha denominado el proceso de despolitización del bipartidismo. “No hay duda de que existe una enorme diferencia entre el antiguo sectarismo de partido, ligado a la imprescindible matrícula de todos los colombianos al liberalismo o al conservatismo hasta los años cincuenta, y la pragmática militancia partidista de quienes están vinculados actualmente al Estado y el desdén con que muchos grupos miran hoy en día al bipartidismo.” (Leal, La crisis política en Colombia: alternativas y frustraciones, 1987)

La cohesión del Estado colombiano, estuvo garantizada por lo menos hasta antes de la década de los 50`s por el sectarismo entre los dos partidos tradicionales, predominante en las zonas rurales y por el papel de la iglesia; aspectos que constituyeron a través de las lealtades por tradición y herencia un dominio nacional de ambos partidos que no encontraron oposición significativa por lo menos en términos electorales. Uno de los retos que debía enfrentar el Frente Nacional era la modernización de las instituciones para la inclusión de la nación en las dinámicas del capitalismo mundial; este objetivo sumado a la reacciones al periodo de la violencia bipartidista, contribuirían con el crecimiento de las ciudades y la emergencia de nuevos sectores medios, que llenarían cargos burocráticos y que adoptarían otras tendencias de participación política, separadas del sectarismo característico de las zonas rurales.

Durante el Frente Nacional y el período de su “gradual” desmonte se generaron dinámicas que contraponían una modernización por lo menos en cuanto a la administración de Estado se refiere, y la adaptación de prácticas pre modernas a un nuevo tipo de clientelismo que se convirtió en la manera de mantener las condiciones

privilegios de “la clase política” entendida como un tipo de casta. Este clientelismo compuesto por prácticas de gamonalismo y compadrazgo se mantenía firme en las zonas rurales pero en las ciudades los sectores de clases medias y populares empezaron a desconocer dichas prácticas; lo que terminaría con una notable abstención electoral de la población urbana a partir de 1970:

“El problema para la llamada “clase política” consiste, entonces, en conseguir y mantener un capital electoral, lo que llevó al bipartidismo a la utilización para el efecto de los recursos estatales a su disposición. De tal manera, prácticamente toda decisión política tiene el sello de una especie de “acumulación de capital electoral” como objetivo, con el agravante que el costo económico de esta “acumulación” es cada vez mayor, por razón de la competencia de un faccionalismo partidista en expansión. En aparente paradoja, a medida que han crecido los recursos a disposición de la administración política, éstos se han tornado insuficientes para alimentar la reproducción del régimen.” (Leal, 1987, pág. 91).

La administración de López Michelsen estuvo marcada por una bonanza cafetera y por una bonanza del cultivo de la marihuana. Para Daniel Pécaut (2006) es el aumento de la circulación de enormes masas monetarias y las estrategias de diferentes grupos en disputa por estos recursos, el punto que debe analizarse para comprender la posterior violencia de los ochenta. La negativa de López Michelsen a redistribuir los ingresos de la bonanza cafetera, lo cual permitió el enriquecimiento de sectores de grandes productores, además de nuevos industriales y banqueros, sería un punto de partida para la crisis política del sistema y generaría la inconformidad de quienes habían puesto sus esperanzas en este presidente. La estabilidad económica y política era mantenida a través de la concentración del poder político y de los recursos económicos; y a partir del formalismo electoral el pacto bipartidista se legitimaba, aunque cada vez representara menos la diversidad de sectores sociales. López y sus sucesores se dedicarían a la reproducción del poder burocrático.

La inconformidad generalizada por las disposiciones de López, aumentó la fuerza que entre 1974 y 1975 habían empezado a adquirir los paros cívicos en las principales ciudades del país; numerosos movimientos municipales que protestaban en contra de las deficiencias de los servicios públicos y las alzas en el costo de vida, serían protagonistas del paro cívico de septiembre de 1977.

### **2.1.1. Paro Cívico Nacional septiembre de 1977**

El decenio de los 70 se caracterizó por el crecimiento de la economía, producto del aumento de las exportaciones y del aumento del PIB, sin embargo, este crecimiento no se reflejó en el aumento de los salarios, contrario a esto, entre 1971 y 1977 los salarios permanecieron en un nivel inferior al que se mantuvo antes de iniciar la década (Medina, La protesta urbana en Colombia, 1984). Esta situación, sumada a las crecientes manifestaciones en municipios y ciudades en las que se exigían mejoras en los servicios públicos, constituyeron los antecedentes de la jornada del 14 de septiembre de 1977.

Una vez convocada y anunciada la jornada de paro nacional entre los meses de mayo y julio, por parte de las principales confederaciones sindicales CSTC, UTC y CTC, además del Partido Comunista y de otras organizaciones de izquierda; empezará el establecimiento, en cabeza del gobierno, a convocar reuniones con la UTC y la CTC con el fin de impedir la realización de la jornada; debido al fracaso de estas negociaciones el gobierno recurrirá a las amenazas y en virtud del estado de sitio decreta que quienes sean responsables de huelgas que turben el orden público podrán ser detenidos y encarcelados hasta por seis meses (Pécaut, 2006). Estas amenazas tampoco lograron romper las resoluciones de las organizaciones y personas involucradas en el paro.

La jornada fue mucho más que una huelga obrera, adquirió las dimensiones de un paro popular porque sirvió para que se vincularan puntos de vista de diferentes sectores, incluidos los de la clase media. Cientos de habitantes de barrios populares participaron, fueron convocados con voladores lanzados desde las terrazas de los

edificios y se aglutinaron en las principales vías de acceso a sus sectores. Se presentaron violentos enfrentamientos con el ejército y la jornada dejó un número importante de víctimas mortales (Medina, *La protesta urbana en Colombia*, 1984, pág. 147).

Esta jornada generó reacciones diversas: sorpresa y satisfacción en el sindicalismo y el Partido Comunista por la magnitud de la participación ciudadana, y por parte del gobierno, según afirma Medina “*Una especie de síndrome de amenaza extrema se apoderó de algunos sectores, en particular de las Fuerzas Armadas*” (Medina, 1997, pág. 31). La jornada y los días que la sucedieron no transcurrieron sin que sectores ospino-pastranistas, opositores al gobierno de López Michelsen pretendieran sacar provecho de la situación, simulando “identificación” con el movimiento cívico y los trabajadores que participaron del paro; el rechazo que de estos sectores obtuvieron los partidos tradicionales haría evidente su pérdida de influencia sobre el sindicalismo.

Dos efectos fundamentales de esta jornada y de lo que en general significó el aumento de los paros cívicos y de otros tipos de movilizaciones son, afirma Medina, la constitución del Estatuto de Seguridad y la interpretación que darán las FARC a la jornada de 1977, a partir de la cual en su séptima conferencia en 1982, adoptarán un modo de operar más ofensivo, al considerar que el Paro Cívico Nacional “*había sido una insurrección a la que sólo le había faltado las armas para instaurar el poder popular*” (Medina, 1997, pág. 33).” Esta mirada sobredimensionada no permitió entender el nuevo tipo de movilización que se estaba gestando, en la que las muchedumbres urbanas empezaban a cobrar importancia, en cambio se dio preeminencia al fortalecimiento de frentes de combate (Medina, 1997).

Este paro significó un cambio en la percepción que las izquierdas tenían sobre la movilización por cuanto vieron allí la posibilidad de integrar bajo consignas

específicas (más politizadas) las demandas de amplios sectores de la población, que anteriormente se venían manifestado de forma separada.

### **2.1.2. Lucha política contrainsurgente: el estado de sitio y el Estatuto de Seguridad**

El uso recurrente del estado de sitio desde finales de la década del 40, principalmente en cuanto a la dirección del accionar de las Fuerzas Armadas, permitió que se implementaran soluciones “fáciles” (violatorias de los derechos humanos) para los problemas derivados de la violencia política. El ejercicio de la justicia penal militar, en “situación de guerra”, permitió legitimar el juzgamiento de civiles por parte de tribunales militares desde 1965; se crearon además zonas de orden público en las que predominó la autoridad castrense mediante alcaldías militares y la toma de decisiones sobre operaciones militares sin considerar las autoridades civiles. Otra medida que cobraría una importante fuerza fue la ley 48 de 1968 que permitió y reglamentó la formación de grupos de “defensa civil” bajo la supervisión de las Fuerzas Armadas (Leal, 1997).

Las exigencias de medidas de emergencia contra la subversión, dirigidas hacia López Michelsen a finales de 1977, fueron acatadas por el presidente Turbay a partir de la formulación y aplicación del Decreto 1923 de 1978, conocido como el “Estatuto de Seguridad”; este era la representación del uso tanto de los esquemas extraídos de la política de seguridad de Estado Unidos, así como del esquema implementado en el Cono Sur. Con respecto a las condiciones ideológicas que caracterizaron a las fuerzas armadas con anterioridad al establecimiento del Estatuto de Seguridad, debe indicarse que estas al igual que el resto de la población civil pasaron por un proceso de despolitización, con respecto a los partidos tradicionales; de modo que la adopción de la doctrina de la Seguridad Nacional hizo que se identificaran como amenaza fuerzas nacionales e internacionales vinculadas al comunismo; la autonomía en el manejo del orden público que se dio a los militares durante el Frente



Nacional, les permitió adoptar de forma clara posiciones políticas frente a la confrontación armada, considerando la victoria militar como la única salida al conflicto con las guerrillas.

Las posturas del presidente Turbay con respecto a la naturaleza de la crisis política que vivía el país, dejaban clara su cercanía a las fuerzas armadas; para Turbay la inseguridad y la inmoralidad, eran males que aquejaban a las naciones subdesarrolladas y que eran aprovechadas por el comunismo internacional para generar focos de violencia y alterar el orden público. Eran frecuentes las inculpaciones al Partido Comunista Colombiano en las revistas de las fuerzas armadas, por el fenómeno revolucionario, con el auge de movimientos y movilizaciones.

Para Francisco Leal (1997) este gobierno fue un simulacro de ocupación del Estado por parte de los militares, lo cual permitió la aplicación del Estatuto de Seguridad con detenciones indiscriminadas y torturas a personas de grupos sindicales, organizaciones populares e intelectuales de izquierda. Turbay gozó del apoyo de la mayoría de la clase política, dadas las características de su ascenso, su gobierno representó las directrices heredadas del Frente Nacional, caracterizadas por el empleo de prebendas y un amplia maquinaria burocrática.

Con respecto a las características del Estatuto de Seguridad Pécaut (2006) resume en tres puntos sus principales medidas: en primer lugar, el aumento de las penas para delitos tales como el secuestro o la extorsión; en segundo lugar, la extensión imprecisa de la noción de subversión, lo que generó mayor vigilancia y castigos para quienes se encontraran distribuyendo propaganda que fuese vista como subversiva y para quienes incitaran a la desobediencia; por último, el estatuto otorgó a militares, policías o civiles la capacidad de fijar sin apelación, penas concernientes al punto anterior.

El carácter arbitrario de algunos arrestos, su prolongación injustificada y los métodos de interrogatorio utilizados por la Brigada de Institutos Militares serán denunciados

por medios importantes como *El Espectador* y la revista *Alternativa*, que registraran casos de tortura que generarán en importantes representantes políticos y en parte de la opinión pública un rechazo contundente que motivará eventos en torno a la situación de los Derechos Humanos en Colombia, además de que se empezará a hablar de la posibilidad de diálogo con los alzados en armas.

Presionado por el rechazo que la solución militar del conflicto había ganado y por la capacidad que los grupos armados tenían para acoger nuevos militantes, creciendo en número y extendiéndose por el territorio nacional, Turbay lanza una amnistía con pocas concesiones para guerrilleros no involucrados en secuestros o extorsiones, que se aplicaría condicionalmente a quienes estuvieran en las cárceles; esta propuesta será inmediatamente rechazada por el M-19, Las FARC y el ELN; el Partido Comunista expresará su desacuerdo con una ley que en sí misma rechazaba la solución política. Otra medida que adoptaría el gobierno de Turbay y que pretendía dar un parte de “normalidad” en el desarrollo del conflicto, fue el retiro del Estado de Sitio a pocos meses de terminar su mandato (Ramírez & Restrepo, 1988).

### **2.1.3. Acercamiento, tregua y diálogo con "los alzados en armas"**

El desgaste de la solución militar de la crisis, fue planteado de forma contundente durante las elecciones de 1982; Belisario Betancur logra ser elegido tras lograr el apoyo de la opinión pública a pesar de no contar con absoluto respaldo por parte de su partido político. Betancur promueve un giro en la interpretación de los conflictos sociales; se aleja de la visión tradicional de estos como expresiones de la Guerra Fría. “La violencia debía ser entendida como resultado de unas circunstancias objetivas de pobreza, injusticia y falta de oportunidades de participación política.” (Archila, Delgado, García, & Prada, 2003, pág. 64)

De acuerdo a lo anterior los planes de paz debían ser parte de unos programas de desarrollo concebidos como instrumentos para la redistribución social de la riqueza; con lo cual se eliminarían las bases de la inequidad y se invalidarían los principios y

argumentos de la violencia política. Archila identifica una triple estrategia en el gobierno de Betancur, en primer lugar la negociación de la paz con los diálogos, las comisiones y la amnistía que la integraban, a continuación la necesidad de una reforma política que permitiera una apertura de la democracia y para finalizar el retorno al concierto latinoamericano y mundial con un discurso tercermundista (Archila, Delgado, García, & Prada, 2003). Este último propósito sería el único que conseguiría este gobierno; el segundo chocaría con una férrea oposición por parte de los gremios económicos y las élites políticas en alianza con las fuerzas armadas.

Un antecedente fundamental y que explica el lugar privilegiado del M-19 en las negociaciones durante los dos primeros años del gobierno de Betancur, fue el lanzamiento de la iniciativa de “amnistía y diálogo nacional”, por parte de este movimiento en 1980 durante la toma de la embajada de la República Dominicana; el M-19 había logrado retar al régimen, había ganado un amplio respaldo popular y un protagonismo internacional, debido a sus acciones propagandísticas.

Las principales medidas emprendidas por Betancur involucraron la formulación de una ley de amnistía en noviembre de 1982, generosa en comparación con la propuesta por Turbay. Esta amnistía se otorgó a los autores, cómplices o encubridores de delitos políticos de forma automática, y solo se excluyó a los responsables de actos cometidos fuera de combate y que tuvieran características de atrocidad. La siguiente medida fue la realización de una cumbre política con representantes de diferentes tendencias, en ésta el M-19 tuvo representación; además se constituyó una de las primeras comisiones de paz con aproximadamente 40 integrantes.

Las acciones emprendidas por el gobierno de Betancur no correspondían con la plataforma de su partido, chocaban con las concepciones de las fuerzas armadas y de los gremios económicos; del mismo modo, hubo una ausencia de propuestas por parte del congreso y del bipartidismo que vería el derrumbe de esta iniciativa mientras se preparaba para las nuevas elecciones. Las reacciones por parte de las guerrillas evidenciarían una desarticulación de estas, marcada por unas diferencias

de origen, de estrategia militar y de relación con la población civil. Para el M-19 la amnistía y el diálogo representaban oportunidades para nuevos triunfos políticos; las FARC por su parte, se encontraban consolidando su plan de largo aliento, expandiendo su control territorial, con miras al desarrollo de un ejército popular, así que su participación en las negociaciones no podría obstruir este objetivo, pero sí le permitiría hacer parte de otra experiencia a partir de la creación de la Unión Patriótica (Ramírez & Restrepo, 1988, págs. 58-62).

Otros grupos como el EPL que no contaban ni con el protagonismo del M-19 ni con el poder militar de las FARC, vieron en los diálogos la posibilidad de ser reconocidos y de obtener ventajas de su participación política. El ELN por su parte se encontraba en una etapa de reconfiguración y unidad, desconfiaba de la propuesta de Betancur por cuanto esta iba a la par con el crecimiento del paramilitarismo, en un momento de auge para los movimientos sociales.

A partir de 1984 se firmarían los primeros acuerdos de tregua con cada uno de los cuatro movimientos guerrilleros que aceptaron, por separado, el M-19, las FARC, el EPL y la Autodefensa Obrera (ADO); tan sólo el acuerdo firmado con las FARC se mantendría después de 1985 y a pesar del fatídico suceso de la toma y retoma del Palacio de Justicia. Los motivos de la ruptura de la tregua con el M-19 y el EPL, se debieron al hostigamiento militar que pretendía aniquilarlos a pesar de los acuerdos formales de tregua bilateral; el fracaso del diálogo nacional promovido por el M-19, debido a las inconsistencias dentro del movimiento que mantenían la misma estrategia de fortalecimiento militar, que tuvieron durante el gobierno de Turbay, mientras discutían sobre la paz; la ausencia de reformas económicas y sociales y las fallas en el diseño de la estrategia de paz a las que contribuyó el bloqueo bipartidista.

“La tregua fue bastante inestable por tres factores: la falta de institucionalidad del procesos mismo y el rumbo incierto de la tregua pactada; la oposición cada vez más abierta de los gremios, la clase política y en especial los militares; y, por último, la falta de voluntad

política de la guerrilla hacia la paz, aunque en menor grado de las FARC” (Archila, Delgado, García, & Prada, 2003)

Es necesario caracterizar la posición de actores como las fuerzas armadas, la clase política y los gremios económicos para comprender las estrategias legales e ilegales que se encargaron de mantener las características de la democracia restringida.

Para las fuerzas armadas la paz no era más que una ingenua o malintencionada concesión a la subversión, así que se dedicaron a ejercer una oposición armada a las negociaciones, que se mezclaría por esos años con la consolidación de grupos paramilitares; a partir del Frente Nacional se había otorgado la cartera de Guerra o Defensa a un militar de alto rango, Betancur no fue la excepción, dio este cargo al general Landazábal, hasta que sus declaraciones de negativa al cese al fuego con las guerrillas que habían firmado, marcaron las diferencias en la relación de este gobierno con los militares y el papel privilegiado que tuvieron durante el periodo de Turbay. Landazábal se ve obligado a renunciar y entretanto Betancur reafirma su visión sobre la no deliberación política de los militares.

Los gremios comprendían el proceso de negociación como el desarme y la desmovilización de las guerrillas y se oponían a la formulación de reformas económicas que pudieran modificar los beneficios que estos tenían; estas consideraciones hacen que Ramírez y Restrepo (1988), hablen de la verdadera estructura del Estado colombiano, caracterizada por un presidencialismo y un congreso al que subyace una fuerte armadura corporativa con médula militar, dispuesta a actuar en cuanto se sienta amenazada.

El fracaso del proceso de paz del gobierno de Betancur, se debe también a que la clase política evadió la responsabilidad de asumir los problemas de la sociedad civil y entrabó los proyectos de apertura democrática, para lo último se valió de alianzas regionales entre terratenientes y paramilitares, es así que “los asesinatos políticos que minan el proceso de paz de Betancur son atribuidos al crecimiento de

escuadrones de la muerte (paramilitares) que contaron con asistencia directa o indirecta del ejército (Reyes Posada, 1991)”

A partir del gobierno de Turbay se manifiesta un relevo de los jefes político del liberalismo, por jefes regionales, quienes a través de su labor clientelista se encargaron de asegurar los votantes para el mantenimiento del modelo frentenacionalista. Las élites regionales en cabeza de sus jefes políticos:

“tienden hacia la violencia cuando perciben que la tramitación democrática del conflicto alteraría sustancialmente las situaciones de privilegio institucional, derivadas de la estructura de propiedad y el control de los recursos comunes. El rechazo a la participación de las masas está inspirado en el temor a la pérdida de exclusividad de las élites en la toma de decisiones básicas” (Reyes Posada, 1991).

Este temor sumado a la “debilidad estructural del Estado colombiano para imponer a las élites regionales un marco de conductas democráticas para la resolución del conflicto social, será una de las condiciones para el surgimiento del paramilitarismo” (Reyes Posada, 1991).

A pesar del fracaso de los diálogos de paz durante este periodo (1982-1986), medidas como la elección popular de alcaldes impulsada por amplios sectores, se consolidará y animará a la izquierda puesto que esta consideraban que con la puesta en marcha de esta iniciativa afianzaría su poder local; de otro lado la perspectiva de la solución negociada del conflicto no perdería su vigencia y se mantendría durante los siguientes gobiernos, hasta la entrega de las armas por parte movimientos como el M-19 y su participación como movimiento al inicio de los noventa; lamentablemente el sistema mantendría las restricciones para otras colectividades como el EPL, movimiento que al igual que la UP, pero en menor medida padecería los rigores de la guerra sucia, impulsada por un nuevo tipo de burguesía criminal. Pero los ataques no se restringieron a quienes pretendían participar en política sino

que también líderes de movimientos sociales de diversa índole y defensores de Derechos Humanos, fueron asediados.

La segunda etapa de los procesos de negociación con los grupos alzados en armas se desarrollará durante el período presidencial de Virgilio Barco; inicialmente la propuesta de éste partía de la definición de la paz como un resultado progresivo y mecánico del simple crecimiento económico, y el Plan Nacional de Rehabilitación (PNR), que había sido diseñado desde el gobierno anterior, era la respuesta de Barco para quitarle piso político a las guerrillas. Las críticas que este gobierno realizó al modelo de Betancur partieron de cuestionar la conformación de las comisiones políticas que no incluían miembros del gobierno y que evidenciaban una falta de planeación y delimitación de responsabilidades (Bejarano, 1991).

Barco llegó a la presidencia pretendiendo efectuar un gobierno liberal que se desprendiera del peso del acuerdo frentenacionalista, de este modo proyectó un esquema de gobierno-oposición, que finalmente no funcionaría. Su propuesta de Rehabilitación, Normalización y Reconciliación, se transformó según Francisco Leal (1997) en una caprichosa combinación de inversión pública con objetivos políticos de pacificación, sin descuidar el avance de medidas represivas para finalmente y bajo presión realizar ensayos de diálogos con grupos guerrilleros.

El PNR consistía en la ejecución de inversiones en sectores deprimidos de la población, particularmente en zonas donde las guerrillas habían prosperado debido a la ausencia de instituciones del Estado; se buscaba acabar con las causas objetivas de la subversión para “incorporarlas” al juego político formal. Durante los dos primeros años de su mandato Barco mantuvo de manera formal el cese al fuego con las FARC, formal debido a que durante esos dos años no se detuvo el crecimiento de los paramilitares, a pesar de que el mismo Barco había derogado la ley 48 de 1968, que les había permitido a los terratenientes consolidar grupos de autodefensa; los paramilitares de ese momento ya habían alcanzado amplia autonomía gracias también a su vinculación con el narcotráfico. El otro factor que impidió el cumplimiento de dicho cese de hostilidades fue la extensión geográfica de las

acciones de las guerrillas en general y de las FARC, como resultado de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar en 1987.

“El gobierno de Barco dejó la tregua con las FARC a la deriva, sujeta a los enfrentamientos con el ejército. Nunca se pensó en reconstruir la desaparecida comisión de verificación. El gobierno se limitó a confirmar el deterioro y la ruptura gradual de la tregua (...)” (Bejarano, 1991, pág. 88)

A finales de 1988 se produciría un cambio en la orientación del gobierno de “la mano tendida y el pulso firme”, la presión por resultados concretos lo conduciría a acordar conversaciones de paz con el M-19, movimiento que tras una importante pérdida de apoyo popular y con unas disminuidas tropas, se empezó a replantear la viabilidad de la lucha armada, *“la proliferación y el florecimiento de los grupos paramilitares le planteó a la guerrilla un reto de enormes proporciones, sobre todo en lo referente a las condiciones de viabilidad de una victoria revolucionaria en el corto o mediano plazo”* (Bejarano, 1991, pág. 90). Este proceso de paz concluiría en 1990 y marcaría una nueva etapa para la ahora Alianza Democrática M-19, que tendría participación en el proceso de la constituyente.

El periodo de Barco se caracterizó por un recrudecimiento de los atentados y los asesinatos políticos realizados por el narcoterrorismo que empezaba a cobrar fuerza, tras haber intentado los jefes de carteles del narcotráfico abarcar espacios políticos y tras haberse encontrado con la estrechez de los canales de legitimación que mantuvieron los grupos dominantes. Este periodo fue catalogado como “la guerra del presidente contra el narcotráfico”, aunque de momento el enemigo era el narcoterrorismo. Con el nuevo periodo presidencial se consolidarían otros acuerdos con grupos guerrilleros entre ellos el EPL y el PRT, en medio de un ambiente de configuración de un nuevo modelo económico y político.

“La profunda crisis política que se cernía sobre el país con el desbordamiento y fragmentación de las violencias, produjo un amplio



debate al que se sumaron las organizaciones sociales al final del mandato de Barco y que concluyó en la convocatoria de una Asamblea Constituyente con la intención de establecer un nuevo pacto político y social.” (Archila, Delgado, García, & Prada, 2003, pág. 27)

Las propuestas de paz de cada gobierno eran constituidas con referencia a los errores cometidos por su antecesor; cada presidente quiso marcar el inicio de un nuevo tratamiento del conflicto social, de este modo existía “una sola y sombría violencia para el país y una paz de Betancur, otra de Barco y otra más de Gaviria”. Para las guerrillas los planteamientos debían ir más allá de las condiciones de inserción de los guerrilleros; y sin embargo el componente social no superó los incipientes planes de recuperación de algunas regiones con importante presencia guerrillera. Apenas se utilizaron “retazos para responder a problemas estructurales” (Medina, 1997, pág. 57).

Nunca hubo en los acuerdos de negociación un mínimo consenso de los sectores dirigentes en torno a la paz. Los presidentes de turno padecieron la indiferencia y el boicot de sus procesos de diálogo; este fue principalmente el caso de Betancur. Pero sin embargo, quienes cargaron con la debilidad del Estado, con la ausencia del monopolio de la violencia en manos de este y los vicios del régimen frentenacionalista fueron los militantes de terceras fuerzas políticas como la UP, asesinados por paramilitares en alianza con narcotraficantes y bajo la protección y tolerancia de representantes de las fuerzas armadas.

El inicio de la nueva década, bajo la presidencia de Cesar Gaviria traería importantes retos tanto para la “clase política” como para los miembros de los movimientos que se desmovilizarían y los que no lo harían. El proceso que daría a luz la nueva carta política de 1991, con numerosos antecedentes desde los gobiernos de los 70s, estuvo marcado por un pluralismo que se convirtió en insignia de la democracia participativa que por lo menos los sectores más comprometidos, al margen del clientelismo característico del bipartidismo, querían construir.

#### **2.1.4. Asamblea Nacional Constituyente**

La conformación de una asamblea nacional constituyente fue un interés constante en los gobiernos posteriores al Frente Nacional, pero también se convirtió en un interés tanto de los grupos alzados en armas como de los partidos y movimientos de izquierda; puede indicarse que cada sector veía en la constituyente, diferentes posibilidades de transformación de la política y la sociedad nacionales.

“De un lado estaba la tentativa para diseñar, desde la cúpula estatal, una modernización autoritaria del Estado, basada en la reforma de la justicia y la revitalización de los mecanismos de excepción. De otro lado, la aspiración popular y de fuerzas progresistas por reformar profundamente las instituciones y lograr un verdadero pacto democrático, que permitiera el acceso al régimen político de fuerzas políticas y sociales tradicionalmente excluidas” (Jimenez, 2006, pág. 134)

Para el gobierno la preocupación por la modernización de las instituciones políticas era clave, pero dicha modernización no tenía necesariamente un signo democrático; constituía una apuesta por una mayor tecnificación de la labor administrativa.

Las votaciones del 27 de mayo de 1990 y las del 9 de diciembre del mismo año, le dieron legitimidad a la asamblea que estaría orientada por el presidencialismo y para su provecho. Para Ricardo Sánchez, lo que se dio fue una utilización plebiscitaria hacia fórmulas de origen presidencial, sin que esto implicara deliberación pública y decisión democrática.

La elección de 70 miembros de la asamblea dio la impresión de pluralidad y efectividad en el consenso, y aunque el reconocimiento de un nuevo carácter para la nación fue en su momento algo significativo, la configuración de los derechos

humanos que le abrieron la puerta al sujeto “liberal”, pasaron por alto los efectos económicos de las disposiciones orientadas por Gaviria.

El acercamiento de los gobiernos de este periodo a los grupos guerrilleros en espacios de dialogo, acompañados por incipientes treguas militares, y la posterior desmovilización de algunas de las más importantes de estas guerrillas como el M-19 o el EPL, y otras más pequeñas como el PRT o el Comando Quintín Lame, no pueden explicar de por sí, la necesidad generalizada a la convocatoria de una asamblea constituyente; por ello deben examinarse las intenciones del régimen político.

Junto a Gustavo Gallón y Francisco Leal, otros académicos han observado las diferentes aperturas del régimen político que se han dado en las últimas décadas en relación con los cierres del mismo a través de medidas como el Estado de Sitio y la violencia ilegítima (guerra sucia). Efectivamente la apertura que ofreció tanto la asamblea como la constitución tendría como contraparte el ataque a las FARC y el exterminio definitivo de las posibilidades de la UP.

La percepción sobre la situación general del país en desarrollo de la década de 1980 fue crítica, la situación coyuntural estuvo marcada, por un lado, por el fantasma de la herencia de exclusión política del Frente Nacional ante una incipiente apertura democrática presente únicamente en los discursos de gobierno, esto se tradujo en una crisis de legitimidad de las instituciones públicas, percibidas como caducas ante su incapacidad de resolver problemas socioeconómicos, que como la pobreza y la inequidad o la presencia de fuertes organizaciones guerrilleras, seguían creciendo. Así, el reconocimiento compartido, entre las distintas tendencias políticas, por la necesidad de buscar soluciones inmediatas, encontró también consenso en la idea de que era a través de la liberación y ampliación de la participación en las instituciones políticas, es decir, del ejercicio real de la democracia participativa, que se podían encontrar soluciones importantes (Jimenez, 2006).

Mientras las izquierdas reconocían las limitaciones -tras varias décadas de confrontación violenta y el cambio en el panorama político internacional- de la lucha armada como estrategia política para la conquista del poder, y veían en las posibilidades de propiciar una apertura democrática mucho más incluyente, el medio para ejercer una participación política mucho más efectiva. Las políticas de gobierno encontraron en la modernización administrativa del Estado a través de una nueva carta constitucional, el lugar propicio para recuperar el reconocimiento internacional, mermar la crisis institucional y acogerse de manera definitiva y consolidar el proyecto neoliberal en Colombia.

## **2.2. Ambiente internacional, repercusiones en las izquierdas latinoamericanas**

En la constitución de esa cultura política particular que caracterizó a individuos y colectivos que se identificaron de alguna manera con las diferentes expresiones de la izquierda política colombiana de la última parte del siglo XX, el cambiante contexto internacional, de ese mismo periodo, desempeñó un papel influyente de suma importancia, que se complementaría con el ya álgido ambiente político, social, económico y cultural colombiano en ese momento.

Harnecker (1999) señala una serie de sucesos que marcaron el horizonte político de las izquierdas latinoamericanas durante las décadas de 1970, 1980 y 1990 del siglo XX. De estos, fueron tres las situaciones más relevantes que ejercieron como referentes socioculturales en este periodo; la implantación de dictaduras militares y los procesos de transición democrática en las naciones del cono sur, el desarrollo de los conflictos en Centroamérica durante las últimas décadas del siglo XX, y, finalmente, las constantes transformaciones en el campo socialista europeo y el fin del proyecto socialista soviético.

El triunfo electoral del movimiento político de la Unidad Popular en Chile con la elección popular del primer presidente de orientación de izquierda, Salvador Allende

Gossens en septiembre de 1970, va a constituir el primero de estos referentes, pues su llegada a la presidencia, acentuó la orientación programática y valió de argumento para los sectores de la izquierda latinoamericana que no se identificaban y rechazaban la lucha armada como método de lucha. De igual manera, los eventos alrededor de la imposición de violentas dictaduras militares en Uruguay, Chile y Argentina, a mediados de la década de 1970, y su posterior desmonte en “democracias restringidas” para las décadas de 1980 y 1990, suscitaría al interior de las izquierdas latinoamericanas, el debate constante por las vías correctas para la conquista del poder político.

El auge revolucionario centroamericano de la década de 1970, que estuvo marcado por el desarrollo de las experiencias insurreccionales en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, y que alcanzó su pico más alto con la entrada triunfante, a la Capital nicaragüense, Managua, del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1979, van a generar una ola de solidaridad y sentimientos de identificación en la región latinoamericana, con los proyectos y prácticas de los movimientos guerrilleros y el desarrollo del conflicto centroamericano, que ocuparon parte importante en las discusiones al interior de las izquierdas hasta finales de la década de los 80 y comienzos de los 90. A partir de ese momento, el posterior desmoronamiento del proceso revolucionario; el estancamiento de las guerras civiles en El Salvador y Guatemala y la derrota en las urnas del FSLN en la década de 1990, marcarían el final de este primer referente, al que se le sumó el nuevo contexto global con el final de las experiencias socialistas en la URSS, poniendo en tela de juicio el lugar de las expresiones políticas de las izquierdas latinoamericanas y sus “formas de lucha”.

El último referente, y tal vez el más importante por su alcance global, encuentra sus antecedentes con el ascenso a Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) de Mijaíl Gorbachov en 1985 y el inicio de las reformas económicas y sociales al sistema socialista soviético, conocidas como *Uskoréniye*, *Glasnost* y *Perestroika* (Aceleración, apertura y reestructuración) que, entre otros factores, como el colapso económico de la URSS, llevarían en 1991 a la

desintegración de la Unión Soviética y al ocaso del “socialismo real” en el este europeo. A finales del siglo XX, la desaparición del campo socialista, sería uno de los sucesos más significativos que impactaría, en adelante, en la configuración socio-cultural de las izquierdas de todos los lugares del mundo, y en América Latina y Colombia marcaría el curso de los proyectos y programas políticos emprendidos por las diferentes expresiones de las izquierdas.

### **2.2.1. El militarismo y la transición a la democracia en el cono sur**

El ambiente socio político chileno se prestaría en tres momentos muy diferentes, pero relacionados entre sí, a la configuración de los imaginarios políticos, según su interpretación particular, para las variadas expresiones de las izquierdas latinoamericanas.

El 21 de mayo de 1971, Salvador Allende proclamaba ante el congreso chileno el discurso que se conocería como “la vía chilena al socialismo”, allí anunciaba el inicio del “segundo modelo de transición al socialismo” que llevaría a la construcción de la “primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario (Allende, 1971)”.

La llegada del partido de la Unidad Popular al poder político chileno, con Allende a la presidencia, significó para las izquierdas latinoamericanas al inicio de la década de 1970, una contradicción ante la idea de que únicamente mediante la “vía revolucionaria” a través de las armas, era posible la llegada al poder político. En ese sentido, ni Allende ni la Unidad Popular, desconocían el lugar de la vía revolucionaria para la superación del capitalismo y la transición al socialismo, pero así mismo enfatizaban, que fueron las condiciones específicas de la sociedad chilena, las que llamaban a la búsqueda de un método alternativo, que se concretó con la victoria electoral de la Unidad Popular, que plasmó el deseo de las mayorías por la transición institucional, democrática, al socialismo (Allende, 1971).

Aunque la victoria de la Unidad Popular en las urnas generó una ola de simpatías en otras regiones del mundo y propició una reflexión por parte de los movimientos de izquierda en Latinoamérica alrededor del lugar de las vías democráticas e institucionales para la consecución de transformaciones estructurales de las sociedades. Fueron los golpes de Estado y la implantación de regímenes militares dictatoriales en Chile el 11 de septiembre de 1973, en Uruguay el 27 de junio del mismo año y en Argentina el 24 de marzo de 1976, los hechos que incidieron en dicho debate con una trascendencia más amplia, que el triunfo electoral de Allende, en el imaginario político de las izquierdas latinoamericanas. Pues, como señala Pizarro (1996), la misma incidencia en el debate de las izquierdas de la generación de los 60's tuvo el golpe contra el gobierno democrático de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, y que luego para las generaciones de los 70's y 80's, la imposición violenta de dictaduras en el cono sur reforzó, la idea de la posibilidad única de la lucha armada para la conquista del poder político y que se tradujo en el auge insurgente para esas mismas décadas.

La percepción acerca de las consecuencias para los movimientos revolucionarios, organizaciones y militantes de izquierda, de la oleada de golpes de estado en el cono sur, la caída del gobierno de Salvador Allende y el desarrollo de las dictaduras militares, fue variada. Para algunos, constituyó una derrota histórica para las izquierdas en general, que llevó a la desarticulación de poderosos movimientos de trabajadores y organizaciones de izquierda, además de detener el avance de las experiencias insurgentes en esas regiones, que en general significó la toma de posiciones más conservadoras al interior de las izquierdas (Petras & Vieux, 1997).

Para otros sectores, la imposición de dictaduras encabezadas por militares y bajo la influencia del gobierno de los Estados Unidos, significaron en su momento, la posibilidad de reactivar la movilización popular en respuesta a las medidas dictatoriales de los militares en el poder, y esto no solo en las dictaduras chilena, argentina y uruguaya, sino también al interior de las dictaduras en Paraguay, Bolivia y Brasil (Medina Gallego, 2008).

En general, la desconfianza ante las fuerzas militares por su nuevo papel con una aparente expresión política independiente, el lugar de los Estados Unidos en la intervención durante la imposición y desarrollo de las dictaduras, y el fracaso de los mecanismos institucionales para alcanzar lugares importantes en las estructuras de poder, fueron algunos de los elementos que a partir de la consolidación de los gobiernos militares, caracterizó la lectura de la realidad latinoamericana, por parte de las izquierdas, estableciendo relaciones con la propia lectura de sus particularidades nacionales.

A mediados de la década de 1980, se consolida en Latinoamérica, un movimiento generalizado desde diversos sectores sociales y políticos, por el llamado contra las dictaduras y la necesidad de su desmonte. Las izquierdas, sobre todo las identificadas con un discurso más radical por la alusión en sus discursos a la instauración de la dictadura del proletariado, herencia del pensamiento leninista, se ven avocadas a la revalorización del concepto y el lugar, para Latinoamérica, de la democracia formal, como herramienta para la superación de las dictaduras militares. Y aunque en el desmonte de estas<sup>3</sup>, la izquierda reconocía la lentitud del proceso, donde la herencia política e ideológica de las dictaduras se mantenía presente, también era consiente que en el escenario de la dictadura no podía desarrollarse, pues no solo las organizaciones legales fueron perseguidas sino que también los movimientos guerrilleros que existieron al empezar o surgieron durante las dictaduras<sup>4</sup>, fueron igualmente perseguidos y desmantelados, así, esta situación le

---

<sup>3</sup> El proceso de desmonte en Uruguay inicia con el rechazo al proyecto de reforma constitucional en 1980 y el llamado a elecciones en 1984, en Argentina con la convocatoria a elecciones en 1983, en Chile con la victoria del “no” en el plebiscito de 1988 y las elecciones presidenciales de 1989.

<sup>4</sup> El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) surge como brazo militar del Partido Revolucionario de los Trabajadores en Argentina alrededor de 1970 y fue disuelto poco después del inicio del golpe por acción militar de la dictadura, por su parte, Montoneros, otra organización guerrillera Argentina, identificada con el peronismo, inicia sus acciones militares en 1970 e igualmente es desarticulada por la presión militar de la dictadura. En Uruguay, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros surge a inicios de la década de 1960, aunque antes del inicio de la dictadura en 1973 la organización había sido prácticamente derrotada militarmente, el gobierno de facto término por perseguir también a las expresiones legales donde el MLN-tupamaros buscaban un lugar. En Chile, las estructuras armadas más importantes fueron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de mediados de 1960 y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que a diferencia de los



enseñó a las izquierdas que era pues en el contexto de las democracias formales, en la que los movimientos sociales y las organizaciones de izquierda recobrarían su fuerza (Harnecker, 1999).

### **2.2.2. Centroamérica: Revolución y Democracia**

La revolución cubana, que se declara triunfante el primero de enero de 1959 y que había animado en la generación latinoamericana de la década del 60 la idea de la posibilidad de alcanzar, en corto tiempo y mediante la confrontación armada revolucionaria la conquista del poder político y el socialismo, parecía ya en desarrollo de la década de 1970 lejana, pues las posibilidades de ver más insurrecciones armadas de corte popular, alentadas por proyectos políticos emancipadores que triunfaran en ese momento en Latinoamérica empezaban entonces a postergarse con el tiempo.

Para el inicio de la década del 70 aun persistían numerosas organizaciones guerrilleras en la región, que habían nacido impulsadas por el rápido triunfo, en poco más de dos años, del Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro en Cuba en la década anterior, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros en Uruguay, las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional en Venezuela, o los Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo en Argentina. En el caso Colombiano, encontraríamos para 1970 a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, al Ejército de Liberación Nacional y al Ejército Popular de Liberación. Pero ninguno de estos movimientos guerrilleros generó en el continente una corriente de solidaridad, expectativa positiva y simpatía, además de ejercer situación inspiradora y de recetario para la acción tal como lo

---

anteriores, aparece durante la dictadura y como respuesta a esta, en 1983, el MIR, ante la fuerte represión de la dictadura, inicia a finales de los 80, un proceso de fragmentación e inserción en el proceso para el retorno a la democracia, por el contrario el FPMR mantuvo su actividad militar contra la dictadura y sobrevivió como organización, a la llegada de la democracia.

hiciera la Revolución Cubana años antes, como fue la expresada alrededor de la realidad conflictiva en Centroamérica, especialmente la de Nicaragua con el ambiente renovador del movimiento Sandinista insurgente, cuyo desenvolvimiento impactó en el desarrollo y transformación de la cultura política de los demás movimientos de izquierda en Latinoamérica durante las décadas de 1970, 1980 y 1990.

Así el desarrollo de las guerras civiles y los posteriores procesos de paz en Centroamérica (El Salvador, Nicaragua y Guatemala), que aunque se desarrollaron de maneras diferentes y en medio de contextos variados, por su paralelismo geográfico y temporal, además de sus propuestas renovadoras, sirvieron de paradigma para el resto de movimientos y organizaciones de izquierda en la región latinoamericana (Harnecker & Rauber, 1991).

El surgimiento de una izquierda diferente en el continente, encarnada sobre todo por movimientos abocados por la lucha armada y con preponderante participación de militantes de origen estudiantil o con formación universitaria, cuyo espectro de acción se centraba sobre todo en las grandes ciudades, marcó el contexto de finales de los 60. A esta situación se le sumó el avance relativo de los gobiernos militares de corte progresista –Perú, Panamá, Bolivia-, y el triunfo electoral de Salvador Allende en Chile el 4 de noviembre de 1970 de mano de la coalición de izquierdas de la Unidad Popular, que invitó a reevaluar la vía única de la armas para la conquista del poder político para las izquierdas, pero que ante la rápida desestabilización provocada por fuerzas sociales internas y la injerencia norteamericana, que desembocó en la instauración de una dictadura militar represiva apenas 3 años después de las elecciones presidenciales, situación que se propagó a varias naciones del continente, puso nuevamente en boga de los movimientos de izquierda de la región la idea de que era únicamente mediante la acción armada y el llamado a la revolución, que se podía provocar la derrota de quienes detentan el poder, e instaurar un gobierno popular y socialista.

El conflicto centroamericano reflejó una realidad con elementos comparables para el resto del continente; Guatemala, luego del golpe al gobierno de Jacobo Arbenz en 1954, se caracterizó por la inestabilidad política de sus instituciones con gobiernos que funcionaron bajo la mirada atenta de los militares y el gobierno de los Estados Unidos, así los golpes de estado y los gobiernos de facto fueron la constante. De igual manera, la experiencia de la Revolución Cubana incidió al interior de los movimientos sociales de este país en el que surgieron varias organizaciones armadas<sup>5</sup>, que en 1982 se aglutinaron en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca. Durante casi 40 años se desarrollaría este conflicto, configurado en guerra civil, y que encontró su término en la firma de acuerdos de paz el 29 de diciembre de 1996.

De igual manera, en El Salvador, existían desde la década de 1970 organizaciones guerrilleras de diversas tendencias políticas, que en la década siguiente también se organizaron alrededor de un solo órgano político-militar, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, que desarrolló de manera conjunta y partir de 1980 una confrontación armada contra el estado hasta la firma de los Acuerdos de Paz de Chapultepec en 1992.

Aunque estos dos conflictos ocuparían los discursos e imaginarios de las izquierdas y de los latinoamericanos en general, - los periodos y procesos de paz<sup>6</sup>- fueron la guerra civil en Nicaragua, la imagen de Cesar Augusto Sandino, la guerrilla del Frente Sandinista de Liberación Nacional y su resultado victorioso en la *Ofensiva Final*, la guerra de los “contras” y el periodo de gobierno de la *Revolución Sandinista*,

---

<sup>5</sup>El Partido Guatemalteco de los Trabajadores, PGT, con una herencia histórica desde 1949. Las Fuerzas Armadas Rebeldes, FAR, fundadas en 1962 y desprendidas de PGT en 1968. La Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas, ORPA, de 1971. Y el Ejército Guerrillero de los Pobres, EGP, de 1971.

<sup>6</sup>Es interesante, en este caso, la existencia de numerosas referencias bibliográficas que plantean la reflexión para la solución del conflicto en Colombia, entre estas destacamos; Rafael Nieto Loaiza, Ed, *Lecciones de paz de Centroamérica para Colombia: experiencias vividas en los procesos de paz de Guatemala y El Salvador*, (1999). Rosember Ariza Santamaría, *itinerario de una salida negociada el papel de la sociedad civil en el caso centroamericano*, (1999). Alexandra Guáqueta, *Desmovilización y reinserción en El Salvador*, Fundación ideas para la paz, (2005).

momentos que constituyeron para los movimientos de izquierda de la región, pese a sus variadas expresiones y contradicciones, parte importante de sus discursos e imaginarios políticos, que se transformaron y expresaron de diferentes maneras, de acuerdo con los tres momentos más álgidos en el desarrollo de la guerra civil en Nicaragua; el triunfo militar del FSLN con la caída de la dictadura somocista en 1979, el posterior desarrollo de la Revolución Sandinista entre 1979 y 1990, y la derrota del sandinismo en las urnas en 1990 (Cerdeira, 2009).

La experiencia centroamericana, especialmente la sandinista, aportó para los movimientos revolucionarios del continente herramientas para la revaluación de sus prácticas e imaginarios; la discusión sobre el lugar y la configuración de las vanguardias teniendo en cuenta el origen pluralista de los movimientos revolucionarios y la constitución de frentes de unidad –Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional en El Salvador, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez en Chile, la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar en Colombia o la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, entre otros. Por otro lado, la reivindicación de valores tradicionales nacionales y la búsqueda de referentes culturales propios para la construcción de proyectos políticos alternativos pensando en las realidades concretas únicas de cada sociedad, fueron ejemplo en los proyectos de los movimientos de izquierda centroamericanos, donde también el componente étnico-cultural (indigenismo, cristianismo, etc.) fungió de ejemplo, que fue replicado en lugares como el Perú con el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru o el fugaz Movimiento Armado Quintín Lame en Colombia.<sup>7</sup>

El asunto de la democracia, palabra que durante años fue identificada por las organizaciones tradicionales de izquierda con el alcance de objetivos “entreguistas” y

---

<sup>7</sup> El estudio sobre el componente indígena en los proyectos revolucionarios armados en el caso colombiano puede verse el Movimiento Armado Quintín Lame que puede encontrarse en; Peñaranda Supelano, Daniel Ricardo. *El Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL): Una guerra dentro de otra guerra*. Corporación Nuevo Arcoíris CNAI, Bogotá, 2010. Y documentos oficiales de la organización en [www.cedema.org](http://www.cedema.org)

“socialdemócratas”, cambia de sentido y asume un nuevo marco de interpretación, sobre todo por las reivindicaciones de las nuevas coaliciones de izquierda en Centroamérica, donde la lucha contra los gobiernos identificados como dictatoriales y la búsqueda de salidas negociadas a los largos conflictos sociales y armados, pone de nuevo en boca de los grupos sociales y con un nuevo sentido, la discusión sobre las dimensiones de la democracia.

El triunfo del movimiento sandinista y el desarrollo de estos en el poder, expone sus implicaciones como referentes socio culturales para las izquierdas del continente durante las décadas de los 70 y 80, que se manifiestan mucho más allá de las expresiones de solidaridad o apoyo, como en el caso de la Brigada Simón Bolívar en Colombia<sup>8</sup>, o el ajusticiamiento, en solidaridad con los Sandinistas, de Anastasio Somoza Debayle en Asunción (Paraguay), por parte de un comando armado de la organización guerrillera argentina del Ejército Revolucionario del Pueblo en 1980, pues tal como lo menciona Marta Harnecker (1999) , la victoria del FSLN impactó en las izquierdas latinoamericanas así como en el resto del mundo:

“La victoria sandinista sirvió de oxígeno a la izquierda perseguida del sur (Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay) y dio nuevo ímpetu a la lucha guerrillera en El Salvador y Guatemala y provocó profundas simpatías en amplios sectores progresistas a nivel mundial: en ella se veía plasmada la combinación del pluralismo ideológico y político, economía mixta, elecciones con multipartidismo y una política exterior de no alineamiento; todos aspectos mucho más cercanos a las realidades y posibilidades concretas de los países del continente que el modelo cubano. (Harnecker, 1999, pág. 57)”

---

<sup>8</sup> En 1979, el Partido Socialista de los Trabajadores, organización política colombiana identificada con el trotskismo, organiza en solidaridad con el FSLN, lo que se conoció como la Brigada Simón Bolívar, que consistió en un destacamento de voluntarios combatientes, en esencia colombianos aunque contó con la participación de otros latinoamericanos, que apoyó militarmente al FSLN pero que luego fue expulsada de territorio nicaragüense. Ver; Graco, Fernando. *La brigada Simón Bolívar*. Revista Marxismo Vivo, págs. 62-67. 2009 , ver (Fernando, 2009).

El mismo impacto, tal vez con mayores consecuencias, lo generó el fracaso electoral del FSLN en febrero de 1990, pues tras la victoria militar del sandinismo en 1979, este había permanecido en el poder. La derrota en las urnas instalaría a la oposición de derecha durante casi 16 años y significó el retroceso del proyecto político del sandinismo en Nicaragua.

Por su parte, para los movimientos de izquierda latinoamericanos significó la pérdida de un referente alternativo de un proceso revolucionario y particular, además, la solidaridad e igual apoyo que el sandinismo había expresado hacia muchas de estas organizaciones, cesaba entonces. La derrota electoral y el retroceso progresivo del sandinismo, tuvo efecto, en principio en los movimientos guerrilleros que aún se mantenían en guerra en Guatemala y El Salvador, que ante el final del proyecto democrático del sandinismo y la caída del campo socialista en la Europa oriental, sumando la crítica situación producto de la guerra civil que no encontraba pronta solución, se vieron avocados a la búsqueda de espacios políticos por medio de la negociación política.

Así, el desenlace poco alentador de los conflictos centroamericanos a inicios de la década del 90 y a puertas del nuevo siglo, donde los proyectos políticos de las organizaciones revolucionarias no habían alcanzado los objetivos planteados y que alentaron su aparición y accionar, se sumaron al fracaso del experimento socialista en la Unión Soviética, ofreciendo un panorama sombrío para el resto de los movimientos identificados de alguna manera con la izquierda política, pues desaparecían los referentes sobre los que estos se habían construido y desarrollado.

### **2.2.3. La Perestroika y el fin del campo socialista**

La conmoción causada al interior de las izquierdas latinoamericanas en 1970, con la llegada a la presidencia en Chile de Salvador Allende y el inicio de “la vía chilena al socialismo”, que motivó sentimientos que variaron desde la simpatía hasta la desconfianza y de la esperanza a la desilusión, se vivió de manera similar y

nuevamente en toda la región, con el inicio de las políticas de reorganización del socialismo soviético a finales de 1980, impulsadas por el entonces Secretario General de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, conocidas como *Perestroika* (reestructuración económica) y *glasnost* (transparencia política). El único acuerdo que, en este caso, encontraban las izquierdas, era el reconocer la trascendencia de los cambios, que aunque inciertos, se precipitaban.

El reimpulso de la economía y la adecuación, en ese sentido, del modelo socialista soviético, fueron las bases de la reorganización socioeconómica propuesta por Gorbachov. Los efectos de la nueva política internacional que acompañó las reformas, fueron sentidas en Latinoamérica y sobre todo en las naciones que se habían beneficiado con la generosa solidaridad de la Unión Soviética, quien había emprendido una serie de medidas, como la apuesta ahora por la resolución pacífica del conflicto centroamericano o la reducción de la ayuda económica a Cuba y Nicaragua, con la intención de favorecer la distensión de las relaciones con Occidente (Varas, 1991).

*Glasnost* se erigió como el elemento cohesionador necesario para la implementación de la reestructuración económica del socialismo soviético, su objetivo era liberar el sistema político e ideológico, transformar las instituciones del Estado, propiciar el debate amplio y democratizar la participación en las instancias del poder.

Por su parte, la *Perestroika*, tal vez la medida más celebre, era interpretada por Mijaíl Gorbachov, Secretario General de la Unión Soviética así:

La *Perestroika* significa apoyarse en la creatividad misma de las masas. Es el desarrollo multilateral de la democracia, de la autodirección socialista, estimular la iniciativa, la autonomía de acción, el fortalecimiento de la disciplina y el orden, la ampliación de la transparencia (*glasnost*), de la crítica y la autocrítica en todas las esferas de la vida de la sociedad. Es el elevado respeto a los valores y a la dignidad del individuo. (Harnecker, 1999)

Importantes sectores de la izquierda internacional y en este caso latinoamericana, se identificaron de manera positiva con el nuevo discurso proveniente del centro del socialismo mundial, pues vieron en Gorbachov y en su propuesta política resumida en la Perestroika, la posibilidad de liberarse de la estrechez del pensamiento único emanado del histórico Partido Comunista de la Unión Soviética, para reevaluar críticamente y a los ojos del contexto de fin de siglo, la manera en que se había asumido la organización, dirección y militancia política.

“Muchos sentíamos que al fin había llegado la hora de corregir aspectos que considerábamos negativos de esos regímenes Socialistas: la ausencia de debate, de construcción colectiva, de protagonismo popular; las diferencias de oportunidades para los cuadros dirigentes en relación con el simple ciudadano; el exceso de centralismo en la planificación económica,.. Y quizá lo más grave de todo, el uso de argumentos de Estado para perseguir, reprimir y asesinar a cientos de miles de ciudadanos soviéticos, empezando por sus cuadros más destacados.” (Harnecker, 1999, pág. 69).

Para otros sectores de la izquierda, vinculados con proyectos políticos más radicales o aquellos que habían emprendido y continuaban en desarrollo de la lucha armada, las políticas de reforma fueron la invitación para asumir una posición distante y/o contrariaron las reestructuraciones políticas y económicas que empezó a adoptar la Unión Soviética y que de igual manera acogieron numerosas organizaciones en el resto del planeta.

En 1989, Fidel Castro, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba, quien aún constituía un referente latinoamericano de primer orden para las izquierdas, pese a las diferencias, declaraba con entusiasmo, en un acto público en homenaje a los cubanos caídos combatiendo en el exterior, sus desconfianzas y desavenencias, en un mensaje que se oíría en todo el continente latinoamericano, con las reformas emprendidas en la URSS.



“Es repugnante que muchos se dediquen ahora, en la propia URSS, a negar y destruir la hazaña histórica y los méritos extraordinarios de ese heroico pueblo. Esa no es forma de rectificar y superar los incuestionables errores cometidos en una revolución que nació de las entrañas del autoritarismo zarista, en un país inmenso, atrasado y pobre. No es posible tratar de cobrarle ahora a Lenin el precio de haber hecho la revolución más grande de la historia en la vieja Rusia de los zares.

Se ha proclamado que el socialismo debía perfeccionarse. Nadie puede oponerse a este principio que es inherente y de constante aplicación a toda obra humana. ¿Pero es acaso abandonando los más elementales principios del marxismo-leninismo que puede perfeccionarse el socialismo? ¿Por qué las llamadas reformas tienen que marchar en un sentido capitalista? Si tales ideas tuviesen un carácter revolucionario, como algunos pretenden, ¿por qué reciben el apoyo unánime y exaltado de los dirigentes del imperialismo?

En insólita declaración, el Presidente de Estados Unidos se calificó a sí mismo como defensor número uno de las doctrinas que actualmente se aplican en muchos países del campo socialista. (Castro, 1989)

La incertidumbre generada por los evidentes cambios en el campo socialista provocó, al interior de numerosas organizaciones de izquierda y en sus militantes, serias contradicciones y debates sobre el futuro del socialismo soviético y sus implicaciones para Latinoamérica, pero sobre todo, del trasfondo político y sus repercusiones particulares para cada una de estas organizaciones, situación que se expresaba tanto en el escenario público, -periódicos, revistas, discursos- como en el debate interno. Y aunque muchos consideraron las posiciones emanadas de la Unión Soviética sumándose a estas, las imágenes televisivas de los ciudadanos de Berlín occidental y oriental apostados a lado y lado del muro Berlín vitoreando su caída y la posterior unificación bajo la República Federal Alemana a finales de 1989,

preludio del colapso del proyecto socialista soviético con la desintegración de la URSS el 3 de diciembre de 1991, parecían darle la razón, aunque con consecuencias negativas, a los más acérrimos contradictores de la reestructuración económica y política del principal referente para las izquierdas en el mundo.

Una serie de derrotas históricas de las izquierdas en Latinoamérica<sup>9</sup> anteceden y suceden al desmoronamiento y desaparición del socialismo en el este de Europa, dándole un giro al imaginario político de las mismas; el fracaso electoral del FSLN en Nicaragua y el fin de la Revolución Sandinista en 1990 fue el preludio de la debacle latinoamericana y el ocaso de las izquierdas en el marco, y como repercusión a la reformulación del experimento socialista soviético. En 1992, y tras una de sus más grandes ofensivas militares, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, que en contravención con la corriente global de pacificación de los movimientos revolucionarios fruto de la nueva política de distensión de la Unión Soviética, aún sostenía una fuerte confrontación armada en El Salvador, se integraba finalmente en 1992 a esta tendencia, e iniciaba un proceso de solución política al conflicto armado tras más de 30 años de confrontación armada (Harnecker, 1999, págs. 71-76).

El impacto negativo de la desaparición del Socialismo en Europa produjo efectos diferentes en el imaginario político de las izquierdas según la estrechez de su relación con el socialismo soviético; aquellos movimientos que compartieron y se beneficiaron directamente del apoyo, sobre todo económico y militar, de la URSS, como la insurgencia en Filipinas o algunos movimientos rebeldes de centro y sur América o los gobiernos de Cuba y Nicaragua, se vieron presionados y divididos por la necesidad para algunos por acercarse a Occidente y a negociar los conflictos, o por continuar con sus proyectos políticos pese a la situación poco favorable en la que se encontraron.

---

<sup>9</sup> Para el sociólogo James Petras, el declive de los movimientos revolucionarios, que en el plano internacional alcanza su cima con el fin del proyecto socialista soviético, se debe a la acumulación de una serie de derrotas políticas de las izquierdas, que inician en 1965 con el golpe de Estado en Indonesia, que desembocó en la desarticulación de las organizaciones comunistas de ese país.

La existencia de la Unión Soviética expresaba no solo un apoyo material a sus aliados en Latinoamérica, pues incluso para aquellas manifestaciones de la izquierda que no simpatizaban con ella, su presencia marcaba un lugar en la correlación de fuerzas global con occidente, y simbólicamente representó el fin de la herencia histórica de la mítica revolución rusa de 1917 (Petras & Vieux, 1997, pág. 94).

En 1992, las FARC-EP, histórica organización guerrillera colombiana que aún se sostenía en el desarrollo de la lucha armada contra el Estado, sintetizaba su posición frente a las políticas de reestructuración de la Unión Soviética, señalaba sus consecuencias en el fin del “Campo Socialista”, el menoscabo del imaginario socialista y la desestimación del Marxismo-leninismo. Todo esto, consideraron, ocultó en las críticas, que también compartían, al excesivo burocratismo del modelo soviético, la corrupción, la economía en descenso y el malestar social.

“Desde el Pleno de 1989 las FARC cerraron filas contra la denominada Perestroika, verdadera conspiración internacional contra el socialismo. El proyecto de Gorbachov está hoy plenamente desenmascarado. No se trataba de corregir errores en la conducción para afianzar el sistema socialista sino del desarrollo de un trabajo en el que no estuvieron ausentes ni los Estados Unidos ni el Papa Wojtyla para destruir la opción mundial del socialismo al compás de la Perestroika y de la Glasnost no solo fueron derribados de sus pedestales los monumentos de Lenin sino que fueron desvirtuados los principios marxistas-leninistas e ilegalizado como ocurrió más tarde con el Partido Comunista de la URSS.” (Comisión Internacional FARC-EP, 2005, pág. 49)

De igual manera expresan los que consideran fueron los efectos sobre las organizaciones y movimientos de izquierda, que devinieron en desavenencias generadas entre las variadas expresiones de las izquierdas.

“Estos sucesos fueron el delirio para los capitalistas y el asombro y confusión para muchos revolucionarios.

(...)

...Muchos revolucionarios de convicciones y de fundamentos ideológicos endebles, creyeron que el ideal socialista de construcción de una sociedad más justa y humana, era de verdad una utopía sin vigencia histórica, como lo aseveraba la propaganda imperialista. Muy pronto esa izquierda arrepentida se unió al coro del capitalismo y a la socialdemocracia que al tiempo que entonaban el réquiem por el socialismo, se proclamaba alternativa. Renegaron de su militancia comunista y se convirtieron en desertores ideológicos. Para ellos, los que permanecemos firmes en nuestras convicciones, quedamos convertidos en seres prehistóricos insensibles a los “nuevos vientos” que recorrían al mundo; y desde la otra orilla nos instaban a aprovechar el “último cuarto de hora” si queríamos ingresar “decorosamente” al sistema político vigente.” (Comisión Internacional FARC-EP, 2005, págs. 49-50)

La “caída del muro de Berlín” y el fracaso del socialismo soviético en Europa, serían la constante en las discusiones al interior de todas las expresiones de las izquierdas, no solo en Latinoamérica, pues a partir de estos sucesos, la percepción sobre el socialismo como modelo alternativo, el pensamiento marxista como paradigma para explicar la realidad, y la vigencia de las herramientas de lucha o de acción para la izquierda, entre otras, sufrieron importantes transformaciones que a su vez modificaron, sin distingo, el imaginario político de las izquierdas.

### **2.3. Colombia y las alternativas de izquierda; *"entre la política y la guerra"***

Las tres últimas décadas del siglo XX, constituyeron el auge y el declive de los movimientos de izquierda en América Latina, marcados primero por el entusiasmo por el avance de los revolucionarios centroamericanos y el triunfo del FSLN, y luego

por el derrumbe del socialismo soviético y el ocaso de las oleadas revolucionarias en la región latinoamericana.

En el plano nacional se vivieron, como efecto de las transformaciones en la situación mundial, así como por el desarrollo particular de las realidades internas, momentos de auge y declive al interior de las izquierdas en Colombia. En ese sentido, es preciso realizar un balance de la evolución histórica y política de las izquierdas en Colombia, entre finales de la década de 1970 y comienzos de 1990, teniendo en cuenta sobre todo las experiencias de la izquierda armada y de la izquierda tradicional, esto para identificar el contexto en el que surgen lo que llamaremos como las alternativas de izquierda, en la década de 1980.

### **2.3.1. Izquierda tradicional e izquierda armada 1975-1990**

La última parte de la década de 1970 y el comienzo de la década de 1980 estuvieron marcadas por el tristemente célebre gobierno del *estatuto de seguridad* de Turbay Ayala, quien asumió la presidencia por el Partido Liberal para el periodo de 1978-1982, luego del impopular mandato del Liberal López Michelsen, que generó un ambiente nacional de descontento expresado en masivas movilizaciones y protestas sociales. Situación que fue respondida por el establecimiento con el acudimiento constante a la implantación del Estado de Sitio como mecanismo de control y a la violenta represión de las manifestaciones y movilizaciones sociales.

Para las izquierdas tradicionales y las expresiones armadas, este fue un periodo, en general, caracterizado por el contraste entre el auge y el fortalecimiento de sus organizaciones, el inicio de proyectos unitarios, la presión sobre el establecimiento para reconocerles un lugar político; y la consecuente fragmentación de la unidad alcanzada, el fracaso de varios de sus proyectos políticos, el endurecimiento de la respuesta represiva oficial acompañada por el incremento de la violencia política y la polarización entre quienes al inicio de la década de 1990 habían emprendido la desmovilización y quienes persistían en el empleo de la lucha armada.

Mauricio Archila (2003) identifica tres momentos diferentes en el desarrollo de las izquierdas para el periodo comprendido entre las décadas de 1970 y 1990; el primero, entre 1975 y 1981, marcado por el descontento generalizado en la población ante los gobiernos de López Michelsen y Turbay Ayala, cuya máxima expresión fue el Paro Cívico del 14 de septiembre de 1977. Las organizaciones tradicionales de la izquierda se vieron alentadas por efímeros proyectos de reorganización y unidad política, como la Unión Nacional de Oposición, con el PCC y el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR, o *Uníós* fruto del acercamiento entre variadas expresiones del Trotskismo, pero que ante la práctica sectarista y divisionista rápidamente llegarían a su fin. Por su parte, las expresiones armadas, como las FARC, el ELN, el EPL y el M-19 experimentaron un importante crecimiento, tanto en número de militantes, como en presencia en el territorio nacional.

El segundo periodo, que abarca los años de 1981 y 1985 es caracterizado por el avance importante en el acercamiento y diálogos entre la insurgencia y el gobierno de Belisario Betancur, que en 1984 pacta una tregua con las FARC, el EPL, el M-19 y las recién aparecidas Autodefensas Obreras ADO, que finalmente fortalecería política y militarmente a las organizaciones guerrilleras. Pese a esto, en menos de un año las posibilidades de concretar un proceso de paz se habían esfumado, surgieron nuevas organizaciones armadas como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria-Patria Libre, el movimiento Quintín Lame y el Partido Revolucionario de los Trabajadores PRT, las partes en tregua desconocerían constantemente esta condición y la persecución política contra líderes públicos de las organizaciones en dialogo fueron la constante. En contraste, Archila (2003) apunta las dificultades que experimentaron expresiones no armadas como el MOIR, que representó en ese momento la continuidad de la práctica divisionista de la izquierda.

El último periodo, 1986-1990, tras el fracaso en los diálogos con la insurgencia y el rompimiento de la tregua entre esta y el Estado, inicia un nuevo ciclo de confrontación. Las izquierdas armadas afrontan este proceso asumiendo la unidad del movimiento guerrillero, primero en la Coordinadora Nacional Guerrillera y luego

en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, que agrupó finalmente a todas las organizaciones guerrilleras que operaban en el territorio nacional incluyendo a aquellas que no habían entablado conversaciones con el gobierno y que por el contrario lo rechazaban.

A partir de este momento inician dos momentos que caracterizaron la última parte de este periodo, por una lado, la aparición de nuevas organizaciones políticas que contaron con el impulso, el apoyo o la simpatía por parte de las organizaciones armadas y de la izquierda tradicional; la Unión Patriótica fruto del diálogo con las FARC y acompañada por el Partido Comunista y la ADO, el movimiento A Luchar que contó con la simpatía del ELN y el MIR-Patria Libre además de algunos sectores del trotskismo, y el Frente Popular bajo la orientación del Partido Comunista Marxista Leninista PC-ML y el EPL.

La conclusión de algunas experiencias guerrilleras en Colombia como resultado de diálogos con los gobiernos, marcaron este segundo momento, así el M-19 pacta su desmovilización entre el 8 y 9 de marzo de 1990, alejándose de la CGSB, participando en la Asamblea Constituyente y conformando el movimiento político Alianza Democrática-M19, de igual manera el EPL desmoviliza la mayor parte de sus estructuras armadas el 15 de febrero de 1991 y se lanza a la participación política con el movimiento Esperanza Paz y Libertad, a estos dos importantes grupos también se les sumó, en el mismo año, la desmovilización de las guerrillas del PRT y el Quintín Lame.

### **2.3.2. Alternativas de izquierda**

La constitución de fuerzas políticas independientes del bipartidismo, impulsadas o acompañadas por las variadas tendencias y expresiones de la izquierda en Colombia, y surgidas como respuesta a los diferentes momentos del contexto social, político y cultural cambiante, caracterizó también el universo socio-cultural de las izquierdas durante las décadas de 1970 y 1980.

Por un lado, las organizaciones guerrilleras se lanzan en la conformación o apoyo a movimientos políticos legales, con la intención de aprovechar las incipientes muestras de apertura democrática y de buscar acercarse y estrechar lazos con los sectores cívicos-urbanos, cuyo divorcio se había establecido con anterioridad a la década de 1970 donde existía una relevancia sobre los sectores campesinos y las luchas agrarias.

En 1982, las FARC llevan a cabo su Séptima Conferencia donde configuran su programa político a adoptar en adelante y plantean la necesidad de la búsqueda de salidas políticas negociadas al conflicto armado. Así en 1983 inician en la Uribe, municipio del departamento del Meta, los diálogos con el gobierno de Belisario Betancur que, entre otros asuntos, sentó las bases para el surgimiento de un movimiento político en el que participarían las FARC (Silva Losada). El 11 de mayo de 1985 la organización guerrillera, en el marco de los diálogos, hace público un documento, constituido como plataforma política, en el que ratifica su participación, junto a otros movimientos políticos, en lo que sería en adelante, la Unión Patriótica, UP, que contó también con la integración del Partido Comunista Colombiano y de la ADO, que también se había suscrito al proceso de paz con Belisario. (Buenaventura, 1988)

Por su parte, el PC-ML y su expresión armada el EPL, habían entrado en un periodo de renovación y distensión ideológica, para 1980 en realización de su XI congreso, deciden apartarse del Maoísmo y del otrora Partido Comunista Chino, para acercarse al Partido de los Trabajadores de Albania. Esta expresión de la izquierda, reconocida por su posición radical, donde denunciaba y contraponía la negociación o los acuerdos con el Estado, con el desarrollo de “la Guerra Popular Prolongada”, adopta en la Segunda Conferencia Nacional del EPL, la posibilidad de negociar con el gobierno, que se concreta en 1984, y el trabajo conjunto con las demás fuerzas guerrilleras, que en otro momento se consideraban irreconciliables.

En el contexto de la tregua decretada entre las organizaciones guerrilleras en diálogos y el gobierno, el PC-ML y el EPL proponen la creación de organizaciones



políticas legales, como los Comités de Lucha por la Apertura Democrática y el Frente Popular, que aprovechando la coyuntura, diseminaron sus propuestas, entre las que destacaron el llamado a la conformación de una asamblea constituyente (Villarraga & Nelson, 1994).

Pero también, otras corrientes de la izquierda decidieron emprender proyectos políticos constituidos en movimientos alternativos, tanto al bipartidismo como a las tradicionales organizaciones de izquierda; las elecciones legislativas y presidenciales de 1978, que por una parte dieron como presidente al liberal Julio Cesar Turbay Ayala, y por el otro demostró la debilidad de la izquierda legal que con la fragmentada Unión Nacional de Oposición (UNO), liderada en ese momento por el Partido Comunista, apenas logró un (1) escaño en el senado y 4 en la cámara mientras que el Frente Unido del Pueblo, coalición encabezada por el MOIR, uno (1) en la cámara.

La unidad expresada alrededor del mítico Paro Cívico del 14 de septiembre de 1977 se había quedado ahí; el PC y el MOIR entraron en confrontación y el proyecto unitario alcanzado alrededor de la UNO entraba en decadencia, situación parecida se dio en las filas del Trotskismo que había encontrado convergencia en el proyecto llamado UNÍOS y que tras el fracaso electoral estaba nuevamente dividido y enfrentado en el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y el Partido Socialista Revolucionario (PSR), sumado a esto, las crisis políticas al interior de las organizaciones guerrilleras como el ELN y el EPL, o la presencia marginada a los sectores rurales por parte de las FARC, se convirtieron en motivantes para la concreción de nuevos proyectos políticos que llamaron a la unidad y convergencia de la oposición al bipartidismo, rechazando el sectarismo de izquierda alrededor de las alineaciones con el socialismo internacional, al igual que las prácticas con que se identificaba a la izquierda tradicional de entonces. (Archila, 2003, págs. 290-291)

Así nace FIRMES, que en un intento por demostrar la verdadera capacidad de la oposición en las elecciones, y con el apoyo de intelectuales reunidos en la Revista Alternativa, el M-19 y la llamada ANAPO socialista, recogieron cerca de 450 mil

firmas. Aunque el movimiento contó en diferentes momentos con el apoyo de renombrados intelectuales como Gerardo Molina, Eduardo Umaña Luna o Diego Montaña Cuellar, y con algunos militantes del M-19, como Toledo Plata, Iván Marino Ospina y Andrés Almarales, fue la decisión de estos últimos de abandonar el proyecto FIRMES, ante la arremetida estatal contra el M-19 tras la sustracción de armas del Cantón Norte, uno de los fenómenos que afectó, en términos de seguridad y militancia, a esta alternativa que finalmente en 1981, se alían con el Partido Comunista, en el Frente Democrático, para las elecciones presidenciales y luego en la Unión Patriótica (Villarraga & Nelson, 1994, págs. 148-153).

De igual manera hizo presencia el proyecto político conocido como Colombia Unida en 1988, fruto de la reflexión académica de intelectuales como Orlando Fals Borda, que tuvo una fugaz presencia y que de igual manera, pretendió constituir una fuerza política de oposición, que integrara las variadas expresiones de los sectores populares y de las organizaciones y movimientos sociales, pero que finalmente, y al igual que las experiencias anteriores, sufrió de la persecución y la violencia política en su contra, sumado al poco impacto nacional que tuvo y al atractivo que generó la propuesta de la naciente Alianza Democrática M-19 (Archila & Pardo, 2001).

El surgimiento de A Luchar se da entonces en un periodo de auge de la movilización social, que se caracterizó por la aparición de constantes formas de expresión de inconformismo reflejadas, entre otras, en el llamado a grandes manifestaciones y marchas, que no solo se realizaban en las zonas rurales sino que cobraban fuerza en las ciudades de la mano del entonces emergente movimiento cívico. También el surgimiento de nuevas expresiones organizativas de las izquierdas, algunas de ellas descritas anteriormente, acompañaron el periodo comprendido entre 1970 y 1990, expresiones que buscaban canalizar el aumento en el descontento social planteando formas diferentes, ajustadas a las interpretaciones particulares del contexto, para hacer política, entre las que se contó el movimiento A Luchar.

### **CAPÍTULO 3**

## **3. PROCESOS ENMARCADORES Y MARCOS DE ACCIÓN COLECTIVA EN EL MOVIMIENTO ¡A LUCHAR!**

Este capítulo tiene como propósito desarrollar el análisis de algunos momentos en la experiencia socio-política del movimiento A Luchar, a la luz de la propuesta teórica de Marcos para la Acción Colectiva y de los Procesos Enmarcadores. Este análisis se desarrollará en dos sentidos, el primero tendiente a identificar la manera en que A Luchar construyó sus referentes culturales, es decir, la lectura con la que el movimiento caracterizó su realidad; la manera en que se percibió, leyó e interpretó al Estado, a los partidos políticos tradicionales, a las demás expresiones de la izquierda, a las clases y movimientos sociales de entonces, etc. Y por otra parte, los llamados Procesos Enmarcadores, como los hechos o situaciones, conscientes o no, con los que se elaboran apreciaciones o interpretaciones compartidas identitarias, MAC, en el movimiento A Luchar.

Pero no solo la percepción elaborada por el movimiento A Luchar en su conjunto serán tenidos en cuenta, pues el análisis de los Marcos Culturales debe elaborarse en relación con las apreciaciones individuales de los miembros o militantes del movimiento, que construyeron afinidades con el proyecto político, las identidades elaboradas por los sujetos, la manera en que comprendieron su participación y tejieron relaciones con la colectividad.

Este capítulo entonces procurará dar cuenta de la manera en que A luchar se concibió como proyecto político, tanto del punto de vista de la organización (como colectivo), hasta el punto de vista de algunos de sus integrantes o militantes, es decir, de quienes construyeron y compartieron redes de identificación con el movimiento. Todo esto en relación con cada una de las fases o momentos históricos que comprendieron al movimiento A Luchar, etapas donde se elaboraron y asumieron marcos referenciales socioculturales que imprimieron una marca en el desarrollo, fundamentos y justificantes de las acciones colectivas en A Luchar.

### **3.1. Caracterización histórica de ¡A Luchar!**



**1Manifestación del Movimiento A Luchar en Bogotá. Fuente: Periódico ¡A Luchar! N° 36, julio 1 de 1988**

El ocaso de los proyectos de la izquierda política colombiana surgidos en las décadas de 1970 y 1980 del siglo XX, que no solo se vieron diezmados por el recrudecimiento de la violencia política ejercida en su contra, pues su desarrollo estuvo acompañado por las disputas, contradicciones y tensiones internas -estas últimas producto de la constante reconstrucción de su discurso, que replanteó objetivos y estrategias de acción frente a la cambiante realidad nacional y global que se les presentaba - se han convertido en un referente fundamental para la reflexión sobre la situación actual de las izquierdas en el país.

A diferencia de otras expresiones de la izquierda política de entonces, como por ejemplo la Unión Patriótica, A Luchar no gozó de un reconocimiento amplio de la opinión pública y su presencia en el escenario político estuvo más bien limitada a unas cuantas regiones del territorio nacional, situación que se puede explicar entre otros factores, a las particularidades en el desarrollo de su acción y concepción sobre el ejercicio político, que entre otros elementos se caracterizó por un rechazo a las vías formales de hacer y participar en política.

La propuesta de A Luchar se materializó en las prácticas de un movimiento político que buscaba representar otras maneras de pensar el poder, opuestas al bipartidismo liberal conservador -que continuó caracterizando el periodo posterior al Frente Nacional-, e incluso alternativas a los ejercicios de la izquierda tradicional y de otras formas de organización de la izquierda en general.

El movimiento A Luchar surge en 1984 como un lugar de encuentro para distintas fuerzas políticas que se encontraban en desacuerdo con las medidas económicas y sociales del presidente Belisario Betancur, pero especialmente con la apuesta política de este gobierno llamada “Tregua, Concertación y Dialogo Nacional,” que fue vista por las fuerzas aglutinadas en A Luchar, como la estrategia del gobierno y la clase política que éste representaba, para detener el avance de las luchas sociales que en ese momento, y al juicio de estos, estaban cobrando fuerza en el país. (Harnecker, 1989)

La trilateral -uno de los primeros acuerdos de unidad de las guerrillas colombianas- conformada en 1984, permitió que los órganos de expresión legal, en los que ejercían influencia el Ejército de Liberación Nacional, ELN, el Movimiento de integración Revolucionaria-Patria Libre y el Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT, confluyeran en A Luchar. Allí el ELN vio desde el principio, otro espacio propicio para la participación y el trabajo político, en lo que algunos consideraron un viraje y cambio de perspectiva política de esta organización guerrillera.

Pese a esta aparente relación, con el paso de los años la articulación entre A Luchar y la otrora UC-ELN empezó a difuminarse, sobre todo porque los espacios para la reflexión política de la realidad eran diferentes para estas dos organizaciones, además, allí participaban expresiones políticas, que aunque reconocían en alguna medida su relación con el ELN, eran diversas y se oponían en algunos casos a esta.

Para 1986, A Luchar realiza su primera convención nacional en la ciudad de Bogotá entre el 28 y 30 de junio, con un ánimo renovado, motivados entre otras cosas por la

experiencia derivada de su activa participación en el Paro Cívico Nacional del 20 de junio de 1985<sup>10</sup>. A partir de esta convención A Luchar se proyectó como un movimiento político de masas, capaz de convertirse en el canal para las demandas de variados sectores sociales en contra de las medidas del gobierno, confluyendo allí diversas corrientes políticas en representación de sectores estudiantiles, obreros, campesinos, cristianos, del sindicalismo independiente, de la insurgencia, y algunos intelectuales de izquierda.

Será en 1988, en desarrollo de su Segunda Convención Nacional, cuando A Luchar tendrá un proyecto político mucho más desarrollado, con objetivos definidos y una amplia participación y experiencia en el movimiento popular. Para esa fecha, había impulsado y liderado dos grandes movilizaciones en el oriente del país, el Paro del Nororiente entre el 7 y el 14 de junio de 1987 y las Jornadas de Mayo de 1988.

La concentración en A Luchar de representantes de variadas tendencias políticas, como los trotskistas, los leninistas, Anarquistas o aquellos influenciados por sectores de la insurgencia, como el caso del Ejército de Liberación Nacional, el Partido Revolucionario de los Trabajadores y el Movimiento de Integración Revolucionaria-Patria Libre, darán lugar, -teniendo en cuenta las constantes transformaciones en el plano político de la izquierda latinoamericana y en el campo socialista-, a fuertes debates al interior del movimiento en relación con sus objetivos y la manera de alcanzarlos.

Lo anterior se manifiesta en su segunda convención en torno al tema de la participación electoral. A Luchar había surgido y se había proyectado como un movimiento político que le daría primacía a los mecanismos de lucha no institucionales, como los paros o huelgas rechazando la participación electoral pues

---

<sup>10</sup> En marzo de 1985, A Luchar lanza la propuesta del Paro Nacional Obrero y Popular que sería llevada a cabo en el mes de junio del mismo año con la intención de acercar a los sectores sociales, que no encontraban acuerdo frente a las propuestas de diálogo con las guerrillas del gobierno Betancur, sobre la base de la movilización y la huelga. Dicho paro fue un éxito para A Luchar, pues logró convocar a cerca de 50 mil campesinos en 7 regiones del país, según datos de A Luchar, aglutinando a las expresiones políticas del M-19, el PC-ML y el PCC, además de las guerrillas que se encontraban en tregua con el gobierno.

consideraba que esta, al igual que los demás mecanismos de participación legal, no tenía efectividad alguna pues era controlada por los partidos tradicionales.

Este tema, y las discusiones que de allí se derivarían, volvieron a manifestarse en su tercera y última Convención Nacional realizada en 1991, momento para el cual los sectores del trotskismo habían ya abandonado el proyecto, y las diferencias entre el movimiento A Luchar y la UC-ELN se hacían más marcadas, al punto de ser uno de los lugares donde empezaría a organizarse un sector disidente de la UC-ELN que puso en discusión la viabilidad de la lucha armada ante la nueva realidad nacional, sector que se daría a conocer más adelante como la Corriente de Renovación Socialista (CRS).

Las discrepancias que se expresaron al interior de A Luchar, principalmente aquellas que giraron en torno a la manera en que debían operar y en su relación con la guerrilla del ELN, llevaron a que finalmente, esta última organización, perdiera su interés en el movimiento A Luchar, que hacia el año de 1991 pasará a convertirse en el órgano de expresión y participación política de la CRS.

### **3.2. Procesos Enmarcadores**

Los esfuerzos –consientes o inconscientes- de los movimientos u organizaciones sociales por establecer elementos compartidos entre sus integrantes para la comprensión de la realidad, llamados en este caso Procesos Enmarcadores, son variados y se presentan en múltiples espacios, algunos de estos, por ejemplo, al generar marcos referenciales de manera inconsciente, presentan dificultades a la hora de identificarlos o caracterizarlos, aun así en el desarrollo de este apartado se tendrán en cuenta algunos de los fenómenos ocurridos al interior de A Luchar, que sirvieron como plataforma para la concreción de MAC.

En los estudios sobre los Marcos y Procesos Enmarcadores -particularmente los recogidos por Snow y Benford-, existe por lo general, una relación entre los marcos



interpretativos de los movimientos o las organizaciones sociales y los individuos que participan en estos, pero esta relación inicial no siempre sucede, en dicho caso se hace necesaria la construcción de referentes identitarios que relacionen al movimiento con sus integrantes, e incluso, que invite a nuevos integrantes a reconocerse con el movimiento (Pinto Mascareño, 2010).

En A Luchar elementos como los discursos alrededor de sus orígenes y fundación o las caracterizaciones elaboradas sobre el movimiento y sus objetivos, las propuestas de la Asamblea Nacional Popular y los Cabildos Populares, así como la concepción de los instrumentos o herramientas para la consecución de sus objetivos, es decir el cómo se proyectó la acción política y por último, el impacto y las reacciones surgidas en A Luchar y sus militantes alrededor de la persecución política ejercida en su contra, que se tradujo en amenazas, exilios, asesinatos y desapariciones, desempeñaron un papel importante en la configuración de los discursos, motivaciones y explicaciones, entre sus integrantes, de rasgos identitarios o de marcos comunes de interpretación al interior del movimiento político.

### **3.2.1. Las raíces, los orígenes**

El establecimiento, en un primer momento, y el reconocimiento de marcos estructurantes de una identidad compartida, sitúan un punto de partida en la construcción de “mitos paradigmáticos” que, en este caso, dan cuenta de los elementos que constituyen rasgos característicos y las razones que motivaron el surgimiento de A Luchar como un proyecto político diferente o alternativo. Razón por la cual surge la necesidad, como colectivo, de reivindicar y asignar cierto grado de importancia a dichos dispositivos, que luego serán asumidos por sus integrantes.

“La idea de conformar A Luchar empieza a discutirse desde el segundo semestre de 1984, como una reacción de los sectores políticos y sindicales de la izquierda más radical a la propuesta de Tregua y Dialogo Nacional hecha por Belisario Betancur apenas se posesiona

como Presidente de la Republica, el 7 de agosto de 1984.” (Rodriguez, 2000, pág. 14)

“Dentro de esas matices (del sindicalismo independiente)<sup>11</sup> estábamos como esas corrientes, que se vienen al proceso de A Luchar, que plantean una lucha más frontal y radical en relación con otras corrientes” (...) que promueve los paros, promueve la lucha más frontal, insisto, contra las políticas gubernamentales y en general contra las patronales y contra el imperialismo (...)”<sup>12</sup>

El proyecto de A Luchar se concibió entonces como la expresión política que representó a los sectores que, dentro del amplio espectro de la izquierda de ese momento<sup>13</sup>, se caracterizaron sobre todo por asumir posiciones radicales, ante las instituciones del Estado colombiano

Pero es precisamente en la comprensión y caracterización que del contexto se asume, donde se da cuenta de los elementos que influyen finalmente en el nacimiento de A Luchar, con la confluencia de las variadas tendencias y proyectos políticos que allí coinciden. Es aquí, es decir en la definición del contexto, donde la constante oposición a las disposiciones emanadas desde la oficialidad que además son identificadas como elementos antagónicos en el imaginario político de A luchar, como la oligarquía, la burguesía nacional, el imperialismo, entre otros, se configuran como rasgo identitario, estableciendo conexiones inmediatas con su origen. Así las alusiones al ambiente socio político en que aparece y posibilita A Luchar se convierten en otros elementos insistentes dentro del discurso sobre su “mito fundacional”, asumido por sus integrantes, pero sobre todo, reforzado en la documentación “oficial” del movimiento.

---

<sup>11</sup> Ex militantes del movimiento A Luchar caracterizan al sindicalismo independiente como las fuerzas políticas sindicales que se alejaron y funcionaron por fuera de las centrales sindicales en la década de 1980. Véase apartado 3.3.3.2

<sup>12</sup> Minga de Pensamiento-Tertulia el movimiento ¡A Luchar!, 2013

<sup>13</sup> El Frente Popular como expresión amplia del PC-ML, la Unión Patriótica como resultado de las negociaciones de paz con el gobierno Betancur, el proyecto Colombia Unida del maestro Fals Borda, entre otros.

“Nacimos y nos desarrollamos en medio de un agudo conflicto social y siendo participes en las diferentes manifestaciones de la lucha de clases (...)” (Gallon Giraldo, 1989, pág. 181). Este apartado hace parte de la narración realizada por el Comité Ejecutivo sobre el carácter, entonces aún desconocido, del Movimiento A Luchar en el marco de un encuentro sobre alternativas de izquierda en Colombia en el año de 1989. Es decir, la descripción del contexto consiste en la configuración de un discurso que de alguna manera, busca justificar el nacimiento de un proyecto que se opone a las propuestas surgidas desde la oficialidad y otros campos del movimiento social, que consideran contrario a las realidades y necesidades que sugieren las condiciones políticas:

“Surgimos el 28 de mayo de 1984, fecha en la cual se firmaban los primeros acuerdos de tregua entre una organización guerrillera y el gobierno y al mismo tiempo se reprimía salvajemente a los maestros, (...) mientras se imponía un tope salarial del 15% a todos los trabajadores, se apertrechan mucho más las Fuerzas Militares y se continuaba implementando el terrorismo de Estado (...)” (Gallon Giraldo, 1989, pág. 181).

El discurso y los imaginarios alrededor de la unidad serán otros de los elementos que servirán como paradigma para describir el carácter de A Luchar. Tanto para el colectivo, como para sus integrantes, la unidad forja el surgimiento del proyecto político, que logra acercar a las posturas más disimiles, entre las que cuentan a la gran variedad de sectores “ML”, otros pertenecientes al Trotskismo, Camilistas y Anarquistas e incluso a algunas de las expresiones organizadas que se habían vinculado o simpatizaban con experiencias de la izquierda armada, en este caso el ELN, MIR Patria Libre y el PRT.

“Nos acercamos posiciones clasistas que no compartimos que el Movimiento Obrero y Popular apoyara los acuerdos de cese al fuego, Tregua y Dialogo Nacional impulsado por organizaciones de la guerrilla y por otros sectores de oposición.” (Gallon Giraldo, 1989, pág. 181)

“Por ello irrumpimos en la política nacional, porque necesitamos conjugar esfuerzos, unir voluntades, juntar hombres y mujeres, organizar la resistencia a esta nueva arremetida de la oligarquía y prepararnos en mejores condiciones para una lucha, aunque desigual, justa y algún día triunfante.” (Gallon Giraldo, 1989, pág. 182)

Para A Luchar, la unidad fue concebida como un logro, como una condición que era difícil de encontrar ante la explosión de tendencias irreconciliables que caracterizó a las izquierdas durante las décadas anteriores a 1980, en donde identificaron fracasos, pues cada expresión emprendía proyectos separados que planteaban más elementos de desacuerdo que puntos en común. Y así se describió lo interesante de este proceso inicial:

“(…) *sinceridad para abordar y concretar la unidad*: (...) diferenciar el método de esta experiencia con las otras en que habíamos participado. (...) nos dijimos la verdad, (...) reconocimos nuestras bondades y limitaciones, planteamos con toda la confianza los puntos de vista tácticos y estratégicos, nos tratamos hermanablemente y no estamos pensando en cómo devora uno al otro, sino como fortalecemos las posiciones revolucionarias de conjunto. (...) no jugamos a la zancadilla, a la hipocresía (...)” (Gallon Giraldo, 1989, pág. 183)

### **3.2.2. Caracterización, objetivos**

Aunque, como hemos venido señalando, las transformaciones en cuanto a la estructura y objetivos en A Luchar fueron una constante, es posible identificar algunas de las directrices, más o menos generales, construidas por el movimiento y reflejadas en sus militantes, es decir, la caracterización del proyecto político que encarnó A Luchar y la manera en que se concibieron sus objetivos.

Entre el 28 y el 30 de junio de 1986, se celebró en el Teatro Jorge Eliecer Gaitán, en Bogotá, la Primera Convención Nacional de A Luchar, convocada bajo la consigna de *Por la Unidad Revolucionaria*, luego de casi dos años de organización y uno de haber promovido y participado en el Paro Cívico del 20 de junio de 1985<sup>14</sup>. En esta convención, A luchar logra sentar sus bases como una apuesta política estructurada, avanzando en relación con el acuerdo político-sindical en que se había convocado unos años atrás. La caracterización de su lucha y los objetivos cobran un nivel de importancia en el movimiento, pues así buscan dar cuenta de la consolidación de su proyecto en esa nueva etapa que inicia con la realización de su primera convención.

“Luchamos contra el imperialismo, contra la oligarquía y los capitalistas colombianos, es decir, por la Liberación Nacional y Social, por la construcción del Poder Obrero y Popular y por el Socialismo” (Gallon Giraldo, 1989, pág. 185) reza el primer punto de una síntesis elaborada alrededor de las conclusiones de esta convención, que buscó reforzar los objetivos principales del proyecto de A Luchar como movimiento político. Así, el rechazo irrestricto a la institucionalidad, caracterizada como herramienta de la “oligarquía” y burguesía nacional, se configura como necesidad para la construcción de un estado de los obreros.

Las estrategias de lucha aparecen ya en esta convención como otra de las particularidades que caracterizaron al movimiento A Luchar. “(...) privilegiamos desde ya la acción directa y de masas, (...) y de todas las formas de organización que las masas adopten en su proceso revolucionario.” (Gallon Giraldo, 1989, pág. 185). Y más adelante agregan: “(...) nos convertimos en una organización que aglutina a obreros, campesinos, sectores populares, estudiantes, indígenas que propugnen y luchen por una Colombia libre y socialista.” (Gallon Giraldo, 1989)

---

<sup>14</sup> En desarrollo del gobierno de Belisario Betancur, el 20 de junio de 1985, se lleva a cabo un Paro Cívico Nacional, convocado por la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia CSTC como protesta contra los elevados índices de desempleo y la crítica situación generada por la inflación. Y aunque el paro movilizó a cerca de 50.000 campesinos en 7 regiones del país no contó con el apoyo de los sectores urbanos industriales.

Pero es sobre todo la caracterización de su lucha y objetivos la más importante, allí radica la necesidad de establecer polos de diferencia y reclamar las rutas por donde se moverán y que fungen como justificantes de su discurso y acción. El internacionalismo solidario y el mantenimiento de la independencia de su proyecto político, así como la necesidad de buscar la articulación de las demandas entre los variados sectores de la sociedad donde reconocen la importancia que debe desempeñar el proletariado como clase. Son elementos que apuntan a la necesidad de buscar soluciones ante las lecturas que hicieron sobre su contexto, y que como organización revolucionaria deben asumir.

Dos años después, en 1988, se realizó la segunda convención nacional, esta vez llamada *Por el Poder Popular*, en un ambiente más maduro y que condensaba la sumatoria de varios años de lucha y experiencias alrededor de paros, movilizaciones en las ciudades y el campo, los primeros asesinatos y persecuciones políticas. En ese momento el movimiento sigue ratificando la necesidad de asumir posiciones radicales en cuanto a la institucionalidad propiciando la acción directa como mecanismo de participación política, pero enarbola banderas nuevas acorde a las nuevas realidades: *La vida, La Soberanía, Los Recursos Naturales y El Bienestar del Pueblo*, se suman a al discurso en A Luchar.

La caracterización de su lucha la resumen así:

“Nosotros nos postulamos como los más radicales defensores de la democracia y tenemos que demostrar, en la teoría y en la práctica, que nuestra idea de democracia es genuina, sincera y profunda. Lo que hagamos en este terreno es definitivo, no solo para el triunfo revolucionario, sino ante todo para la consolidación del mismo” (Comité ¡A Luchar!, 1988, págs. 34-35)

Y como objetivos primordiales plantean la consideración de lo que conciben como la construcción del Poder Popular, que básicamente consistió en la posibilidad de constituir embriones de poder alternativos a la institucionalidad del poder burgués.

Entendido así, se proponen cumplir sus objetivos: “implementando una idea distinta de la acumulación de fuerzas. (...) En nuestra realidad no existe un único proceso en donde oposición revolucionaria y poder, evolución y revolución se van haciendo al mismo tiempo.” Pero siempre ratificando su acción política extrainstitucional: “(...) no hacer oposición dentro de las instituciones, sino poder alterno por fuera de ellas” (Conclusiones de la II Convención Nacional de ¡A Luchar!, 1988, pág. 36).

Para A Luchar, su misión consistía entonces en el acompañamiento e incentivo a “(...) la iniciativa de las masas (...)” haciendo hincapié en su capacidad de dirigir, formar y orientar políticamente en una “(...) educación permanente sobre el verdadero sentido de la democracia.” Si entendemos los Procesos Enmarcadores como las herramientas en las que las organizaciones sociales, de manera consciente o inconsciente, dotan de sentido sus acciones colectivas y construyen espacios de identificación con sus integrantes, A Luchar expresó esa necesidad de propiciar los espacios conscientes para que sus integrantes construyeran rasgos identitarios, con el movimiento y con sus objetivos. Así describieron entonces esa necesidad, enmarcada como objetivo primordial: “Tenemos el deber de lograr que las masas eleven su nivel de conciencia superando los discursos ideológicos diversionistas del régimen y el reformismo. Las formas de auto-organización popular deben estar acompañadas de una cualificación de su nivel de conciencia”. (Comité ¡A Luchar!, 1988)

Al interior de la organización estos referentes fueron asumidos por sus miembros, quienes fueron conscientes del papel que desempeñaba A Luchar como órgano guía, “(...) orientadores y no suplantadores de las masas.” Donde cada uno de los integrantes debía asumir tareas en ese orden, recoger las reivindicaciones de los sectores sociales marginados y promover la movilización y las acciones directas como mecanismo de lucha.

### **3.2.3. Asamblea Nacional Popular y los Cabildos Populares**

“A Luchar ha levantado la tesis de construcción de Poder Popular y hemos dicho y reiterado que es posible empezar a construirlo desde ahora. (...)Es en la base de la pirámide social donde podemos ir creando formas de participación autónomas, formas de democracia directa, ir creando autoridades propias, ir arrancándole poder económico a la oligarquía y organizando nuestra propia manera de producir, ir desarrollando la educación a nuestra manera.” (Harnecker, 1989, pág. 63)

Entre los aspectos que permitieron la constitución y consolidación de A Luchar, algunos de sus militantes coinciden en resaltar elementos como; *La Lucha Directa* y *Lucha Extrainstitucional*, el reconocimiento de la “potencialidad de las masas” expresada en las movilizaciones y actos de protesta y por último, la materialización de las reivindicaciones de los sectores que A Luchar quería representar en el proyecto de la Asamblea Nacional Popular (ANP).



**2Acto de lanzamiento de la propuesta de la "Asamblea Nacional Popular". Fuente: Periódico ¡A Luchar! N°33 abril 8 de 1988**



Esta propuesta buscó encarnar consecuentemente la esencia de A Luchar y surge entonces como rechazo a la iniciativa ofrecida desde algunos sectores de la oficialidad, en 1987, de reformar la carta constitucional de 1886, como mecanismo para superar la aparente crisis social y de las instituciones.

La Asamblea Nacional Popular se convertiría entonces en el referente para la materialización de los planteamientos de A Luchar. Era en sus palabras, la efectiva puesta en marcha del Poder Popular. En conjunto consideraron esta propuesta como “(...) un esfuerzo por empeñarnos a fondo en una confrontación contra la oligarquía (...)”, pero la proyección iba más allá de la coyuntura del llamado a la reforma constitucional, pues vieron allí una “estrategia de poder”.

Las banderas de la ANP fueron entonces enarboladas por los integrantes del movimiento y asumidas como referentes de los objetivos que se plantearon como colectivo, así;

“la Asamblea Nacional Popular era la propuesta nacional de A Luchar, una propuesta que significaba pueblo organizado y en contravía al Estado dominante, y una forma de organización para que el pueblo se convirtiera en constituyente por la vía extraparlamentaria o extrainstitucional, es decir, construir poder popular.”<sup>15</sup>

Por otra parte, la expresión “local” de la ANP se consolidó en lo que llamaron los “Cabildos Populares”, de los cuales se realizaron varias experiencias y esto les permitió poner en práctica las concepciones sobre el ejercicio del Poder Popular y constituirse en espacios para la construcción de elementos identitarios con el movimiento y con su proyecto.

---

<sup>15</sup> Minga de Pensamiento-Tertulia el movimiento ¡A Luchar!, 2013

En el Cesar

## Constituido cabildo popular

**EL PUEBLO HABLA  
EL PUEBLO MANDA**

El primer Cabildo Popular fue constituido en asamblea realizada el 10 de enero de 1988 en la zona rural del Municipio de Valledupar, departamento del Cesar.

Los asistentes provenían de las veredas Los Laureles, Ariguani, la Habana, el Busá, Cominos de Valerio, Cominos de Tramacá y el Palmaz. El Cabildo Popular tomó el nombre de "Ariguani- Los Laureles".

En representación de la dirección nacional de "AL" estuvo Victor Mielles, quien en su saludo al Cabildo realizó un breve análisis de la coyuntura nacional, señaló la necesidad de continuar en lucha, y felicitó a los participantes "por la disciplina que han mostrado, por el espíritu de sacrificio y por la decisión de luchar por la tierra y la libertad".

El saludo de A Luchar - Cesar, precisa que la fundación del Cabildo es el "fruto de un trabajo paciente, tesonero, disciplinado, coherente y bravo," y que se constituye dentro de las tareas de la campaña política EL PUEBLO HABLA, EL PUEBLO MANDA.

Más adelante agrega: "cuando "AL" surge en esta zona, donde la familia Castro ha decidido mostrar su imperio, la encuesta lucha agraria de tipo individual en se defendía como podía, sin apoyo y coordinación ni organización. Hoy ponemos donde existe una unidad política, una fortaleza ideológica y una coordinación en la lucha, los terrenos, la educación. Unidos que estamos seguros seremos indestructibles".

Durante el acto se presentó el grupo de teatro "La Nueva Lucha" con la obra "La Recuperación," intervino el conjunto musical de A Luchar y hubo participación infantil con cuentos y comedias, generando una gran integración entre los asistentes.

Eligieron una dirección general del Cabildo, de siete miembros, y las comisiones de: Educación y Propaganda, Salud, Asuntos cooperativos, Consejería y planeación de vivienda, Arte, Cultura y Recreación y de asuntos femeninos; a los elegidos les fue tomado el juramento, con el que se comprometieron a defender los intereses de su clase y su comunidad.

**FUNCIONES DE LA DIRECCION DEL CABILDO POPULAR ARIGUANI- LOS LAURELES**

Está conformada por 7 miembros, todos principales y la duración de su mandato es de un año, al cabo del cual se debe reunir la Asamblea Popular y cambiar o ratificar la dirección.

Las Funciones de la dirección son las siguientes:

- Fuerza de las responsabilidades que cada uno de los miembros de dirección tiene en las comisiones, la dirección debe orientar todo el trabajo en la comunidad.
- Debe reunir las diferentes comisiones de trabajo para orientarlas en el desempeño de sus funciones, rendirles informes sobre las actividades de la dirección y verificar si están o no cumpliendo con sus funciones y obligaciones que les corresponde.
- La dirección debe actuar como Procuraduría Popular: en ese sentido le corresponde denunciar ante la autoridad pertinente, los atropellos, las violaciones a la ley, etc, que cometen los enemigos del pueblo, lo mismo que representar a la comunidad ante los organismos del Estado como Incura, Inderena, Caminos Vecinales, etc, siempre y cuando no interfiera funciones de otra comisión.
- La dirección del cabildo debe elaborar un plan de trabajo por periodo de su mandato. Planificación y aprobación de ese plan, elaborado el proyecto respectivo convocar una plenaria local, asistir junto con la dirección un delegado por cada comisión.
- La dirección del Cabildo debe entre los 7 miembros, un secretario, un tesorero y los 3 miembros restantes se rotan a los primeros se casca temporal, enfermedad, su tiro de la zona, pero sin miembros principales.



### 3 Instalación del Cabildo Popular en el Cesar. Fuente: Periódico ¡A Luchar! N° 29 1ra quincena febrero 1988

Estas experiencias se organizaron en los lugares donde A Luchar tenía influencia y había construido lazos con una base social. La apuesta consistió en crear el piso sobre el que se erigiría el llamado a la conformación de la ANP. Los cabildos debían dar respuesta y ofrecer soluciones a las demandas básicas de las poblaciones en donde la crisis de las instituciones era una constante. Dichos cabildos se pensaron con la función de potenciar y encaminar la capacidad organizativa y de lucha de las comunidades, enmarcadas en lo que se concebía como la base social de A Luchar.

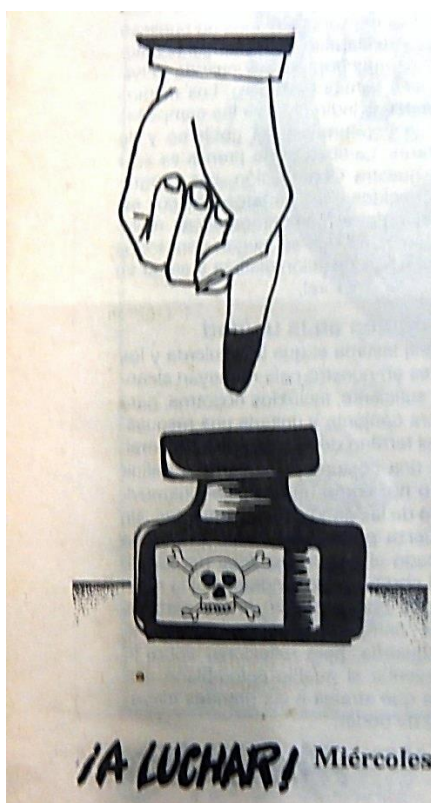
#### 3.2.4. "Contra La Concertación: ¡A Luchar!" Sobre la acción política.

La consigna de: *Contra la Concertación: ¡A Luchar!*, surgida en su primera Convención Nacional en 1984, da cuenta de las características de un primer momento del movimiento, que describirá su carácter de radical ante la oficialidad como un elemento que procuraron mantener a lo largo de su recorrido histórico.



4 Campaña por el "No Voto". Fuente: Periódico ¡A Luchar! N°93 Febrero 28 de 1990

Aunque el debate al interior de las izquierdas sobre el lugar de la participación electoral en el marco de los objetivos que estas experiencias se planteaban para la consecución del poder político, no era nada nuevo para la década de 1980, la coyuntura de entonces esbozó un nuevo escenario donde los acercamientos entre algunos movimientos guerrilleros y el gobierno de Belisario Betancur, sumado al surgimiento de propuestas que tomaban fuerza en la opinión pública nacional, sobre la modificación o nueva redacción de la carta constitucional con miras a modificar el régimen institucional, añadieron un nuevo elemento al debate sobre la utilidad de la participación electoral de la izquierda, escenario del que A Luchar no escapó y sobre el que se plantearon estrategias de acción política marcando una impronta en la constitución de marcos interpretativos.



5Caricatura campaña del "No Voto". Fuente: Periódico ¡A Luchar! N°86 octubre 25 de 1989

*Lucha Directa y Confrontación de Masas* fueron las estrategias elaboradas para definir el tipo de acción política que debía encarnar el movimiento. Así, el surgimiento de A Luchar estaba ligado a dos instancias, por una parte, la elaboración de un discurso que se oponía radicalmente a la concertación emanada desde la oficialidad, y por otro a la necesidad de materializar la oposición mediante el fomento de la movilización radical de amplios sectores de la sociedad, “acumular fuerzas y preparar a las masas”, que entonces se enmarcó en el preparativo de un paro nacional a realizar en 1985. En ese sentido asumían que:

“Un paro que no golpee el corazón del capital, que no lesione las arcas de los grandes empresarios y monopolios nacionales y extranjeros, es un paro que crea conflictos, que forja en la lucha a sus participantes, que es de importancia para dinamizar las propuestas revolucionarias;

pero que no pone en serio peligro a la supervivencia del poder burgués.” (Gallon Giraldo, 1989)

El Carácter de A Luchar quedaba asegurado entonces como un movimiento que debía rechazar los acercamientos y la concertación con la oficialidad, por considerarlos estrategias orientadas a desmovilizar a las masas, al mismo tiempo que debía promover la organización, la acción directa y la movilización de los sectores populares, como estrategias para la construcción de poder popular alternativo en la constitución de un gobierno.

La acción política es asumida entonces como la necesidad de propiciar la movilización de las masas; es decir, el fomento de las marchas, los paros, las tomas de tierra, las huelgas y los ejercicios de democracia radical. Donde ante la imposibilidad de asumir espacios legales-institucionales de participación política, había que aprovechar los espacios extra institucionales convirtiéndolos en escenarios legítimos de acción política. (Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989)

Pese a la lectura hecha por A Luchar, que asumía la acción directa o la confrontación de masas como herramientas para la acción política, no puede considerarse como acciones *per se* el hecho de que apropiaran la violencia política o violencia revolucionaria, sino más bien como estrategias defensivas ante la respuesta violenta del establecimiento ante la movilización popular.<sup>16</sup>

A Luchar y sus integrantes se veían como un proyecto que le daba primacía a los mecanismos de acción política, es decir, al trabajo social, a la articulación del proyecto político que encarnaban con el trabajo con las expresiones de organización

---

<sup>16</sup> Para Malcolm Deas en, *Canjes violentos: Reflexiones sobre la violencia*. Malcolm Deas y Fernando Gaitán Daza, 1995, *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*, Bogotá: FONADE y Departamento Nacional de Planeación, 1995. En la discusión sobre el fenómeno de la violencia en Colombia, hay que distinguir entre los orígenes y motivaciones de esta, pues no necesariamente todas las violencias son políticas o revolucionarias, pues aunque la línea que las diferencia es bastante delgada. Por lo general la violencia política encarna compromisos identitarios; personales, familiares, locales y construcción de significaciones ideológicas, además de la necesidad de servir para la transmisión de un mensaje asignándole un valor simbólico.

social: las barriadas, el movimiento estudiantil, el de maestros, el sindicalismo, movimiento cívico, etc.

Las lecturas que justifican el fomento a la movilización popular, a radicalizar el discurso sindical, surgen en torno a la lectura que de igual manera se hace sobre el contrario, es decir sobre la acción política de sectores sociales identificados como el otro, el adversario político. (Deas & Gaitán, 1995)

### 3.2.5. Los “caídos”

*“(...) allí donde la voz del poeta se hizo puño. Allí donde Gustavo Chacón, el obrero cantor, sembró su ejemplo”*

*“Ustedes compañeros nos traen el recuerdo siempre presente del compa Oswaldo, el indio Zenu de San Andrés de Sotavento, el que nos mataron dos veces los sicarios”*

*“De esa tierra alegre (suroccidente colombiano), en donde extienden sus tentáculos las multinacionales, se distingue el ejemplo de un obrero incansable luchador contra burgueses nacionales y extranjeros, Héctor Daniel Useche, asesinado hace ya dos años en las calles de su pueblo”*  
(Comité ¡A Luchar!, 1988)

Las lecturas sobre la muerte, (fruto de la persecución política ejercida contra el movimiento A Luchar), hechas por este mismo grupo y por sus integrantes fueron importantes al momento de configurar una serie de discursos y acciones políticas. La muerte, el imaginario construido alrededor de los “caídos” se erige entonces como elementos enmarcadores que le imprimen un sentido a las acciones colectivas del grupo y se unen a la lista de justificantes para cada uno de sus integrantes.

Como señala Moyano, existe una generalidad en la izquierda revolucionaria latinoamericana, que ha construido una serie de imaginarios que convierten a la figura del sacrificio y la muerte en situaciones consecuentes con la causa revolucionaria y a aquellos que han entregado su vida en dicha situación, como referentes simbólicos de necesaria rememoración. (Moyano Pino, 2011)

Siguiendo a Hugo Vezzetti, Moyano recalca en el significado del “mártir” para el grupo que representa: “Esa elección alude a la integridad y pureza del sujeto que muere por una causa. Los que mueren son intachables, son los mejores cuadros, por ende son un ejemplo inalcanzable para los sobrevivientes”. (Moyano Pino, 2011, pág. 8)



6 Declaración ¡A Luchar! asesinato de Manuel Gustavo Chacón. Fuente: Periódico ¡A Luchar! N° 29 febrero de 1988

Moyano señala la “sacralización” de los muertos en el imaginario de las izquierdas latinoamericanas y establece vínculos de este ejercicio con algunas prácticas de contenido similares al religioso. Pero destaca el papel que cumple esta construcción simbólica de los muertos como elementos que incitan o potencian las acciones colectivas previamente construidas. Es decir, el simbolismo y los rituales alrededor

de los “caídos”; como el establecimiento de ideales a alcanzar representados por estos, el hito construido alrededor de sus muertes, o la rememoración en términos de fechas, desempeñan un papel en la configuración de marcos referenciales y juegan como procesos enmarcadores, en la medida que ayudan a construir imaginarios colectivos y al establecimiento de rasgos identitarios de encuentro.

En A Luchar este fenómeno no fue ajeno, por un lado la constitución de un discurso profundamente revolucionario, acompañado por una estrategia política que privilegió la acción directa y luego la situación de persecución política y degradación del conflicto armado interno en la décadas de 1980 y 1990 tuvieron su efecto en el movimiento; los señalamientos, amenazas, masacres y asesinatos selectivos hicieron entonces parte del imaginario colectivo en A Luchar.

El asunto de rememoración por los “caídos” se funde con el ejercicio que busca exaltar la imagen del mártir que entrega su vida, consciente de la muerte, en función de la causa. Así por ejemplo, se recuerda a un integrante del movimiento:

“Ernesto, ante todo punto de vista político, era un personaje bien interesante que combinaba lo organizativo con lo político y lo cultural, en todos lados se le veía, era dirigente del magisterio, dirigente campesino, dirigente barrial, una capacidad de trabajo de 24 horas (...)”<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Minga de Pensamiento-Tertulia el movimiento ¡A Luchar!, 2013





**7 Manifestación en rechazo a asesinatos de militantes. Fuente: Periódico ¡A Luchar! N° 32  
Marzo de 1988**

En el caso de A Luchar, esta práctica también buscó, consciente o inconscientemente, potenciar la participación en las movilizaciones, que habían sufrido golpes en términos de represión oficial y los señalamientos antes, durante y después de estas. Así, las llamadas *Marchas y Encuentros por la Vida* empiezan a hacer parte del conjunto de prácticas del movimiento, que acompañaban las exigencias principales de A Luchar.<sup>18</sup>

### **3.2.6. Referentes**

Un fenómeno similar al de la “sacralización” de los “caídos”, en el marco de la constitución de referentes interpretativos, sucede con la construcción simbólica de hitos, de hechos particulares a los que se les asigna un significado relevante, necesario de recordar, idealizado, que también funge de ejemplo, incluso con la intención de invitar a su repetición.

---

<sup>18</sup> En el Paro del Nororiente en 1987, las Jornadas de Mayo en 1988 y las consiguientes convenciones y encuentros que organiza y en que participa A Luchar, se encuentra un giro en la centralidad de las exigencias y a la vez en el sustento de las demandas, que empiezan a moverse en torno al reclamo por el respeto a la vida.

En A Luchar, las banderas de la acción política estaban representadas en la materialización de la lucha directa extrainstitucional por medio de las movilizaciones y los paros, sobre los cuales se construyeron hitos, bien sea por la magnitud e impacto que estos tuvieron así como por el papel que A Luchar tuvo en ellos, tal es el caso del mítico Paro del Nororiente y las llamadas Jornadas o Marchas de Mayo.

### 3.2.6.1. Los Paros: El Paro del Nororiente y las Jornadas de Mayo

Luego de su primer convención nacional en 1986, A Luchar había consolidado ya una imagen en relación con las demás fuerzas políticas de la izquierda revolucionaria no armada, que caracterizaba al proyecto político como una fuerza que había acercado a las expresiones más radicales del movimiento popular de izquierda y por lo tanto, su discurso y acción empezaban a dar cuenta de su igual radical oposición a la concertación con los gobiernos, negación a la participación institucional y la promoción de la movilización popular reivindicativa acompañada por la acción directa y ejercicios de democracia radical (Rodríguez, 2000).

Los paros y las marchas se constituyeron entonces para A Luchar, como las principales herramientas que legitimaban la vía extrainstitucional y encaminada a acumular fuerzas en el sentido de preparar a las masas para los avances revolucionarios, pero sobre todo, para “forjar en la lucha” a los militantes de la organización. Estas acciones recogían todo un acumulado histórico sobre la manera en que los movimientos sociales se expresaban pues concebían que:

## Grandes jornadas en mayo

“Se coloca en el orden de prioridades, para el movimiento popular, el apoyo y desarrollo de las acciones de masas por la VIDA, la SOBERANÍA y el BIENESTAR, expresadas en la presente coyuntura en los paros regionales previstos para finales de mayo.

...

Contra la guerra sucia es necesario organizar de manera inmediata los comités de resistencia popular que permitan la defensa de las organizaciones, pobladores y dirigentes amenazados por las bandas de asesinos a sueldo de la oligarquía.

...

Es necesario impulsar con fuerza, al lado de estas acciones las conclusiones del Congreso de Convergencia; en particular, concretar regional y nacionalmente el Acuerdo Popular y Democrático para oponerlos a las pretensiones del bipartidismo.”

Ilustración 8 Balance "Jornadas de Mayo" Fuente: Periódico ¡A Luchar! N° 33 Abril de 1988

“las marchas son históricas, ya desde la época de los Comuneros. Hacer marchas es algo típico, como una especie de cultura del campesinado colombiano. (...)”. (Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989)

Entre el 7 y el 14 de junio de 1987 se desarrolla en la región nororiental colombiana (Arauca, los Santanderes y Cesar), una movilización campesina acompañada de un monumental paro, eminentemente agrario, pero que detuvo la creciente actividad petrolera de la región, estas acciones serían conocidas luego como las del *Paro del Nororiente*. La participación campesina se estimó en cerca de 120 mil labriegos que se tomaron las principales cabeceras municipales. Esta movilización, coordinada por A Luchar, establece un marco de lectura para potenciar las acciones regionales con miras a convertir al movimiento en un proyecto de envergadura nacional, donde la referencia de los sucesos del nororiente sería el parangón. La región, la participación, la capacidad de detener un amplio sector del país y de obligar a negociar a los gobiernos regionales pero sobre todo al gobierno nacional en medio de la confrontación con la fuerza pública se convierten en patrones de acción para el resto de A Luchar, quienes concibieron el suceso como un punto de partida para el proyecto de A Luchar y sus militantes: “(...) En el nororiente si había condiciones pre insurreccionales y el debate en el nororiente era otra cosa, o nos tomábamos todo o nos *enguerrillerábamos* todos (...)”<sup>19</sup>

En 1988, con la experiencia pero sobre todo con el análisis positivo de los resultados del paro del nororiente, A Luchar lanza las Marchas o Jornadas de Mayo, (entre el 22 y 30 de mayo de ese año), y logra articular la movilización en Sucre, Córdoba, Bolívar, Nordeste antioqueño, Magdalena y Atlántico, además de los departamentos insignia del nororiente. (Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989) Los resultados de las jornadas de Mayo fueron valorados en relación con la respuesta oficial, en términos de la represión militar y policial, las amenazas contra los participantes y las constantes acusaciones de la infiltración guerrillera en las

---

<sup>19</sup> 1era Tertulia Sobre la Memoria de las Izquierdas: El movimiento ¡A Luchar!, 2011

movilizaciones, en ese sentido dicha respuesta se calificó, por parte de A Luchar como el resultado de una política oficial que tenía como objetivo amedrentar a los movimientos sociales para evitar que estos conquistaran sus derechos. En ese sentido se entendió la respuesta como la “táctica del enemigo”, en la intención de identificar al adversario:

“El gobierno cambió de táctica, aprendió del paro del nororiente y lanzó una línea de contención y represión. (...) En suma, el trato dado por el ejército a las marchas fue común; bloqueo de vías principales, inmovilización de vehículos, decomiso y destrucción de alimentos, detención de participantes y desalojo violento de los lugares.”  
(Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989)

En esencia, la función enmarcadora de procesos que se erigieron significantes para A Luchar y sus integrantes, como lo fueron los Paros y las Marchas, se puede resumir en la construcción que hace una ex militante al momento de retratar, jocosamente, su experiencia durante las movilizaciones;

“Yo tengo una hija que va a cumplir 30 años, y ella dice que la época en que más comió carne fue en la Marcha del Nororiente, en Barranca. En la marcha del Magdalena Medio, eso fue una cosa impresionante, los campesinos, todo el mundo traía su comida, sus cosas y nunca se pasaron necesidades, (...) aprendimos de la solidaridad, de la vida colectiva, de la vida entre nosotros y esa diferencia de clase que existe entre quienes están arriba y quienes estamos llevando del bulto.”<sup>20</sup>

El reconocimiento de las acciones políticas como eventos significativos, por parte de quienes participaron en las mismas -en este caso las movilizaciones del nororiente y las Jornadas de Mayo-, y el papel que estas acciones cumplen en ámbitos reivindicativos al ser vistos como los espacios que representan sus demandas, dan

---

<sup>20</sup> Minga de Pensamiento-Tertulia el movimiento ¡A Luchar!, 2013

cuenta de la constitución de estos como espacios socializadores, lugares que permiten construir o reforzar rasgos identitarios con los movimientos u organizaciones sociales. En este caso, las Jornadas de Mayo y el Paro del Nororiente constituyen dos de los referentes, que de manera consciente o no, fueron elevados a la categoría de hechos simbólicos y sirvieron en la construcción de significados compartidos al interior de A Luchar sobre la eficacia de su acción política y las razones o motivantes para la movilización.

### 3.3. Marcos de Acción Colectiva

#### 3.3.1. Símbolos

##### 3.3.1.1. Camilo Torres (el “Camilismo”)



9 ¡Camilo Vive! Fuente: periódico ¡A Luchar! N° 29 Febrero de 1988

Para la década de 1980 empieza a tomar fuerza una nueva lectura, originada desde algunos sectores de la izquierda e impulsada por el trabajo de académicos, de un Camilo Torres más valorado por su papel como revolucionario, de un personaje político que más allá de las concepciones que tenía en relación con la visión del catolicismo y el papel de la iglesia, elaboró propuestas e influyó en la necesidad de transformar algunas de las prácticas y concepciones políticas de la izquierda en Colombia. Estas nuevas maneras de leer el legado del cura Camilo Torres influirían

significativamente en la adopción de lecturas diferentes de la realidad, de las que organizaciones como el ELN y experiencias como A Luchar no escaparon. (Sanchez Lopera, 2006)

Aunque A Luchar nace como un proyecto de convergencia donde hicieron presencia sectores representantes de variadas expresiones de la izquierda, algunos de sus antiguos militantes dan cuenta que como algunas de las corrientes políticas vinculadas con interpretaciones de el “Camilismo” tomarían fuerza en el proceso de consolidación del movimiento, incluso al punto de registrarse el retiro de algunas otras fuerzas, entre ellas las vinculadas al trotskismo que se vieron eclipsadas y se apartan de A Luchar poco después de 1985.

El evento más sobresaliente sobre la manera en que se asume la figura del Camilo Torres político es el referido en la configuración de la Unión Camilista-Ejército de Liberación Nacional, UC-ELN luego de la fusión de dos organizaciones guerrilleras, por una parte el Movimiento de Integración Revolucionaria Patria Libre, MIR-PL y el Ejército de Liberación Nacional, ELN, el 8 de junio de 1987. Este evento se inscribe en un periodo que se caracterizó por una relectura del legado de Camilo Torres, que al contrario de radicalizar los discursos revolucionarios, los flexibiliza en torno a la unidad. (Sanchez Lopera, 2006)

La confluencia de proyectos políticos en el ELN y el MIR-PL con A Luchar, además de la existencia a su interior de corrientes “camilistas”, que se contagiaron con las nuevas lecturas sobre Camilo Torres, tendrían su lugar en algunas de las construcciones que consideran la relación entre su proyecto político y el trabajo cristiano:

“Reivindicamos el papel del padre Camilo Torres Restrepo, que como sacerdote, llama a los cristianos a comprometerse con la revolución como el único medio de hacer realidad lo que es esencial para el cristianismo: El amor eficaz. Con Camilo, se inauguró todo este proceso de compromiso en que los cristianos, sin perder su identidad, se

constituyen en fuerza social al servicio de la causa de los pobres (...)"  
(Comité ¡A Luchar!, 1988, págs. 88-89)

Y más adelante reafirman y reivindican el carácter unitario heredado de la nueva lectura sobre Camilo Torres:

"Nosotros recogemos la vocación unitaria que siempre tuvo y su concepción acerca de la importancia de la vinculación de los cristianos al movimiento revolucionario. Nuestro programa sostiene que en A Luchar están los cristianos y eso no se opone al Marxismo, al contrario, ellos han ayudado a potenciar el proceso revolucionario." (Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989, pág. 67)

Las transformaciones en las nociones sobre los conceptos de clase y unidad en los sectores populares también estuvieron marcadas por las nuevas concepciones sobre el pensamiento de Camilo Torres, el caso del concepto de la clase obrera y su relación con A Luchar se caracterizó en sus primeras etapas, y tal vez por su origen sindical, por considerar exclusivamente al movimiento obrero como el conductor de las luchas sociales, a las que las demás expresiones del movimiento social debían supeditarse. Fue así como las coyunturas vividas, el desarrollo del movimiento cívico, el campesino, los estudiantes, y expresiones que empezaban a tomar fuerza como fueron los movimientos de mujeres, indígenas y de afrodescendientes, obligaron a tomar una nueva lectura sobre el lugar de la clase, y fue donde la lectura renovada de Camilo Torres en su papel como académico comprometido, los llevó a valorar el concepto de "Clase Popular" de Camilo Torres, para leer la realidad social de 1980.

Pese a las referencias encontradas en A Luchar sobre la necesidad de otorgarle una valoración política al legado de Camilo Torres, no todos sus ex militantes coinciden en caracterizar al movimiento A Luchar como la plataforma de expresión práctica del "Camilismo", pues aunque la presencia del imaginario sobre Camilo Torres parece cobrar peso hacia la celebración del segundo congreso de este movimiento, en

1988, momento en que algunas expresiones políticas se desvinculan de A Luchar por sentirse opacadas políticamente, el movimiento pretendió continuar con los principios de unidad de los sectores populares por sobre las diferencias de tipo ideológico.

Ciertamente la figura de Camilo Torres no podía fungir como elemento simbólico que cohesionara las distintas tendencias políticas que habían coincidido en A Luchar, pues las tensiones en términos ideológicos que representaban dichas tendencias estuvieron latentes durante gran parte de la existencia del movimiento político. Esta situación podría explicar cómo pese a la revaloración política de Camilo Torres en unos sectores de las izquierdas que coincidieron en A Luchar -como fue el caso del FER-Sin Permiso u otros con cercanía al ELN-, y que en palabras de sus ex militantes, dichos sectores terminarían por copar espacios al interior del movimiento, el “Camilismo” no fue la expresión ideológica dominante en A Luchar y su efecto como marco referencial e interpretativo en el movimiento pudo haber sido más bien limitado a algunos sectores y militantes.

### **3.3.2. Colombia (lectura del contexto general, coyunturas)**

Las lecturas sobre el ambiente inmediato, es decir, sobre el contexto y las coyunturas de la realidad política realizadas por los movimientos u organizaciones sociales, así como por sus integrantes, son determinantes al momento de identificar los marcos de acción colectiva que apuntalan aspectos determinados de la realidad. Las lecturas sobre el contexto, entran en la intención de los marcos por clasificar esos elementos considerados relevantes y en este caso hacen parte de las demandas particulares con que A Luchar identifica sus objetivos. (Pinto Mascareño, 2010, pág. 122)

El ejercicio por caracterizar la realidad, debe ser compatible entre los marcos interpretativos de las organizaciones sociales y los individuos que participan en ella. Esta compatibilidad, como se ha mencionado antes, puede existir previamente entre



los individuos o es construida por la organización mediante procesos enmarcadores, que como en el caso de A Luchar, cabría mencionar los originados en torno a las movilizaciones, los paros y las tomas, los discursos sobre la necesidad de promover la acción directa y la negación de la acción política institucional, entre otros.

Así como la valoración política de la imagen de Camilo Torres o las lecturas sobre el “nosotros” y el “enemigo” construidas en A Luchar, las lecturas de la realidad también dan cuenta de constructos colectivos apropiados, es decir aceptados por sus integrantes y que se convierten también en directrices para la acción colectiva y/o en los argumentos que justifican las acciones colectivas.

La caracterización de la realidad, así como de situaciones coyunturales que se vivieron en Colombia, especialmente durante la década de 1980, se mezclan con la identificación del “otro” el antagonista, pero en general, la identificación de una crisis institucional, acompañada por un descontento popular generalizado que se manifiesta en otros sectores sociales, además de los campesinos y obreros, como lo son las mujeres, los estudiantes, el movimiento cívico y la clase media urbana, descontento leído como un claro avance del movimiento revolucionario.

La importancia de las lecturas expresadas sobre el contexto radica en su uso como justificantes para el desarrollo de las acciones colectivas, es decir, dichas interpretaciones ofrecen un discurso que alienta la movilización y a la vez la justifica.

La Segunda Convención Nacional de A Luchar, en 1988, llevada a cabo en un momento clave de consolidación del movimiento y de su propuesta política, da algunas luces sobre la manera en que se concibe la realidad, identificando primero a los “responsables”:

“Colombia es una nación sojuzgada por el imperialismo norteamericano, el cual ha impuesto una relación de dependencia en el terreno económico, político, militar, ideológico y cultural. (...) Todo ello se realiza con la aceptación y participación de la burguesía colombiana.”

Y luego aparece la caracterización sobre los aspectos sociales y económicos generados, todo esto con la invitación o el llamado a superarlos:

“Las relaciones sociales de producción en nuestro país son predominantemente capitalistas, integradas desventajosamente a la División Internacional del Trabajo y subordinadas a los intereses del capital imperialista.

(...)

Colombia es un país fundamentalmente urbano, aunque subsisten en amplias zonas formas atrasadas de producción, que de todas maneras han sido supeditadas e integradas al capitalismo.” (Comité ¡A Luchar!, 1988, pág. 15)

Es importante destacar la necesidad que existe en el proceso de “enmarcar” las interpretaciones de la realidad, esta debe encontrar relación, establecer lazos con los integrantes, de manera que se sientan identificados con el colectivo y otorgarle reconocimiento a sus demandas.

“La crisis estructural e histórica que padece el país, solo puede ser resuelta por un proceso de revolución social. (...) el verdadero bienestar y la verdadera justicia y bienestar para ellas (mayorías obreras, populares y democráticas) solo se lograra cuando el Estado capitalista sea destruido y expropiados los dueños de los grandes bancos, fábricas y tierras,”

Haremos énfasis en la lucha extrainstitucional, propiciaremos la desobediencia civil (...).” (Comité ¡A Luchar!, 1988)

Las lecturas del contexto, las interpretaciones sobre la realidad inmediata, y la aceptación de estas la entre los integrantes de las organizaciones sociales responden a las necesidades de configurar discursos compartidos, situaciones motivantes que no solo fomenten la participación y el desarrollo de las acciones

colectivas, sino que también alimenten el universo discursivo de los militantes en vía de reconocerse dentro de la movilización, justificar y defender su adhesión.

### 3.3.3. Identidad: adversarios y protagonistas

La elaboración de marcos por parte de movimientos u organizaciones sociales pasa por la construcción de rasgos identitarios que les permite a sus integrantes identificarse y diferenciarse ante los demás grupos sociales además de caracterizar y reconocer a los sujetos antagonistas o adversarios.

Un primer elemento en las construcciones colectivas asumidas en A Luchar, es la identificación de ese “otro”, el adversario, que asume distintos matices en términos coyunturales, por ejemplo de acuerdo a los distintos gobiernos nacionales que asumen el poder, pero en términos generales se encuentran elementos frecuentes de esta caracterización.



10 Llamado al Paro Cívico Nacional y a la Huelga General, 1988.

Para el sociólogo William Gamson, uno de los componentes de los Marcos de Acción Colectiva es el llamado Marco de Injusticia, que designa la expresión de sentimientos de indignación, previa identificación de situaciones calificadas subjetivamente como injustas. La existencia de estos marcos de injusticia se debe necesariamente a la atribución a actores sociales, del origen o subsistencia de dichas situaciones injustas (Gamson W. 1992, citado por Pinto Mascareño, 2010).

En este sentido es común encontrar en las entrevistas que habían sido realizadas en la época a integrantes de A Luchar, constantes alusiones a la existencia de un “enemigo” en ocasiones abstracto y en otras asociado a la figura del gobierno, pero en esencia una figura amenazante, vigilante, siempre atenta a las acciones emprendidas por expresiones políticas como A Luchar. Un enemigo hacia quien debían emprenderse las acciones directas. Así, por ejemplo al relatar las experiencias aprendidas durante el Paro del Nororiente, uno de los dirigentes de A Luchar expresa:

“El paro del 85 fue una experiencia, el paro del Nororiente ya fue diferente. Nos enseñó cómo se mueve el *enemigo*, como opera en las ciudades y como movilizar a las masas en estas circunstancias. (...)”  
(Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989, pág. 53)

Y más adelante agrega, en relación a la situación generada por el sicariato y los primeros asesinatos contra integrantes de A Luchar:

“En esta tarea de rescatar a las masas, el *enemigo* ya ha comenzado a esforzarse por derrotar políticamente al movimiento revolucionario (...)”  
(Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989, pág. 78)

Aun así, la identificación de ese adversario, objeto de las demandas y contra quien se ejercen las acciones colectivas, puede encontrarse en los documentos “oficiales” elaborados con el fin de expresar de manera más concreta sus posiciones. Así, en la prensa, pero sobre todo, en la definición de sus objetivos fruto del desarrollo de las Asambleas Nacionales, se encuentran caracterizaciones que intentan precisar la identidad del antagonista:

“Nuestro país soporta una dictadura de clase impuesta por *la burguesía* y *los terratenientes*, ejercida a través del *Estado* y el conjunto de sus *instituciones*, de las cuales son pilares las *Fuerzas Militares*, la *jerarquía eclesiástica*, el *congreso* y el *poder ejecutivo y judicial*.” (Comité ¡A Luchar!, 1988, pág. 15)

(...)

“Las *clases dominantes* sojuzgan al pueblo mediante un régimen oligárquico, reaccionario, presidencialista y militarista (...) (Comité ¡A Luchar!, 1988, pág. 15)

En esencia, la identificación del contrario se caracteriza por un discurso que arguye distinciones “clasistas”, es decir, encontrar en los sectores sociales relacionados con los conceptos de burguesía u oligarquía, además de las instituciones por medio de las cuales estas se expresan, por ejemplo en las Fuerzas Militares o la iglesia, al enemigo frente al cual se expresan las demandas enmarcadas en elementos contruidos sobre juicios acerca de lo que es justo o no y de quienes representan y mantienen las injusticias.

Siguiendo a Gamson (Gamson W. 1992, citado por Pinto Mascareño, 2010), otro de los elementos que componen los marcos de acción colectiva, lo comprende la existencia de *Sentidos de Identidad Compartidos*, este componente se encarga de delimitar rasgos identitarios entre protagonistas, es decir, entre quienes participan en las acciones colectivas, y antagonistas, que representan los sujetos de las demandas o exigencias contra las cuales se realizan las acciones colectivas.

El “nosotros” y el “ellos” deben encontrarse perfectamente asimilados entre los integrantes de las organizaciones sociales pues esto asegura la participación colectiva, reafirma el sentido de pertenencia y legitima las acciones colectivas (Pinto Mascareño, 2010). De ahí la importancia de identificar situaciones que intenten describir cualidades diferenciadoras o atribuciones al sentido de identidad y pertenencia al interior de A Luchar.

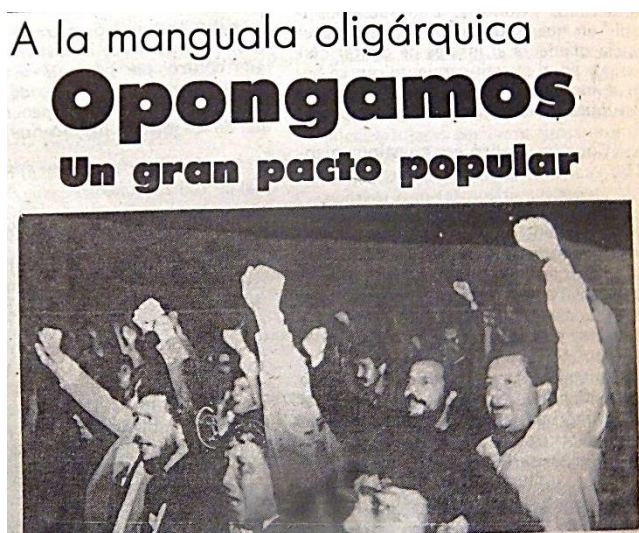


Ilustración 11 Periódico ¡A Luchar! N° 31 Marzo 12 de 1988

Además de las alusiones al sentido de unidad, como elemento fundante, forjador de identidades al actuar como proceso enmarcador (véase apartado 3.2.1), en A Luchar surgen caracterizaciones sobre el sujeto militante de la organización, en un primer momento aparecen las invitaciones a sectores particulares a participar del proyecto, encontramos

entonces llamados como:

“La organización política que (...) nos proponemos crear, es de todos nosotros, el del alpargate y la mochila, el de la mano laboriosa y el escritor rebelde, la del libro y la alegría, del que se desvela y no claudica, (...) de aquellos trabajadores silenciosos que no aparecen, (...)” (Comité ¡A Luchar!, 1988, pág. 12)

Estas invitaciones hacen parte también del momento en el que se establecen normas y se plantea la estructura organizativa del movimiento, declarando criterios de pertenencia como: “A A Luchar podrán pertenecer los hombres y mujeres que entiendan la necesidad de la revolución obrera, campesina y popular como única salida (...), que compartan o defiendan su política y se vinculen a tareas y a los espacios aquí señalados”. (Comité ¡A Luchar!, 1988, pág. 48)

Al igual que en los ejercicios que se encargan de establecer redes de identificación del “otro”, donde más allá de existir alusiones particulares del adversario, encontramos menciones que aluden a diferencias de clases sociales, con contadas excepciones donde se señalan personajes cabezas de gobierno; presidentes, ministros y generales del ejército, también al momento de establecer rasgos identitarios que procuraron dar cuenta del “nosotros”, este elemento de clase hace su

aparición, en un primer momento rígido, pues enarbola la concepción de la vanguardia de la clase obrera en la dirección para las transformaciones revolucionarias, pero luego asumen concepciones más amplias, como las de Clase Popular, para integrar variados sectores de la población en el proyecto de A Luchar.

“Nosotros teníamos una característica, (...) y es que (el) líder de A Luchar es un líder integral, un líder que le camellaba a lo campesino, a lo popular, a lo sindical, a todo. A Luchar nos formó como líderes integrales, porque nosotros no nos especializábamos en un solo sector ni nos metimos a una oficina” <sup>21</sup>

Esta es por ejemplo, la caracterización elaborada por una antigua integrante de la organización, sobre el perfil que los militantes en A Luchar construían, la manera en que eran vistos al interior del movimiento. De forma relevante es en las construcciones elaboradas por los militantes, donde se puede apreciar el punto de identificación y la adquisición de valores particulares fruto de la participación en A Luchar.

#### **3.3.4. Fuerzas Militares, paramilitarismo y “Guerra Sucia”**

Las enérgicas declaraciones, las constantes denuncias y el señalamiento de los responsables de los atentados contra la vida hicieron parte del cumulo de expresiones sociales y culturales del movimiento A Luchar (véase apartado 3.2.5). El ejercicio de identificación del adversario sufriría transformaciones conforme cambiaron las condiciones y el contexto en el cual A Luchar se desarrolló. Un elemento importantísimo en la configuración de los marcos para la acción colectiva sería el papel que se desempeñó la persecución política contra el movimiento.

---

<sup>21</sup> Minga de Pensamiento-Tertulia el movimiento ¡A Luchar!, 2013

Por una parte, la necesidad de reconocer a las víctimas y a los caídos como ejemplos dignos de rememoración, representantes de una serie de valores humanos que servían de ejemplo para el resto de militantes. Por otra parte, en la tarea de identificar objetivos de denuncia aparecieron actores caracterizados en la figura de las Fuerzas Militares, los nacientes grupos paramilitares y el desarrollo de un ambiente político representado en la llamada “Guerra Sucia.”



**12 denuncia de A Luchar frente al Estatuto de Seguridad de Virgilio Barco Fuente: Periódico ¡A Luchar! N° 29 Febrero 1989**

El escenario de la guerra sucia caracterizó la última etapa de A Luchar, sus demandas pasaron de acusaciones a los responsables de promover las amenazas y deslegitimar a la organización, a llamados al respeto por la vida y a enarbolar el símbolo de los asesinados para darle más fuerza a las actividades políticas del movimiento. En ese sentido, presentan la situación y dan cuenta del fenómeno aludiendo a un cambio de estrategia de los adversarios así;

“El auge del movimiento de masas coloca al gobierno frente a un nuevo opositor, a un nuevo insurgente: el opositor político. Como ese opositor político está desarmado (...) el gobierno ha llevado a cabo su política



de aniquilamiento y descabezamiento de las organizaciones de masas, de las organizaciones políticas” (Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989, pág. 77)

Por otra parte el fenómeno es leído así:

“La palabra “Guerra Sucia, viene del argot popular, (...) la gente llama sucio a algo que no es legal. El término “Guerra Sucia” indica precisamente eso que se hace por debajo, como juego sucio, como trampa. El gobierno entonces está jugando sucio, porque hace la guerra bajo cuerda a todo el pueblo colombiano” (Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989, pág. 77)

Dos actores aparecen entonces en la identificación del nuevo fenómeno de la Guerra Sucia, el primero lo encarnan las Fuerzas Militares y el otro los llamados grupos paramilitares. Sobre los primeros, existía ya un imaginario de desconfianza en las izquierdas, alimentado no sólo por la oleada de golpes de estado en Latinoamérica contra gobiernos democráticos de tinte progresista encabezados por militares apoyados por empresarios, dueños de grandes capitales, la iglesia y el gobierno de los Estados Unidos durante el siglo XX, sino por el papel de las Fuerzas Militares en la resolución del conflicto armado interno en Colombia.



13 A Luchar y las Marchas por la Vida. Fuente: Periódico ¡A Luchar! N° 36 julio de 1988

### 3.3.5. La Izquierda tradicional y la Izquierda armada

La consolidación de rasgos identitarios, la concreción del “nosotros” y los “otros”, de los protagonistas y adversarios en el desarrollo de las acciones colectivas, pasa necesariamente por la identificación de los “aliados”, es decir, esos actores con los que existen semejanzas pero sobre los cuales también se construyen marcos diferenciales, en este caso respecto a las expresiones de la izquierda tradicional y las experiencias de la izquierda armada en Colombia.

El primer rasgo diferenciador en A Luchar respecto a las demás expresiones de izquierda surge en los orígenes del movimiento, pues si bien A Luchar se organizó alrededor de un llamado a la unidad de los movimientos sociales y revolucionarios, se le reconoció como una fuerza que aglutinó a las posturas más radicales dentro del espectro de la izquierda, pues marcó una diferencia respecto a la situación coyuntural del llamado del gobierno de Belisario Betancur a la tregua y al diálogo con las guerrillas, de la cual se separó denunciándola y promoviendo como respuesta la movilización social y las acciones directas.

En desarrollo del coloquio sobre alternativas populares en Colombia, cuyas memorias se recogieron en el libro de Gustavo Gallón, *Entre Movimientos y*

*Caudillos: 50 años de bipartidismo, izquierdas y alternativas populares en Colombia*, la delegación del movimiento A Luchar recordaba sus orígenes y las posiciones adoptadas entonces y lo que significaron estas:

“Nuestra organización nace en medio de las contradicciones que al interior de la izquierda, se presentaron durante el gobierno de Belisario Betancur. Nos acercamos posiciones clasista que no compartimos que el Movimiento Obrero y Popular apoyara los acuerdo de cese al fuego, Tregua y Dialogo Nacional (...)

“La izquierda mayoritariamente -tenemos que reconocerlo- adoptó la posición del dialogo con el gobierno Betancur; la franja unificada de A Luchar vio en ese instrumento la única salida para tener una presencia política en el país. (...) (A Luchar) fue el bastión que en el movimiento de masas diferenció un punto de vista que no compartía lo propuesto por el gobierno” (Gallon Giraldo, 1989, págs. 181-182)

A Luchar reunió también expresiones sindicales que entonces se reconocieron como parte del *Sindicalismo Independiente* por asumir posiciones que rechazaban las directrices de las grandes centrales sindicales de entonces: la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia CSTC, la Unión de Trabajadores de Colombia UTC, la Confederación de Trabajadores de Colombia CTC y la Central General del Trabajo CGT.

Allí, en el sindicalismo independiente, los integrantes de A Luchar reconocieron una expresión de la radicalidad y consecuencia política que no se encontraba en las demás expresiones de la izquierda y que el movimiento representaba. Al respecto decían:

“(el sindicalismo independiente) eran una fuerza que tienen mayor identidad frente a lo que es el concepto (...) del el papel de la clase, (...)”

Es el movimiento que promueve la lucha de clases, la lucha sindical abierta de confrontación al estado y a los patronos, (...) en general, la característica principal del movimiento sindical independiente es el que promueve los paros, la lucha más frontal, insisto, contra las políticas gubernamentales y en general contra los patronos y contra el imperialismo” <sup>22</sup>

El componente de la lucha llevada a cabo por otras expresiones de la izquierda que se habían sumado al empleo de las armas para la consecución de sus objetivos, también desempeñaría un importante papel a la hora de configurar marcos referenciales en A Luchar, pues en efecto, durante toda su existencia como organización se le acusó de representar los intereses políticos y maniobrar como el brazo legal de la UC-ELN, hecho que le costó la estigmatización y persecución de sus integrantes.

Pese a esto, A Luchar asumiría una posición de solidaridad y reconocimiento con las expresiones de la izquierda armada, y aunque hoy no todos sus integrantes lo reconocen, en la organización confluirían expresiones abiertas de trabajo legal de movimientos guerrilleros como el ELN y el MIR-PL, que aun así, y luego de la fusión de estas dos organizaciones en la UC-ELN, garantizarían un grado alto de independencia y autonomía en el desarrollo y toma de decisiones al interior de A Luchar.

“Cualquier acción militar que vaya en defensa de los intereses del pueblo, de las reivindicaciones concretas, en contra de la oligarquía, es siempre una acción bien recibida, aunque el gobierno siempre trata de manipular y presentar esas acciones como acciones terroristas.

Han existido (acciones guerrilleras en apoyo a las movilizaciones), se han realizado tomas guerrilleras de pueblos, toma de emisoras para

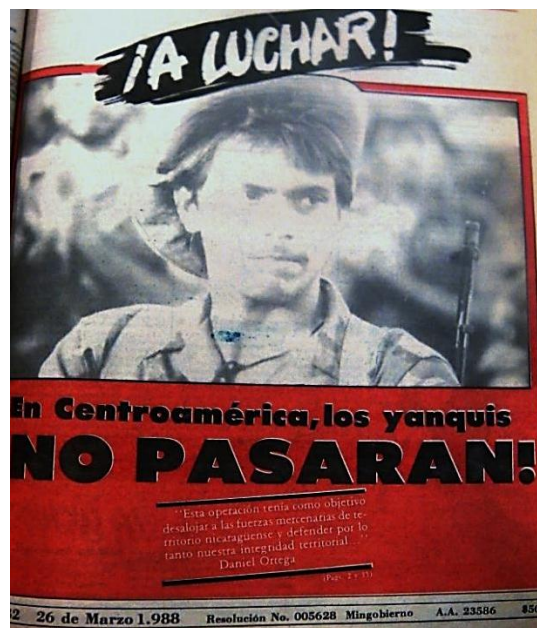
---

<sup>22</sup> Minga de Pensamiento-Tertulia el movimiento ¡A Luchar!, 2013

anunciar el apoyo al paro, tomas y bloqueos de carreteras. Estas acciones los marchistas, la gente que está en la movilización, las ha sentido como una acción de solidaridad y de defensa” (Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989, págs. 76-77)

Para Antonio López, antiguo integrante de A Luchar, el trabajo político de este último estaba respaldado por la dirección de la entonces UC-ELN, además, el acercamiento de las experiencias políticas del ELN y el MIR-PL en A Luchar, propiciaron en un primer momento la fusión de estas dos expresiones guerrilleras para luego desempeñar un papel decisivo en la disolución de dicha alianza a comienzos de la década de 1990. (Rodríguez, 2000)

### 3.3.6. Los referentes latinoamericanos



15 En portada, los "Contras" y la Nicaragua Sandinista. Fuente: Periódico ¡A Luchar! N°32  
Marzo de 1988

El ambiente sociopolítico centro americano sería tal vez de los hechos más sobresalientes en el momento de determinar los marcos referenciales construidos al

interior de A Luchar, serían estos fenómenos, sumados a la lectura asumida por el movimiento, los que al servir de referentes, impulsarían y le otorgarían legitimidad a las acciones colectivas emprendidas, además, se sumaría a las consideraciones contraídas por los integrantes de A Luchar, de la necesidad, justeza y posibilidad de victoria.

Así responde uno de los miembros del comité ejecutivo nacional de A Luchar al preguntársele por el papel que cumplieron los levantamientos armados y los movimientos de izquierda centroamericanos en la configuración de A Luchar:

“Aprendimos de la Revolución Cubana, de la Revolución Sandinista, acerca del papel de las masas. Cuando empezamos a plantear la cuestión de las formas organizativas de masas, revisamos la experiencia salvadoreña de la Coordinadora Revolucionaria. De la experiencia Sandinista hemos aprendido del trabajo de masas en lo que fue el Movimiento del Pueblo Unido, de su trabajo en el Movimiento Estudiantil, en el movimiento de mujeres. La experiencia guatemalteca nos ilustró sobre cómo ir desarrollando un movimiento de masas (...)”  
(Harnecker, Entrevista con la Nueva Izquierda, 1989, pág. 73)

Estas interpretaciones se encerraron en lo que se denominó como el ejercicio de reinterpretación de las experiencias locales, latinoamericanas, a la luz de los fenómenos regionales y nacionales, dejando de lado los dogmatismos. “En Colombia hay que hacer una revolución en las condiciones específicas nuestras, aplicando el Marxismo a lo que es la realidad del país.” (Harnecker, 1989, pág. 57)

Otros interpretan el papel asumido por organizaciones guerrilleras como el ELN y su trabajo en A Luchar, como un claro reflejo de la articulación entre el movimiento insurgente y el movimiento social mediante organizaciones legales.<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> 1era Tertulia Sobre la Memoria de las Izquierdas: El movimiento ¡A Luchar!, 2011



**16 Marcha de Apoyo a la Nicaragua Sandinista en Bogotá. Fuente: Periódico ¡A Luchar! N° 35  
1988**



**17 Campaña de solidaridad con FMLN 1989. Fuente: Periódico ¡A Luchar! N°88 Noviembre 22  
de 1989**

#### 4. CONCLUSIONES

A mediados de 1992, A Luchar desaparece del panorama político nacional, poco después de la masacre de varios de sus integrantes y simpatizantes en el departamento del Valle del Cauca, a manos de integrantes del ejército y miembros de organizaciones paramilitares, en lo que se denominó la *Operación Relámpago*, como parte de una estrategia antisubversiva desarrollada en contra de la guerrilla del ELN. Esta operación buscaba, entre otras cosas, acabar con la base social y de apoyo de esta organización armada. Pese a la distancia que A Luchar había tomado del ELN, muchos seguían considerando a la primera como una extensión más del movimiento armado, situación que se sumó a la decisión de dar fin a A Luchar con miras a proteger la integridad de sus militantes. (Humanidad Vigente Corporación Jurídica, 2007)

La desaparición de A Luchar durante la primera mitad de la década del 90 del siglo pasado estuvo motivada también por las crisis políticas al interior del movimiento, relacionadas con las transformaciones que este asumió en relación al cambio de dinámicas nacionales en el ejercicio político, la lucha electoral aparecía nuevamente en el camino, pero esta vez en un contexto de retroceso del movimiento de masas, tanto en el panorama nacional como en el latinoamericano. (En este último, los sandinistas, que habían servido de referente, perdían las elecciones presidenciales en Nicaragua y los del FMLN en el Salvador se estancaban en una guerra civil que se prolongaba sin que ninguna de las partes cediera o avanzara.)

Aunque el proyecto político de A Luchar termina relativamente rápido, pues su duración fue de poco menos de diez años, elementos como la influencia de los fenómenos contextuales y coyunturales, la incidencia del movimiento en el desarrollo de otras organizaciones sociales, pero sobre todo, las particularidades a la hora de construir lecturas sobre la realidad, permitieron poner en juego la identificación de marcos interpretativos contruidos en la organización y algunos de los escenarios



que permitieron su aparición y consolidación, todo esto leído en clave del enfoque de Marcos de Acción Colectiva y los consiguientes Procesos Enmarcadores.

Tener en cuenta la estrecha relación existente entre la configuración de marcos interpretativos compartidos en A Luchar y el contexto social y político permitió establecer el grado de incidencia de ciertos referentes en la constitución de las identidades políticas de quienes participaron en el movimiento, un ejemplo de este fenómeno puede verse en las implicaciones del momento revolucionario, como fue leído por A Luchar, en Centroamérica. Las formas organizativas surgidas al interior de movimientos como el FSLN en Nicaragua o el FMLN en El Salvador, sirvieron como patrón para consolidar el proyecto de A Luchar en Colombia, por lo que la manera en que se desarrollaban los acontecimientos en la región centroamericana, la guerra civil en El Salvador o el gobierno de los sandinistas, serían leídos atentamente en A Luchar conforme a las necesidades interpretativas para la consolidación de marcos interpretativos.

La constitución de universos simbólicos, la relación de estos en la motivación de la acción colectiva y su incidencia en la construcción de identidades fue evidente en el lugar que ocupaban para A Luchar y sus integrantes la necesidad de forjar una identidad colectiva alrededor de la movilización, las marchas y el ejercicio de la democracia radical en oposición al ejercicio de la democracia liberal, todo en una coyuntura histórica donde la reforma de las instituciones públicas, el llamado a la concertación entre opositores radicales y una rápida transformación de las realidades internacionales.

La aplicación de los enfoques de MAC y PE en el estudio sobre movimientos y organizaciones sociales, es relativamente nueva y al respecto se han adelantado trabajos para el análisis de manifestaciones sociales igualmente recientes, como son los casos de los estudios sobre la protesta en Venezuela antes de la llegada del Chavismo o las investigaciones adelantadas en relación con el movimiento de los “Indignados” en España durante el 2011, por citar algunos ejemplos. En dichos casos, el tratamiento metodológico de los fenómenos y las fuentes varía, puesto que

no existe un consenso entre los investigadores frente a la manera más adecuada de identificar tanto Marcos como Procesos en el desarrollo de los Movimientos Sociales.

Importante es destacar el papel que desempeñan entonces los elementos subjetivos al concebirlos como complementos al estudio histórico y sociológico de los Movimientos Sociales pues al momento de identificar los marcos y los procesos enmarcadores, la riqueza de dichos elementos como son; interpretaciones personales, las reflexiones individuales hechas en el momento histórico y las realizadas varias décadas después, el reflejo de las emociones y los sentimientos personales, etc. alimentan la función investigativa y ofrecen nuevas perspectivas que se suman al momento de describir histórica y críticamente la historia de las izquierdas en Colombia.

Si bien en la presente investigación se tuvieron en cuenta únicamente algunos de los elementos más relevantes y que, a nuestro juicio, merecieron una mayor atención al momento de identificar marcos de acción, en relación con la promoción o justificación de la acción colectiva y de describir procesos enmarcadores, es necesario ahondar y experimentar otras estrategias metodológicas que ofrece el estudio sobre MAC, pues son aun bastantes los fenómenos que en el caso del movimiento A Luchar merecen ser explorados.

## Bibliografía

- Allende, S. (1971). *La vía chilena al socialismo [en línea]*. Disponible en: [www.marxist.org/espanol/allende/21-5-71.htm](http://www.marxist.org/espanol/allende/21-5-71.htm).
- Archila, M. (1991). *Cultura e Identidad Obrera: Colombia 1919-1945*. Cinep.
- Archila, M. (2003). *Idas y Venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: ICANH.
- Archila, M., & Pardo, M. (. (2001). *Movimientos Sociales, Estado y democracia en Colombia*. Bogotá: CES ICANH.
- Archila, M., Delgado, Á., García, M. C., & Prada, E. (2003). *25 años de luchas sociales en Colombia: 1975-2000*. Bogotá: CINEP.
- Bejarano, A. (1991). Estrategias de paz y apertura democrática: Un balance de las administraciones Betancur y Barco. En F. Leal, & L. Zamosc, *Al filo del caos, crisis política en la Colombia de los años 80*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Buenaventura, N. (1988). *Unión Patriótica y poder popular*. Bogotá: Ediciones CEIS.
- Carrillo , V., & Kucharz, T. (2007). *Testimonios de la Guerra Sucia Contra los Movimientos Populares. cap. 7*. Barcelona: Icara Editorial.
- Castro, F. (1989). *Discurso Pronunciado por Fidel Castro Ruz, Presidente de la república de Cuba [En línea]*. [www.cuba.cu/gobierno/discursos/1989/esp/f071289e.html](http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1989/esp/f071289e.html).
- Cerdeira, B. (2009). Perspectivas de la Revolución treinta años después. *Marxismo Vivo*.
- Comisión Internacional FARC-EP. (2005). *Esbozo histórico*.
- Deas, M., & Gaitán, F. (1995). *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: FONADE y DNP.
- Fernando, G. (2009). La Brigada Simón Bolívar. *Marxismo Vivo*, 62-67.
- Gamson A, W. (1992). *Talking Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Harnecker, M. (1999). *La izquierda en el umbral del siglo XXI: Haciendo posible lo imposible*. Ed. Siglo XXI.

- Harnecker, M., & Rauber, I. (1991). *Hacia el siglo XXI: La izquierda se renueva*. Quito: Centro para la Educación y Estudio de América Latina.
- Herrera, M. C., Infante Acevedo, R., Pinilla Diaz, A., & Soler Diaz, C. (2005). *La construcción de Cultura Política en Colombia, proyectos hegemonicos y resistencias culturales*. Bogotá: Ed. Universidad Pedagógica Nacional.
- Humanidad Vigente Corporación Jurídica. (2007). *Memorias de la represión: la operación relámpago: crímenes de lesa humanidad contra "a luchar" en el Valle del Cauca*. Humanidad Vigente Corporación Jurídica.
- Jimenez, C. (Noviembre de 2006). Momentos, escenarios y sujetos en la producción constituyente: aproximaciones críticas al proceso constitucional de los noventa. *Revista Análisis Político*, 19(58).
- Leal, F. (Mayo-Agosto de 1987). La crisis política en Colombia: alternativas y frustraciones. *Análisis Político*.
- Leal, F. (1997). *La seguridad Nacional a la Deriva*. Bogotá: Ceso, Alfaomega, Flacso.
- Lujan, G. (1989). Carlos LLeras y Misael Pastrana: reforma del Estado y crisis del frente nacional. En Á. Tirado Mejía, *Nueva Historia de Colombia Tomo II* (págs. 243-246). Bogotá: Planeta.
- Medina Gallego, C. (2008). *E.L.N. Ejército de Liberación Nacional: Notas para una historia de las ideas políticas 1958-2007*. Bogotá.
- Medina, M. (1984). *La protesta urbana en Colombia*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- Medina, M. (1997). Dos décadas de crisis política en Colombia: 1977-1997. En L. G. Comp. Arango, *La crisis sociopolítica colombiana. Un análisis no coyuntural de la Coyuntura*. Bogotá: Utópica.
- Moyano Pino, L. (2011). De dogmas, hombres nuevos, muerte y martirologio. La relación subterránea Marxismo-Cristianismo en Chile, 1960-1970. *Coloquio "Las lecturas de Marx en América Latina"*. Santiago.
- Munera Ruiz, L. (1998). *Rupturas y Continuidades, poder y movimiento popular en Colombia. 1968-1988*. Bogotá: CEREC-IEPRI.
- Pécaut, D. (2006). *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá: Norma.

- Petras, J., & Vieux, S. (1997). EL declive de la política revolucionaria: El espejismo capitalista... y el regreso del comunismo. En R. (. Vega, *Marx y el siglo XXI: Una defensa de la historia y del socialismo*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
- Piccolli, G. (2005). *El Sistema del Pájaro, Colombia, Paramilitarismo y Conflicto Social. cap. 1 y 6*. Bogotá: Ediciones Antropos.
- Pinto Mascareño, R. M. (2010). *Los movimientos sociales y los marcos de acción colectiva que apoyan la lucha contra la precariedad laboral*. Madrid: Memoria para optar al grado de Doctor, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Psicología.
- Pizarro, E. (1996). *Insurgencia sin revolución: La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Ramirez, S., & Restrepo, L. (1988). *Actores en conflicto por la paz*. Bogotá: CINEP.
- Reyes Posada, A. (1991). Paramilitares en Colombia: Contexto, aliados y consecuencias. En S. Gonzalo, & R. Peñaranda, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC.
- Rodriguez, L. M. (2000). Reconstrucción histórica del proceso de reinserción de la Corriente de Renovación Socialista. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios.
- Sanchez Lopera, A. (2006). Ciencia, Revolución y creencia en Camilo Torres: ¿Una Colombia Secular? *Revista Nómadas. Universidad Central*, 241-258.
- Silva Losada, G. (s.f.). *Epopeya y genocidio de la Unión Patriótica*. Bogotá: FUNDASUR.
- Solares Jimenez, C. (s.f.). *Acción Colectiva y Movimientos Sociales. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos*.
- Tinoco, A. (2008). Movimientos sociales, movimientos políticos y partidos políticos. *Revista Sinergie*(4), 247.
- Torres, A. (2002). Las lógicas de la acción colectiva. Aportes para ampliar la comprensión de la acción colectiva. *Colombia, Cuadernos de Sociología*(36), 37.

- Torres, A. (2002). *Movimiento, Organizaciones Populares y Constitución de sujetos colectivos*. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas y Educativas. UNAD.
- Torres, A. (2007). *Identidad y política de la acción colectiva: organizaciones populares y luchas urbanas en Bogotá, 1980-2000*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Varas, A. (1991). *Dela Komintern a la Perestroika: AméricaLatina y la Unión Soviética*. Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Villarraga, A., & Nelson, P. (1994). *Para reconstruir los sueños, una historia del EPL*. Bogotá: Fondo Editorial para la Paz, Fundación progresar.

### **Audios y entrevistas**

- 1era Tertulia Sobre la Memoria de las Izquierdas: El movimiento ¡A Luchar! (2011). Bogotá.
- Berrio, N. (9 de Diciembre de 2013).
- Harnecker, M. (1989). *Entrevista con la Nueva Izquierda*. Bogotá: Centro de Documentación y Ediciones Latinoamericanas.
- Minga de Pensamiento-Tertulia el movimiento ¡A Luchar! (24 de mayo de 2013).
- Roncancio, G. (6 de mayo de 2013).
- Contreras, M. (2000). *Reconstrucción histórica del proceso de reinserción de la Corriente de Renovación Socialista(CRS)*. Bogotá: Universidad Minuto de Dios

### **Documentos A Luchar**

- Comité ¡A Luchar! (1988). *Conclusiones de la II Convención Nacional de ¡A Luchar!*
- Gallon Giraldo, G. (1989). *Entre movimientos y caudillos: 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia*. Bogotá: Cinep.
- Valencia, L. (2008). *Mis años de guerra*. Bogotá : Norma.
- Periódico ¡A Luchar! 1988-1991